

ARTICLES

- El pluralismo de las formas familiares  
y la quiebra de las viejas adscripciones de género:  
interdependencias y límites.  
Presentación de la compilación de artículos de  
*les Jornades Internacionals*  
*“Estructures familiars i relacions de gènere per al segle XXI*  
FÁTIMA PERELLÓ TOMÁS 7/23
- La transformación de las familias en España.  
La influencia del feminismo en los cambios familiares  
INÉS ALBERDI ALONSO 25/40
- Declining birth rates and gender relations.  
What happened since the 1960's?  
ELISABETH BECK-GERNSHEIM 41/52
- Children in the Welfare State. A Social Investment Approach  
GOSTA ESPING-ANDERSEN 53/87
- La maternidad en el seno de las parejas lesbianas:  
cambios, continuidades y rupturas  
respecto a los modelos familiares y maternos  
ELIXABETE IMAZ 89/100
- Familia y ciudadanía democrática  
MARÍA JESÚS IZQUIERDO 101/122
- Relaciones dialógicas en las estructuras familiares del siglo XXI  
LIDIA PUIGVERT 123/141

Family and Gender Roles: How attitudes are changing

JACQUELINE SCOTT 143/154

ABSTRACTS/RESÚMENES 155/158

NOTES BIOGRÀFIQUES 159/162

## NORMES PER A COL·LABORACIONS

1. Els treballs s'enviaran a la redacció de la revista Arxius (veure adreça al final d'aquesta pàgina). Hauran de ser inèdits i no estar aprovats per a la seva publicació en altra revista.
2. Els originals es presentaran en paper i en arxiu informàtic Word 98 o equivalent, en interliniat doble i amb lletra Times New Roman 12, en text corregut (sense negretes, cursives, vinyetes ni altres elements de format especial) i amb una extensió màxima de 40.000 caràcters (espais inclosos).
3. El treball ha d'anar acompanyat de dos resums (un en la llengua en què està escrit i altre en anglès) d'un màxim de 10 línies cadascun, i una breu nota biogràfica de l'autor.
4. Els títols hauran de ser en negreta i sense majúscules. En cas que hi hagi subapartats, seran en cursiva i sense majúscula ni negreta.
5. La bibliografia haurà de presentar-se de la següent forma:  
LAMO DE ESPINOSA, E. (1987): "El estatuto teórico de la sociología del conocimiento", *REIS*, 40:7-44.  
GARCÍA FERRANDO, M. (1986): "La encuesta", en M. García Ferrando, J. Ibáñez y F. Elvira (comp), *El análisis de la realidad social*. Madrid, Alianza; pp.141-170.  
BELTRÁN, M. (1990), *La realidad social*. Madrid, Tecnos.
6. Dins del text, les cites es faran de la forma següent: (Picó 1990:15).
7. Els autors rebran gratuïtament les separates i un exemplar del número de la revista on es publique l'article.
8. El Consell de Redacció decidirà la publicació o no dels treballs i ho comunicarà als autors en un termini màxim de 12 mesos (a partir de la seva recepció en la Revista), indicant el número en què serà editat.

ENVIAR ORIGINALS A:

REVISTA ARXIUS, DEPARTAMENT DE SOCIOLOGIA I ANTROPOLOGIA SOCIAL, FACULTAT DE CIÈNCIES SOCIALS (Universitat de València), Edifici Oriental, Avda. dels Tarongers, s/n. 46022, VALÈNCIA



E S T U D I S





# EL PLURALISMO DE LAS FORMAS FAMILIARES Y LA QUIEBRA DE LAS VIEJAS ADSCRIPCIONES DE GÉNERO:

INTERDEPENDENCIAS Y LÍMITES.  
PRESENTACIÓN DE LA COMPILACIÓN DE ARTÍCULOS DE  
*LES JORNADES INTERNACIONALS*  
“*ESTRUCTURES FAMILIARS I RELACIONS DE GÈNERE PER AL SEGLE XXI*”

FÁTIMA PERELLÓ TOMÁS  
DEPARTAMENT DE SOCIOLOGIA I ANTROPOLOGIA SOCIAL  
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

## R E S U M E N

ESTE TEXTO PRESENTA LOS ARTÍCULOS QUE FORMAN PARTE DE ESTE NÚMERO DE LA REVISTA *ARXIUS*. LA EXPOSICIÓN VA PRECEDIDA DE UN ANÁLISIS SOBRE EL ALCANCE Y LA INTENSIDAD DE LAS TRANSFORMACIONES FAMILIARES. LOS EJES DE REFLEXIÓN SE CENTRAN EN LA IMPORTANCIA DE LOS VÍNCULOS AFECTIVOS, EL PROCESO DE INDIVIDUALIZACIÓN AL QUE ESTAMOS ASISTIENDO Y LA QUIEBRA DE LAS RELACIONES DE GÉNERO TAL COMO FUERON IMPULSADAS POR LA MODERNIDAD. LAS DESCRIPCIONES RELATIVAS AL PLURALISMO FAMILIAR EXISTENTE TIENEN COMO PUNTO DE REFERENCIA EMPÍRICO PRINCIPAL LA REALIDAD ESPAÑOLA EN EL CONTEXTO EUROPEO.

### *Introducción*

Los textos que se presentan en este número de la Revista *Arxius* formaron parte de las intervenciones que se lle-

varon a cabo en el marco de *les Jornades Internacionals “Estructures familiars i relacions de gènere”*, celebradas en la Facultat de Ciències Socials de la

Universitat de València del 7 al 10 de marzo de 2006 y organizadas por el Departament de Sociologia i Antropologia Social. Unos meses antes, el 30 de junio de 2005, el Congreso de los Diputados aprobó por mayoría absoluta una modificación del Código Civil que permite que el matrimonio sea celebrado entre personas del mismo o distinto sexo, con plenitud e igualdad de derechos y obligaciones cualquiera que sea su composición. Con esta Ley, que entró en vigor el 1 de julio de 2005, España se convertía, tras Holanda (2001), Bélgica (2003) y Canadá (unos días antes), en el cuarto país del mundo que reconocía legalmente el matrimonio homosexual<sup>1</sup>. Varios meses después, Valencia se convertiría en la sede del V Encuentro Mundial de las Familias organizado bajo el lema “La transmisión de la fe en la familia”. Los días 8 y 9 de julio de 2006, la visita del Papa Benedicto XVI a esta ciudad clausuraba dicho encuentro. Fue un período en el que el debate sobre «la» familia y «el» matrimonio parecía acaparar todos los espacios, especialmente en los medios de comunicación, y en el que los sectores sociales y políticos católicos más conservadores de la sociedad española no dudaron en manifestar públicamente su oposición al reconocimiento jurídico de cualquier iniciativa que transgrediera los límites de la familia nuclear basada en el matrimonio heterosexual.

En general, los defensores de la «familia tradicional» acostumbran posicionarse frente a los cambios que se están produciendo a través de una amplia gama de reacciones que van desde la indignación a la aceptación resignada. En cambio, los partidarios de las nuevas formas familiares suelen ver en estas transformaciones el triunfo de formas de vida más tolerantes y abiertas que hacen posible mayores cotas de felicidad personal. En cualquier caso no es posible un retorno al pasado: la diversidad de formas familiares existentes es un hecho. Y creo que el reto fundamental de nuestro tiempo es comprender el sentido de los cambios que se están produciendo. Parece que al menos dos procesos están incidiendo especialmente en esta nueva situación. Por un lado, el desorden que parece inaugurar la ruptura de las adscripciones de género tal como las conoció la primera modernidad. Por otro, el impulso de pautas crecientes de individualización que se expanden bajo el paraguas de la modernidad líquida.

Ambos procesos pueden ser observados cuando constatamos cómo la aspiración al éxito profesional ha dejado de ser competencia exclusiva de los hombres, del mismo modo que crear un entorno familiar gratificante ya no es sólo un asunto de mujeres. Hombres y mujeres se enfrentan hoy, por igual, a las tensiones que comporta el dilema

---

<sup>1</sup> Empleo el término “matrimonio homosexual” debido a la obligada economía del lenguaje, sin que ello suponga asumir una simplificación de las diferentes sensibilidades y proyectos políticos existentes en el amplio territorio de las transgresiones de sexo-género.

entre la auto-realización personal y la heteronomía solidaria hacia los demás. Preguntas como la de quién cuida a quién, cuándo y durante cuánto tiempo o cuándo le toca a alguien descansar o tener tiempo libre, empiezan a ser centrales. Esta nueva situación, no exenta de conflictos, y que requiere una buena dosis de capacidad de negociación, muestra su cara privada en el espacio institucional de la familia. Pero, además, la individualización creciente convierte las trayectorias vitales de las personas en itinerarios abiertos donde las elecciones personales en el terreno de la afectividad, de la sexualidad y de la reproducción generacional juegan un importante papel (Beck-Gernsheim 2003). El impulso de estrechar los lazos afectivos y, simultáneamente, velar celosamente por la propia autonomía (Bauman 2005), tiene como una de sus consecuencias la proliferación de una amplia gama de experiencias vitales, pautas de interacción y relaciones familiares diversas.

Todo ello sucede en un nuevo contexto socioeconómico del que no puede ser desligado. La familia negociada, cambiante, abierta, con hijos o sin ellos, rota y rehecha de nuevo, más allá de las tensiones que genera en la esfera personal, es también expresión del desmoronamiento de las estructuras políticas y económicas que sustentaron al capitalismo de la primera modernidad.

El ensamblaje entre la producción para el mercado y la ejecución gratuita del trabajo cotidiano familiar, sustentado en un pacto desigual entre hombres y mujeres, se tambalea. La organización flexible de la producción en el seno del capitalismo transnacional se lleva bien con el proceso de individualización, pero dificulta proyectos vitales y familiares a largo plazo. En este sentido, las nuevas tendencias familiares pueden interpretarse como tentativas personales e institucionales que pretenden dar respuesta a un nuevo contexto global lleno de incertidumbres.

#### *Tránsitos y permanencias*<sup>2</sup>

Durante mucho tiempo, la ciencia social analizó las realidades familiares bajo el supuesto de que la fórmula «un padre, una madre y sus hijos» era el sustrato de todas las demás estructuras familiares y de las redes de parentesco. El antropólogo George P. Murdock halló este tipo familiar *nuclear* en 250 sociedades y concluyó que era universal. Para él, la familia nuclear cumplía con mayor eficacia que otras instituciones sociales cuatro funciones vitales para la subsistencia humana: la satisfacción de las necesidades sexuales y la reducción de las perturbaciones ocasionadas por la competencia sexual; la reproducción del grupo gracias a la protección de la mujer durante el embarazo y el tiempo de lactancia; la socialización exitosa

---

<sup>2</sup> Una versión mía anterior, mucho más amplia, de algunos de los argumentos que aparecen a continuación puede encontrarse en Perelló (2005). He aprovechado esta ocasión para actualizar algunos de los datos presentados entonces.

de los niños de ambos sexos debido a las habilidades complementarias de un hombre y una mujer que residen juntos; y, por último, la subsistencia del hogar mediante el éxito que comporta la división sexual del trabajo entre los cónyuges (Murdoch 1949). En sociología, más o menos por la misma época, el sociólogo funcionalista Talcott Parsons analizaba la familia nuclear de las sociedades contemporáneas en términos muy parecidos, aunque en su teoría se acentuaba la integración funcional que este tipo de estructura familiar posibilitaba de cara a la estabilidad del sistema social en su conjunto (Parsons 1955).

Actualmente, tal como fueron formuladas inicialmente, los científicos sociales cuestionan el alcance de estas afirmaciones. En realidad, la concepción de la familia nuclear elaborada por Murdock o Parsons debía mucho al propio contexto social en el que ésta había sido formulada. A mediados del siglo XX, la familia nuclear basada en la división sexual del trabajo entre los cónyuges se había convertido en el modelo ideal de una buena parte de las sociedades occidentales y, muy especialmente, de Estados Unidos. La división sexual del trabajo entre los miembros de la pareja conyugal venía definida por la dedicación de las mujeres a las actividades no remuneradas en la esfera familiar-doméstica, que se subsumían bajo el rol social de «esposa, madre y ama de casa», y por una orientación prioritaria de los varones hacia el trabajo remunerado en la esfera productiva, que quedaba englobada

en el rol social de «cabeza de familia» o «sustentador principal» de la unidad familiar. Se trataba de un modelo familiar muy adecuado para los mecanismos de integración y estabilidad social impulsados por el fordismo en su etapa keynesiana, y que tuvo una amplia presencia entre las amplias clases medias de las sociedades más industrializadas de Occidente. Pero de hecho, no todas las familias, ni siquiera en Estados Unidos, se ajustaban en aquellos momentos a este modelo ideal. La realidad no era tan homogénea como el modelo pretendía pues la variedad familiar existente en función de la clase social o la etnia, por ejemplo, era ya entonces un rasgo dominante.

No fue ésta la única tendencia homogeneizadora que produjo la ciencia social sobre la institución familiar. Las investigaciones históricas sobre las formas familiares en Occidente, tendieron a resaltar la uniformidad de un proceso que se iniciaba con «la familia extensa tradicional» y terminaba con el establecimiento de «la familia nuclear moderna». Es cierto que en muchos sentidos las sociedades tradicionales europeas eran auténticas sociedades de familias. La familia, caracterizada entonces por la ausencia de relaciones de intimidad y privacidad entre sus miembros, constituía el engranaje principal del que se alimentaba la comunidad. Es cierto también que los procesos de industrialización, urbanización y modernización conllevaron una pérdida progresiva de las funciones que hasta ese momento habían cumplido las redes de parentes-

co. Educación, producción, asistencia mutua y asignación de estatus social son algunas de las dimensiones funcionales de la familia que acabaron siendo asumidas por otras instituciones, como la fábrica, la escuela o el Estado. Además, en este largo tránsito las transmisiones hereditarias tradicionales (del patrimonio, la profesión o el oficio), empezaron a perder su sentido en un mundo donde las fuentes de renta familiar dependían cada vez más del salario de sus miembros, lo que probablemente favoreció el repliegue de los matrimonios acordados. Con la modernidad la institución familiar se fue cerrando sobre sí misma, se reforzó la privacidad, se estrecharon las relaciones entre los hijos y los padres, y las relaciones afectivas empezaron a jugar un incipiente papel.

Sin embargo, hoy nos preguntamos si este cambio fue tan lineal como las generalizaciones al uso pretenden y si las dimensiones explicativas que se introducen en el modelo son las únicas posibles. Así, por ejemplo, desde los estudios de género se han rescatado otros factores analíticos: la trascendencia del papel que jugó la configuración del Estado moderno en las nuevas formas familiares emergentes al permitir la integración jurídica de las mujeres en lo público - social sólo indirectamente a través de las regulaciones matrimoniales; la importancia de los discursos ideológicos que acompañaron a la segunda industrialización sobre el valor creciente de la infancia o la identificación esencialista entre la identidad femenina y la maternidad; la repercusión que los

distintos acuerdos entre organizaciones empresariales y sindicales para establecer un «salario familiar» tuvieron en el afianzamiento de una especialización de roles sexuales en el interior de las familias (Perelló 2000) y un largo etcétera. En cualquier caso es importante recordar, una vez más, que estos factores no influyeron de forma uniforme en toda Europa, ni afectaron por igual a todas las clases sociales o grupos étnicos, ni se extendieron con la misma rapidez por todo el territorio.

Contraoponer dos tipos familiares extremos resulta de gran utilidad para observar el proceso de transformación en su conjunto, pero ya no resulta tan adecuado cuando lo que queremos es comprender la complejidad de las transformaciones familiares que se produjeron en Occidente en el seno de una estructura social atravesada por fuertes desigualdades. El debate actual entre historiadores y sociólogos acerca del modo en que la familia occidental ha ido cambiado a lo largo del proceso de modernización, parece confluir en un punto de acuerdo: probablemente ni la familia extensa fue tan mayoritaria como se llegó a suponer, ni la familia nuclear es una novedad introducida por el proceso de modernización. Aunque cuando se analizan los grandes procesos los efectos de los cambios en la etapa final son evidentes, históricamente ha habido todo tipo de combinaciones familiares y no hay que suponer que haya existido una única pauta familiar en un período histórico concreto (Lasslett 1972, Flandrin 1979, Reher, 1997).

Lo cual influyó, inevitablemente, en la diversidad de las formas y tránsitos familiares hacia la modernidad.

Pero ¿qué sucede hoy en día? ¿Cuál es la situación en la que nos encontramos a principios del siglo XXI respecto a las formas e interacciones familiares? A pesar de que en términos cuantitativos la familia nuclear moderna sigue siendo mayoritaria en los países occidentales desarrollados, las transformaciones económicas, políticas y culturales que se están produciendo en el mundo contemporáneo parecen ir acompañadas de una diversificación de formas familiares y estilos de vida que apuntan hacia la creación de relaciones familiares distintas a las que prevalecieron a mediados del siglo pasado. En España, los hogares compuestos por un padre de familia que realiza un trabajo remunerado, una madre que es ama de casa en exclusiva y los hijos o hijas menores de edad, es un modelo en declive desde hace varias décadas. Esta misma situación empezó a constatarse algo antes en Estados Unidos y en otros países europeos. En el Reino Unido, sólo una de cada cuatro familias se compone de dos personas adultas que viven juntas, casadas o no, con niños. En Japón, el número medio de hijos por mujer en edad fértil ha caído de manera espectacular, debido a que las mujeres en este país son cada día más reacias a casarse y a ser madres, pues ello supone un fuerte freno a su promoción profesional. En Suecia, casi una cuarta parte de la población adulta opta por vivir sola y la mitad de las personas que han tenido descendencia no están casadas.

Los cambios que se están produciendo en el entramado familiar no son algo exclusivo de las sociedades occidentales. Afectan, en mayor o menor medida, a todas las sociedades del planeta, cada una desde su propia situación de partida respecto a la estructura familiar predominante. Recordemos cómo el debate sobre la conveniencia o no de mantener el matrimonio polígínico es un asunto candente en el mundo musulmán desde que Túnez, que vivió un fuerte proceso de secularización a raíz de su independencia de Francia, lo prohibió en 1958. En enero de 2004, el Parlamento de Marruecos aprobó un nuevo Código de Familia (*Mudawana*) que, entre otras medidas, introduce ciertos límites legales a la poliginia: para que ésta se dé el marido debe contar con el consentimiento explícito de la primera esposa y garantizar a sus mujeres idéntica consideración e igualdad afectivas. Esta iniciativa no prohíbe legalmente la poligamia de los hombres, pero la dificulta mucho y está siendo objeto de una fuerte polémica. China proporciona otro claro ejemplo de las transformaciones familiares. Frente a los valores tradicionales y al matrimonio acordado entre familias, en las ciudades la mayoría de los jóvenes se casa por propia iniciativa, el número de matrimonios está descendiendo y el número de divorcios aumentando lenta pero progresivamente.

Los cambios en occidente ¿nos hablan de la crisis definitiva de esa vieja institución llamada familia? ¿La desinstitucionalización familiar supone el re-

pliegue sin retorno de los vínculos solidarios informales? ¿La fragilidad de las actuales formas familiares comporta un riesgo irreversible de desintegración social? Creo más bien que las transformaciones familiares a las que estamos asistiendo se enmarcan en un proceso que, lejos de conducir a la desvalorización de la familia como institución, la sitúa en el centro de la vida social. La malla de derechos y obligaciones mutuas, relativas a la cooperación y la solidaridad, que se dan a través de los vínculos familiares y las redes de parentesco siguen siendo una parte muy relevante del entramado social. Lo que se está modificando es la permanencia a largo plazo de algunas de las pautas de reciprocidad mutua, especialmente las relativas a las alianzas horizontales establecidas a través del matrimonio o la cohabitación, y el modo en el que las personas las asumen como propias, a menudo mediante mecanismos que disuelven las fronteras entre lo legalmente reconocido y lo que no goza de tal consideración.

No voy a entrar en el debate de si es mejor denominar esta nueva situación como «a-familiar» (Requena 1992) o «post-familiar» (Beck y Beck-Gernsheim 2003), ni en las controversias e implicaciones que cada uno de los términos que se están empleando para caracterizarla tienen. Mucho más interesante me parece volver a insistir en que hay que huir de simplificaciones abusivas. Las tendencias de cambio están ahí, pero lo que permanece también. Es como si el pluralismo que está creciendo den-

tro y fuera de la red familiar nuclear moderna avanzara a tientas, siguiendo líneas de desarrollo a menudo contradictorias entre sí. Por un lado, como acabamos de señalar, se crean nuevos valores en el seno de la institución familiar; por otro, se construyen nuevas formas que se legitiman a partir de valores tradicionales. Probablemente, la diversidad familiar existente no es más que la expresión de un nuevo modo de entender la vida privada, en el contexto de una realidad global cambiante, llena de incertidumbres (Giddens 1995). Es también la consecuencia inmediata de los cambios que se están produciendo en las expectativas sociales de las mujeres y en los roles que la modernidad les adjudicó (Alberdi 1999). Pero, la intensidad y el alcance de esta tendencia varían en función del contexto social y cultural en el que se enmarca, de estrategias adaptativas a condiciones económicas y políticas concretas (Pérez Díaz 2000), así como de otros factores como la clase social de pertenencia, el grupo étnico que sirve de referente identitario o la adscripción a una determinada cohorte generacional. Veamos algunas de estas cuestiones tomando como punto de referencia empírico principal a la realidad familiar de la sociedad española.

#### 1) Roles sexuales y modelos familiares

A menudo se afirma que uno de los elementos más influyentes en la vida familiar actual es la creciente independencia económica de las mujeres de las amplias clases medias debido a su ma-

yor participación en el trabajo asalariado. Para las mujeres más jóvenes de los países desarrollados, con unos niveles altos en lo que a educación formal se refiere, el matrimonio ya no es el único destino posible. Cada vez más, un número mayor de mujeres considera el éxito profesional como una aspiración fundamental en su vida. ¿Significa todo esto que nos acercamos al final de la división sexual del trabajo sobre la que se construyó el entramado familiar de la modernidad?

Un estudio reciente, centrado en los modelos ideales que actúan como referente en la elección de los estilos de vida de la ciudadanía europea, explora el grado de aceptación social de tres modelos distintos de familia (Hakim 2003): el *igualitario* (una familia en la que los dos componentes de la pareja tienen un trabajo remunerado igual de absorbente y en la que ambos comparten igualitariamente las tareas domésticas y el cuidado de los hijos); el *de compromiso* (el trabajo remunerado de la esposa es menos absorbente que el del marido y, por tanto, ella dedica más tiempo a la casa y al cuidado de los hijos); el *de roles separados* (el hombre trabaja en la esfera laboral y la mujer se ocupa de la casa y de la atención a la familia). Los resultados concluyen que, en conjunto, las mujeres europeas tienden a elegir en mayor proporción que los varones el modelo ideal familiar igualitario, y lo mismo sucede con los jóvenes respecto a las generaciones de los más mayores. En Alemania Occidental, Luxemburgo e Irlanda la gen-

te prefiere mayoritariamente el «modelo de compromiso», mientras que en Dinamarca, España y Gran Bretaña la opción ideal dominante es la del «modelo igualitario». Lo más interesante es que esta proyección ideal contrasta con la realidad, pues la mayor parte de los ciudadanos europeos no vive en una unidad familiar donde se den roles verdaderamente simétricos entre los hombres y las mujeres. La única excepción es Dinamarca, país en el que la mitad de las mujeres desempeñaban, ya en 1992, el rol de cosustentador principal del hogar con un trabajo remunerado tan importante o más que el de su pareja conyugal.

Estos datos revelan una situación muy parecida a la que podemos observar a partir de los análisis sobre la distribución social del tiempo. Las diversas encuestas sobre uso del tiempo y sobre trabajo no pagado aplicadas en Europa permiten constatar que el trabajo no pagado que se realiza en el hogar se distribuye desigualmente entre los miembros de la pareja conyugal. Todo apunta a una resistencia a abandonar ciertos elementos de las adscripciones sociales de género que hace que la mayoría de las mujeres se sienta obligada a «dar» su tiempo, a lo largo de toda su vida, para atender a los demás miembros de sus familias. En España, según datos de 1996, la jornada semanal dedicada como promedio por los hombres al trabajo no pagado en el hogar fue de casi 14 horas, en tanto que la de las mujeres fue de más de 47 horas. En los núcleos conyugales donde las mu-

eres estaban empleadas laboralmente esta situación apenas variaba (Durán 1999). La evidencia empírica sugiere que se han producido algunas modificaciones, pero muy limitadas. La *Encuesta sobre empleo del tiempo 2002 - 2003* (INE 2006a) refleja una variación mínima en esta distribución desigual del tiempo dedicado al ámbito doméstico y familiar entre hombres y mujeres: mientras los primeros dedican un promedio de 14 horas semanales, las segundas invierten una media semanal de 31 horas. Todo parece indicar que las mujeres de las clases medias se están enfrentando actualmente a una experiencia iniciada, al menos desde mediados del siglo XIX, por las mujeres de las clases populares y obreras, con resultados muy similares. La implicación de los varones en las tareas domésticas y en las responsabilidades asociadas al cuidado de las personas que integran el hogar sigue siendo minoritaria y, cuando se da, es menor que la de las mujeres. El que estas últimas inviertan menos tiempo en tareas de atención y cuidado hacia los demás depende más de la posición de clase (cuanto más elevada más posibilidades existen de comprar en el mercado laboral estos servicios) y de las políticas sociales existentes en materia de atención a personas dependientes que de una equiparación real entre los roles sexuales en el ámbito familiar.

## 2) Matrimonio, cohabitación, divorcio

En España el matrimonio se mantiene como la modalidad más frecuente de cara a la formación de nuevos nú-

cleos familiares. Desde 1990 el número de matrimonios ha descendido. La tasa de matrimonios en el año 2000 era de 5,39 por cada mil habitantes, la cuarta más alta de la Unión Europea (EUROSTAT 2006). Un año después había menguado un poco más hasta situarse en 5 matrimonios por cada mil habitantes. Los matrimonios que se celebran siguiendo el ritual de la Iglesia católica siguen siendo mayoritarios, pero su número ha ido disminuyendo al tiempo que se incrementaba el de los matrimonios civiles. En 1975 estos últimos representaban sólo el 1% del conjunto de los enlaces matrimoniales españoles. En 2001 alcanzaron una proporción del 27% (INE 2006b).

En las sociedades europeas la gran mayoría de las personas se casa. Sin embargo, el matrimonio ya no es algo inevitable sino una posibilidad junto a otras alternativas. La *cohabitación*, expresión por excelencia de la «desinstitucionalización» familiar, es una situación que se ha ido extendiendo progresivamente en las sociedades occidentales europeas. La convivencia sin matrimonio es habitual en Suecia y en otras sociedades escandinavas, pero es menos frecuente en los países del sur de Europa. En cierto sentido, en el contexto de los países europeos, la población española destaca por unas actitudes muy tolerantes hacia formas de convivencia alternativas al matrimonio, aunque comparativamente éstas se dan en una proporción muy baja (Alberdi 1999). Se calcula que actualmente, según datos censales de 2001, algo más de medio

millón de personas forma una pareja de hecho, lo que supone casi el 6% del total de núcleos conyugales. En general, el cambio de comportamientos que se observa en la población española es similar al europeo, aunque parece seguir un ritmo más ralentizado.

Del conjunto de parejas que cohabitan en los países europeos, un número significativo de ellas está formado por personas del mismo sexo que desean convivir juntas y no pueden casarse porque legalmente no está permitido. En 1989 Dinamarca se convirtió en el primer país del mundo que reconocía formalmente las uniones formadas por personas homosexuales y les concedía derechos legales en cuanto a transmisión de herencias, impuestos y posesión conjunta de propiedades, aunque fuera de los cauces jurídicos del matrimonio. A principios del siglo XXI Holanda (2001), Bélgica (2003), Canadá (2005) y España (2005) introdujeron modificaciones legales que reconocían jurídicamente el matrimonio entre personas del mismo sexo. Se trata de uno de los cambios más importantes acontecidos en el ámbito del pluralismo y la diversidad familiar, no exento de polémica, acrecentada especialmente en todo lo relativo a la posibilidad de adopción conjunta de los hijos por parte de la pareja conyugal.

Desciende el número de matrimonios y aumenta el de divorcios. En todos los países del mundo en los que el divorcio está legalmente reconocido se observa un incremento de su incidencia aunque en los países más desarro-

llados de Europa se está estabilizando. Estados Unidos es el país con la tasa de divorcios más alta del planeta (ONU 2006). En el año 2000, en Reino Unido la tasa de divorcio se situaba en el 2,7 y en Francia se alcanzaba la cifra de 2 divorcios por cada mil habitantes. Irlanda e Italia registraban las tasas más bajas de todos los países europeos (el 0,7 por mil), seguidas de Grecia y España que alcanzaban el 1 por mil (EUROSTAT 2006). En España, la legalización del divorcio en 1981 supuso la quiebra definitiva de una concepción del matrimonio como «vínculo indisoluble», al tiempo que se abría el camino hacia la «monogamia sucesiva» y la formación de «familias reconstituidas». La Ley estableció un período obligatorio de separación matrimonial previo a la solicitud del divorcio con el fin de asegurar la firmeza de la decisión. Recientemente, en 2005, se han introducido una serie de reformas legislativas que eliminan el período de separación como fase previa al divorcio. Es pronto aún para saber si esta nueva situación jurídica conllevará un incremento acelerado de las disoluciones matrimoniales o si, por el contrario, se mantendrá la tónica dominante hasta el momento consistente en una tendencia continuada, pero lenta, al alza.

### 3) Tamaño del hogar y diversidad

En España, el número medio de miembros por hogar ha venido disminuyendo desde los años setenta ininterrumpidamente hasta alcanzar en 2001, según la *Encuesta de Presupuestos Fa-*

*miliares*, el número de 3 personas por hogar, una cifra muy semejante a la de otros países europeos como Irlanda, Portugal, Italia o Grecia, pero superior a la de Francia, Alemania, Dinamarca, Holanda o Reino Unido (INE 2006c). Podemos afirmar que la tendencia general de las familias españolas es la de ir hacia la constitución de hogares de menor tamaño debido a la simplificación de las unidades familiares, en las que no suelen convivir más de dos generaciones juntas, y a la caída de las tasas de fecundidad. Hay que tener en cuenta que la reducción de la fecundidad española en las últimas décadas ha sido muy brusca y que en 1997 el índice sintético de fecundidad se situó en el 1,1. En general, las mujeres españolas han desarrollado estrategias voluntarias tendentes a compatibilizar la familia y la proyección profesional, en un contexto de oportunidades y dificultades que les han hecho reconsiderar los tiempos y las energías dedicados a tener hijos y a criarlos, con el resultado que ya conocemos. No obstante, los últimos datos indican un ligero repunte ascendente sostenido provocado por un aumento del número absoluto de nacimientos, un índice de fecundidad creciente y una estructura por edades más favorable al aumento de las tasas de natalidad en el que las mujeres inmigrantes están jugando un importante papel. De hecho el número medio de hijos por mujer en edad fértil fue en 2003 de 1,3 (EUROSTAT 2006).

Las familias españolas también están variando su composición. La forma típi-

ca de convivencia familiar sigue siendo la familia constituida por la pareja conyugal, con o sin hijos. Simultáneamente, estamos asistiendo al aumento del número de familias monoparentales y de hogares unipersonales, al igual que al de las familias reconstituidas integradas por personas casadas en segundas nupcias con quienes conviven los hijos comunes y los de anteriores matrimonios. En España los hogares formados por un matrimonio con o sin hijos solteros suponen aproximadamente dos terceras partes del total. En 1999 los hogares integrados por una pareja sin hijos representaban el 18%, uno de los porcentajes más bajos de la Unión Europea en aquellos momentos, cuya media se situaba en el 25%. Actualmente, esta situación se mantiene prácticamente inalterada, si bien se ha producido un ligero descenso general de los hogares compuestos por una pareja, independientemente de que tengan o no hijos (EUROSTAT 2006).

Vivir solo es cada vez más habitual en Europa. Desde 1970 el porcentaje de *hogares unipersonales* en España ha aumentado de forma lenta pero progresiva hasta alcanzar en 2001 el 15%. Se trata de un porcentaje muy por debajo del de la mayoría de los países europeos (EUROSTAT 2006). En Europa, muchos de estos hogares están integrados por personas, adultas o jóvenes, que tienen autonomía económica y deciden vivir solas. España es uno de los países europeos en los que se registra el menor número de hogares unipersonales integrados por jóvenes. La mayor parte de

los hogares unipersonales no está formada por jóvenes ni por adultos sino por personas de edad avanzada, especialmente mujeres viudas. En 2001, del total de hogares españoles el 8% estaba compuesto por personas solas mayores de 65 años (INE 2006b).

La expresión *familia monoparental* es un término que subsume realidades sociales muy diferentes derivadas tanto de un proceso de separación o divorcio, como de una situación de viudedad o de la asunción en solitario de la maternidad o la paternidad. En España, los hogares monoparentales han visto incrementado su peso específico respecto a años anteriores. En 2001 constituían el 7% del total de hogares. De ese total, algo más del 80% estaba encabezado por una mujer, una proporción muy semejante a la del resto de Europa (EUROSTAT 2006). El análisis de las familias monoparentales según el estado civil del progenitor principal revela que la mayoría de las mujeres responsables de un hogar de este tipo están separadas o divorciadas. Por contra, la mayor parte de los hombres que encabezan un hogar monoparental son viudos (Instituto de la Mujer 2006).

En 2005, casi una de cada diez del total de familias monoparentales existentes en España corresponde a la categoría de madres solas que nunca han estado casadas. De ellas, es muy difícil saber en cuántos casos se trata de mujeres que han optado deliberadamente por la maternidad en solitario. Según algunos estudios realizados, las «madres solteras por propia elección» tienen una

edad comprendida entre 35 y 45 años, no tienen pareja ni hijos de anteriores relaciones y poseen un alto nivel educativo y una profesión liberal. No obstante, la mayor parte de las madres solas no encaja en este perfil. En general, la maternidad en solitario incrementa el riesgo de vulnerabilidad social, pero las políticas familiares que se desarrollan en cada país influyen de un modo decisivo en esta situación. Cuando las políticas sociales desarrollan una provisión estatal universalista de las necesidades familiares y promueven el derecho de la mujer trabajadora a tener una familia a través de mecanismos de redistribución social de los costes que implican las tareas de cuidado familiar, como sucede en el caso de Suecia, la situación de las madres que encabezan hogares monoparentales se aleja de las zonas de vulnerabilidad social (Madruga 2006).

#### *Para concluir*

Desde la perspectiva que estoy exponiendo, hay tres factores especialmente significativos que repercuten en las tendencias familiares que podemos observar en la actualidad y que acabamos de exponer, casi de modo impresionista, para el caso español. En primer lugar, el empeño de las personas por apoyarse en algún tipo de vínculo afectivo a la hora de componer una familia y formar un hogar. Las expectativas de la gente respecto a las relaciones que se establecen con los otros, especialmente con aquellos con quienes se convive, se han transformado radicalmente. La preocupación por la intimidad, el com-

promiso afectivo o la comunicación en las interacciones familiares se sitúa en un primer plano. En segundo lugar, la propensión a la individualización que experimentan las sociedades de modernidad avanzada. Las biografías y trayectorias vitales de las personas ya no están predeterminadas por normas y modelos claramente preestablecidos, sino que, de algún modo, se trata de itinerarios abiertos a distintas posibilidades donde las elecciones personales juegan un importante papel. La gente tiende a establecer vínculos personales y afectivos distintos a los del pasado reciente porque quiere que en ellos estén presentes sus propias opciones vitales. En tercer lugar, la quiebra de las relaciones de dominación de género y generacionales que sustentaron la consolidación de la familia nuclear burguesa. Las mujeres *se piensan* como sujetos de pleno derecho y reivindican la elección de proyectos vitales no subsumidos en los intereses de los hombres con los que establecen vínculos afectivos y familiares. Los jóvenes siguen profundizando en la construcción de itinerarios biográficos al margen de las transmisiones y proyecciones de futuro de los padres. Esta nueva situación convierte el espacio privado familiar en un campo atravesado por constantes ejercicios de equilibrio cotidiano (y tensiones) entre diferentes proyectos de futuro en el contexto de una vida en común. No obstante, conviene recordar que algunas cosas están cambiando y otras no tanto como parece.

Estos aspectos, y otros muchos relacionados con ellos, desde diferentes

ópticas y perspectivas, fueron abordados en *les Jornades Internacionals "Estructures Familiars i relacions de Gènere"*. Estas Jornades se plantearon como un espacio de análisis, reflexión y debate crítico sobre las transformaciones familiares y su vinculación con los cambios operados en las relaciones de género. El principal objetivo era el de posibilitar un lugar de encuentro en el que estudiantes, investigadores y académicos especializados, así como diversos colectivos y organizaciones sociales, pudieran abordar con rigor y sosiego una amplia gama de dimensiones vinculadas al pluralismo que está creciendo dentro y fuera de la familia nuclear moderna. En este número de *Arxius* aparecen publicadas algunas de aquellas aportaciones con el fin de que puedan llegar a un público más amplio y sea posible seguir profundizando en el alcance y el sentido de dichas transformaciones.

El artículo de Inés Alberdi, que se titula *La transformación de las familias en España. La influencia del feminismo en los cambios familiares*, realiza un breve repaso a las teorías feministas que han tratado de explicar la lógica de la dominación masculina y su reproducción institucional. Desde esta perspectiva, la autora, que es experta tanto en lo relativo al movimiento feminista como respecto a la realidad familiar española y europea, aborda el impacto de las luchas feministas tendentes a conseguir la igualdad entre hombres y mujeres sobre las transformaciones familiares. Uno de los aspectos más importantes abordados en su análisis es el importante rol

que las mujeres están desempeñando en este proceso.

Elisabeth Beck-Gernsheim presenta el texto: *Declining birth rates and gender relations. What happened since the 1960's?* Desde hace ya algún tiempo está investigando la relación entre transformaciones familiares y estratificación de género en el contexto de la sociedad global del riesgo. En esta ocasión, se centra en la ruptura de la «edad de oro» del matrimonio y la familia: los años 50 y 60 del siglo XX. Fue un momento en el que predominó la idea de que una biografía normal se iniciaba con el romanticismo del amor joven, seguía con el matrimonio y culminaba con la llegada de los hijos. Aunque hoy en día existen aún biografías que se ajustan a esta secuencia, el declive de las tasas de natalidad en la mayoría de los países europeos, el descenso en el número de matrimonios y el incremento de la cohabitación y el divorcio, indican un desmoronamiento de esta pauta.

Gøsta Esping-Andersen, analista de prestigio en todo lo relativo a los distintos regímenes de bienestar, expone en su artículo la centralidad que ocupan los niños en cualquier nuevo equilibrio de bienestar. En *Children in the Welfare State. A Social Investment Approach* indica cómo las tasas de natalidad seguirán descendiendo mientras las mujeres vivan como incompatibles la maternidad y el trabajo remunerado. Una nueva política familiar debe basarse en el reconocimiento de que los niños son un bien colectivo y de que deben disfrutar de condiciones óptimas para su ma-

duración. El nuevo reto de las políticas sociales debe centrarse en alcanzar un nuevo «contrato social» en el que sean posibles un nivel aceptable de fecundidad y, simultáneamente, una adecuada inversión de recursos públicos en el desarrollo de los niños.

El texto de Elixabete Imaz encara la cuestión de la maternidad en el seno de parejas lesbianas. Con el título de *La maternidad en el seno de las parejas lesbianas: cambios, continuidades y rupturas respecto a los modelos familiares y maternos*, esta investigadora acomete en estas páginas la presentación de un conjunto de interrogantes sobre estas nuevas formaciones familiares y su progresiva visibilidad social. La utilización creciente por parte de parejas formadas por mujeres de las nuevas tecnologías reproductivas para conseguir ser madres abre interesantes vías de análisis e interpretación sobre las transformaciones familiares contemporáneas y las nuevas concepciones de la maternidad.

El artículo que M.<sup>a</sup> Jesús Izquierdo nos ofrece en esta ocasión, denominado *Familia y ciudadanía democrática*, continúa ahondando en las reflexiones de sus últimas publicaciones que tienen como eje principal de indagación la estructura contemporánea de las desigualdades de género. Sugerente como siempre, inicia su exposición elaborando una crítica del modo en que la modernidad excluyó a las mujeres del estatuto de ciudadanía. A partir de las aportaciones del feminismo revisa la construcción política de la ciudadanía moderna basada en el ideal de un individuo autónomo capaz de to-

mar decisiones en la esfera pública sin tener en cuenta ninguna de sus necesidades de atención y cuidado. La tensión entre independencia y dependencia que soporta esta construcción sólo fue posible gracias a las exclusiones que generó: la de las mujeres, la de las dependencias vinculadas a la esfera de lo privado-familiar. Pero esta situación es incompatible con una ciudadanía democrática plena.

La trayectoria investigadora que Lidia Puigvert viene desarrollando desde hace ya algún tiempo se inscribe en lo que se ha dado en llamar el feminismo dialógico. Su aportación en este caso, presentada bajo el nombre de *Relaciones dialógicas en las estructuras familiares del siglo XXI*, sigue profundizando en el análisis de las estructuras que permiten la apertura de espacios de participación y diálogo en los que lo invisibilizado acabe siendo visible y lo silenciado dicho. Las estructuras familiares del siglo XXI son uno de esos espacios en los que es posible el diálogo, en parte gracias a los procesos de democratización que se están dando en su interior y, en parte, porque están vinculadas a procesos de elección, reformulación o nueva creación. En este

contexto, muchos colectivos que han estado silenciados por no ajustarse a las pautas dominantes, ahora tienen la posibilidad de visibilizarse. Libertad para elegir e igualdad para hacerlo en las mismas condiciones son los dos grandes retos de nuestro tiempo.

Por último, queremos referirnos al artículo de Jacqueline Scott: *Family and Gender Roles: How attitudes are changing*. La autora, especialista en investigación sobre la familia, analiza en este texto dos temas. El primero está vinculado a las actitudes hacia el matrimonio, la figura de la madre y la moral relacionada con el comportamiento familiar. Explora hasta qué punto estas actitudes difieren entre los diferentes países occidentales, si convergen con el transcurso del tiempo y si hay diferencias generacionales fuertemente significativas. También indaga la permanencia y el cambio de algunas de estas actitudes. El segundo tema que se expone en el artículo está orientado hacia las transformaciones en los roles de género y, más concretamente, en las dificultades para modificar los desequilibrios de género en lo referente al trabajo doméstico no pagado que se realiza en el espacio familiar.

*Bibliografía*

- ALBERDI, I. (1999): *La nueva familia española*, Madrid, Taurus.
- BAUMAN, Z. (2005): *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- BECK-GERNSHEIM, E. (2003): *La reinención de la familia*, Barcelona, Paidós.
- BECK, U. y E. BECK-GERNSHEIM (2003): *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Barcelona, Paidós.
- DURÁN, M. A. (coord.) (1999): *The future of work in Europe. Gendered patterns of time distribution*, Brussels, European Commission, Directorate General V.
- EUROSTAT (2006): *Population and Social Conditions*, <http://epp.eurostat.cec.eu>.
- GIDDENS, A. (1995): *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra.
- FLANDRIN, J.L. (1979): *Orígenes de la familia moderna. La familia, el parentesco y la sexualidad en la sociedad tradicional*, Barcelona, Crítica.
- HAKIM, C. (2003): *Modelos de familia en las sociedades modernas. Ideales y realidades*, Madrid, CIS.
- INE (2006a): *Encuesta sobre empleo del tiempo 2002 - 2003*, <http://www.ine.es/inebase/>
- INE (2006b): *Censo de Población y Viviendas 2001*, <http://www.ine.es/inebase/>
- INE (2006c): *Encuesta Continua de Presupuestos Familiares*, <http://www.ine.es>.
- INSTITUTO DE LA MUJER (2006): *Mujeres en cifras*, <http://www.mtas.es/mujer/>.
- LASLETT, P. (1972): *Household and Family in the Past Time*, Cambridge, University Press.
- MADRUGA, I. (2006): *Monoparentalidad y política familiar*, Madrid, CIS.
- MURDOCK, G. P. (1949): *Social Structure*, New York, Macmillan.
- ONU (2006), *Demographic Yearbook 2002*, <http://unstats.un.org>.
- PARSONS, T. y R. BALES (1945): *Family, Socialization and Interaction Process*, Glencoe, Free Press.
- PERELLÓ, F. (2000): "Género y privacidad. Las paradojas de la inserción social de la mujer", en J. R. Bueno (dir.), *Programas de Inserción y Exclusión Social*, Programa Sócrates - Erasmus, Universitat de València.
- PERELLÓ, F. (2005): "Familias", en M. García Ferrando (coord.), *Pensar Nuestra Sociedad Global. Fundamentos de Sociología*, Valencia, Tiram lo Blanch; pp. 167-198.
- PÉREZ DÍAZ, V., E. CHULIÁ y C. VALIENTE (2000): *La familia española en el año 2000. Innovación y respuesta de las familias a sus condiciones económicas, políticas y*

- culturales*, Madrid, Fundación Argentina.
- REHER, D. S. (1997): *Perspectives on the Family in Spain. Past and Present*, Oxford, Clarendon Press.
- REQUENA, M. (1992): "El eclipse de la razón doméstica", en V. Verdú (ed.), *Nuevos Amores, Nuevas Familias*, Barcelona, Tusquets.



# LA TRANSFORMACIÓN DE LAS FAMILIAS EN ESPAÑA.

LA INFLUENCIA DEL FEMINISMO EN LOS CAMBIOS FAMILIARES

INÉS ALBERDI  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

## RESUMEN

EN ESTE ARTÍCULO SE REALIZA UN BREVE REPASO A LAS TEORÍAS FEMINISTAS QUE HAN TRATADO DE EXPLICAR LA LÓGICA DE LA DOMINACIÓN MASCULINA Y SU REPRODUCCIÓN INSTITUCIONAL. DESDE ESTA PERSPECTIVA SE ABORDA EL IMPACTO DE LAS LUCHAS FEMINISTAS EN SU INTENTO DE CONSEGUIR LA IGUALDAD ENTRE HOMBRES Y MUJERES LO CUAL HA TRANSFORMADO EN BUENA MEDIDA LA CONCEPCIÓN Y LA CONSTITUCIÓN TANTO DE LA FAMILIA COMO DEL ROL DESEMPEÑANDO POR LA MUJER EN ELLA.

### *Introducción*

Los movimientos feministas aparecieron en España coincidiendo con la transición política desde un régimen dictatorial e intransigente a un régimen democrático que proclamó como valores fundamentales la libertad y los derechos del individuo. Las ideas que defendieron las mujeres feministas coincidieron con las reivindicaciones de libertad de todos los que se oponían al régimen de Franco y añadieron a estos una crítica radical de la autoridad que se encarnaba específicamente en la familia patriarcal. La coincidencia del feminismo con la Transición Política le dio un refuerzo enorme a sus ideas y

le permitió un florecimiento difícil de entender en otros momentos. La indefinición de los resultados de las distintas fuerzas políticas que fueron emergiendo en los primeros momentos de la democracia les obligaba a todas ellas a estar abiertas a las demandas de los movimientos sociales y especialmente a las reivindicaciones de las mujeres. Es difícil entender los cambios introducidos en la Constitución de 1978, en lo referente a la igualdad entre los hombres y las mujeres, sin tener en cuenta la influencia que en aquellos años tuvo el movimiento feminista en nuestro país. Tres décadas más tarde las ideas del feminismo se han incorporado a la cultura

política de nuestra sociedad aunque, sin embargo, el feminismo no tiene, como movimiento, una gran aceptación debida sobre todo a que se asocia con las tensiones que afloran en el seno de las parejas. El matrimonio entre iguales hace de la relación de pareja un proceso constante de negociación y cuando surge el conflicto el arma arrojada entre los hombres y las mujeres es el feminismo.

Voy a hablar de todo esto, del surgimiento del movimiento feminista a nivel internacional en los años setenta y especialmente en nuestro país en los años de la transición política. De cómo inicialmente el feminismo propuso acabar con la familia patriarcal para lograr la emancipación de las mujeres y como la progresiva introducción de sus ideas de igualdad y de libertad en el interior de los hogares familiares no ha acabado con la institución familiar sino que la ha ido transformando. A través de muchas confrontaciones cotidianas cambiaron, fundamentalmente, los comportamientos de la mayoría de la población sobre todo los de las generaciones más jóvenes. Hablare de como han influido las ideas del feminismo en la transformación de los valores en toda la sociedad española y como han impregnado las nuevas leyes relativas al matrimonio y la familia; Como el conjunto de los comportamientos de los hombres y las mujeres españolas han ido cambiando, primero de una forma minoritaria, trasgresora e innovadora y posteriormente se han generalizado y han sido paulatinamente aceptados.

### *Significado del movimiento feminista*

Tanto en España como a nivel internacional el feminismo pretendió inicialmente acabar con la familia y lo que ha conseguido, en estos treinta años, es su profunda transformación. El objetivo del feminismo ha sido explicar la vida social y la experiencia humana desde el punto de vista de las mujeres. El Movimiento Feminista ha tratado de contestar a una serie de preguntas fundamentales para construir una nueva identidad de género sin tener que utilizar las definiciones y concepciones filosóficas heredadas del patriarcado. Cuál es la situación de las mujeres; cuáles son las diferencias naturales y cuáles son las diferencias sociales entre hombres y mujeres; cuál es el origen de esas diferencias sociales y como se ha llegado a esta situación.

Las explicaciones del feminismo son diversas y se sitúan en torno a los conceptos de *diferencia*, de *desigualdad* y de *opresión*. Una serie de teorías explican la situación de las mujeres en cuanto *son diferentes* a los hombres. La idea que domina en esta explicación es que las diferencias psicológicas entre hombres y mujeres son significativas y explican su distinta situación social: sus relaciones, sus experiencias, sus intereses básicos, sus vivencias sexuales y su sentido de la identidad les diferencian claramente de los hombres. El *feminismo de la diferencia* reivindica esto como una posible superioridad de lo femenino y no acepta la distribución actual desigual de valor de uno y otro género (Gilligan 1982). El peligro de esta orien-

tación del feminismo de la diferencia es su coincidencia en el esencialismo con las teorías tradicionales que han justificado la inferioridad de la mujer. Cuando se reivindica la importancia positiva y el valor intrínseco del cuidado y de la maternidad, como rasgos esenciales de la femineidad, este feminismo de la diferencia se coloca muy cerca de las teorías tradicionales de la división sexual del trabajo que han sido utilizadas históricamente para arrinconar socialmente de las mujeres.

La *desigualdad* es el concepto que se usa para describir como, a partir de la diferencia sexual, la sociedad ofrece una posición social, unos recursos materiales y unas oportunidades desiguales a hombres y a mujeres, siempre inferiores para las mujeres. Las teorías de la desigualdad tratan de conocer el origen, las causas y las dimensiones de la misma. Los niveles de poder y responsabilidad, las oportunidades educativas y laborales, las capacidades legales son las dimensiones principales que se analizan para entender y describir la distancia social entre los hombres y las mujeres (De Beauvoir 1949, Amorós 1997).

La *opresión*, a diferencia de la desigualdad, es el concepto que, señalando la situación de inferioridad y dependencia de las mujeres, pone el énfasis en los beneficios que los hombres obtienen de esta situación. En el patriarcado la explotación sexual de las mujeres y la desigualdad entre los sexos en la familia suponen una ventaja injusta de la que se benefician los hombres. La persistencia del patriarcado, como sistema políti-

co central de la organización social, se explica por la superioridad masculina, ya sea mediante el sometimiento psicológico de las mujeres (Chodorow 1978), mediante la imposición de un sistema de relaciones de dominación y subordinación en la familia (Millett 1971), o mediante la imposición de la violencia sexual (MacKinnon 1995), pero siempre para defender y mantener unos intereses de género que ofrecen beneficios a los hombres ya sea en forma de superioridad, de ventajas económicas, de servicios personales no pagados o de mejores y mayores oportunidades de trabajo. Las diferentes teorías explicativas de estas desigualdades, estas diferencias y de las relaciones de dominio existentes se han desarrollado en un amplio *corpus teórico* que, aunque producen numerosos y ricos debates en su seno, se presentan externamente como teorías complementarias que ayudan a entender, y eventualmente a transformar, la situación de las mujeres en la sociedad.

### *El patriarcado*

La teoría feminista se ha interesado siempre por la institución familiar en cuanto que la familia es el lugar en el que se configuran las identidades masculinas y femeninas. El feminismo se orienta primordialmente a explicar los orígenes del dominio de los hombres sobre las mujeres y de la reproducción histórica del mismo. Las desigualdades en razón del sexo se convierten en la base fundamental de la construcción teórica feminista y es en la familia don-

de se marcan inicialmente las diferencias entre hombres y mujeres en todas las sociedades conocidas. Las relaciones de parentesco, las relaciones entre los sexos en el matrimonio, la paternidad y la maternidad, así como la atribución básica de unas y otras tareas en función del sexo se construyen socialmente a través de la institución de la familia.

El patriarcado es el concepto a partir del cual se muestra como la construcción social de la diferencia de géneros se estructura jerárquicamente, siendo la superioridad del género masculino la característica principal de las sociedades patriarcales. La sociedad patriarcal se define por la relación de dominación del género masculino sobre el femenino. Esta es una característica social universal, no se conoce ninguna sociedad en la que las mujeres tengan más poder que los hombres. El concepto de patriarcado remite al conflicto latente en estas relaciones de dominación y desigualdad entre los géneros y se utiliza para denunciar este sistema de estratificación sexual que se considera susceptible de transformación.

Por otra parte el sistema patriarcal ha utilizado históricamente la diferenciación de los espacios sociales como forma de delimitar las posiciones sociales de hombres y mujeres y hacer menos visible el conflicto potencial de géneros. El espacio público y el espacio privado han delimitado los campos de actuación de hombres y de mujeres de forma que la desigualdad de posiciones sociales pareciera desprenderse espontáneamente de las diferentes tareas

y responsabilidades que *la naturaleza* adscribía a cada género. El ámbito público, que es el del poder, el trabajo y, para la minoría dirigente, el del reconocimiento, se define como masculino mientras que el espacio privado, que es el de la reproducción, el cuidado personal y la familia, se define como femenino. A partir de esta adscripción a las cuestiones relativas a la familia y la reproducción se concreta la dependencia y la dominación de las mujeres. Es por esto que la teoría feminista se ha interesado, desde sus inicios, por el análisis de la familia, en cuanto campo privilegiado de la construcción de las identidades masculinas y femeninas y a la vez de la reproducción del sistema social patriarcal.

### *El sexo y el género*

Las desigualdades sociales entre los hombres y las mujeres se han hecho derivar de las diferencias biológicas de cada sexo asignando con ello un rasgo de *naturalidad* a desigualdades que no son, necesariamente, más que características culturales de los hombres y las mujeres en cada momento histórico. Las sociólogas feministas han demostrado como las características que la cultura occidental atribuye como "naturales" a las mujeres no son más que rasgos aprendidos y desarrollados por estas en función de condiciones y presiones sociales (Oakley 1982). Mientras que las diferencias de sexo son biológicas, las desigualdades de género son sociales y culturales. El concepto de género se utiliza para explicar como las des-

igualdades entre hombres y mujeres son construidas socialmente. Las diferencias de género las encontramos en todas las sociedades conocidas, con distintos rasgos en unas y en otras, con una constante en todas ellas, la predominancia del poder y del status otorgado al género masculino. Firestone explica como la distinción de género estructura cada uno de los aspectos de nuestra vida y constituye un marco indiscutido dentro del cual la sociedad sitúa a hombres y mujeres (Firestone 1970). La diferencia de género, dice Firestone, es un sistema sofisticado de dominación masculina. La tarea teórica del feminismo es explicar este sistema y su tarea política acabar con él.

La idea de polaridad es esencial en la construcción social de los géneros pues cada uno de ellos se configura como diferente y opuesto al otro. Simone de Beauvoir ya definió a la mujer como *el otro sexo*, el que no es hombre, para señalar esa negatividad implícita en la construcción de la femineidad en cuanto diferente, dependiente e inferior a la masculinidad (Beauvoir 1949). En la tradición occidental la filosofía inicialmente y la psicología a continuación han elaborado todo un catálogo de ausencias y deficiencias como forma de identificar lo femenino. Freud, un gran ejemplo de esta tradición, explicó la identidad femenina a partir de "la falta de pene", es decir, caracteriza psicológicamente a la mujer por *no tener* y *envidiar* los atributos sexuales del hombre. Dada la importancia de las teorías freudianas en la cultura occidental

del siglo XX, Freud se ha convertido en uno de los objetivos centrales de la crítica feminista, porque refleja de forma paradigmática el desprecio del género femenino implícito en la cultura patriarcal.

A través del concepto de género y de la definición del patriarcado, como instrumentos fundamentales de organización social, es como la teoría feminista hace visibles y analiza las diferentes posiciones sociales de hombres y mujeres. Con ellos se abandona el terreno de la *naturaleza* y se entra en el de la cultura para medir y definir las relaciones entre ambos sexos.

El término de género sirve para referirse a la construcción social de las diferencias entre hombres y mujeres. El concepto de género no niega las diferencias biológicas entre el hombre y la mujer sino que pretende superar este nivel biológico "natural" para entrar en el terreno de las relaciones culturales y las diferencias construidas socialmente. Lo que el concepto de género niega es la traducción automática de diferencias biológicas en diferencias sociales y culturales. Los hombres y las mujeres tienen una serie de diferencias sexuales biológicas y además existen otras diferencias que no son biológicas. Lo masculino y lo femenino son categorías sociales y esas son las que pretende analizar la teoría feminista. La teoría feminista ha elaborado el concepto de género, como forma de identificar esa construcción social de las características y diferencias entre hombres y mujeres y para alcanzar un mayor nivel de profun-

didad en sus análisis. El sistema sexo-género se utiliza para explicar esa transformación, esa construcción social de las diferencias entre hombres y mujeres a partir de las diferencias biológicas, iniciales y básicas, entre los sexos. De este modo, podemos distinguir aquellas características biológicas, naturales o dadas por la naturaleza, de otras muchas diferencias de carácter, personalidad o gustos, que tienen un carácter social y son construidos, aprendidos a través de la socialización que es una operación fundamental de reproducción social y se hace generalmente segregada para cada género.

Las antropólogas feministas han estudiado el significado del género en la organización de la vida social, lo que les permite conceptualizar una sociedad futura en la que desaparezcan estas categorías tradicionales. Y han señalado como el género es producto de las relaciones sexuales en cuanto que los sistemas de parentesco se apoyan básicamente en el matrimonio. Cada sistema de género se presenta como natural y fijo implicando un cierto nivel de represión para alcanzar el orden social ya que el género aparece como la base de las relaciones de poder. Las feministas psicoanalistas plantean como la división de trabajo por género en la familia nuclear, que atribuye a las mujeres la responsabilidad exclusiva del cuidado de los niños pequeños, produce la diferencia inicial entre la psicología de hombres y de mujeres y ayuda a la reproducción de esa misma separación de tareas (Chodorow 1978).

*¿Qué tiene que ver el matrimonio y la sujeción de las mujeres?*

Desde el comienzo de las movilizaciones por sus derechos las mujeres han cuestionado las reglas del matrimonio y la familia. Las feministas históricas vieron el matrimonio como una cadena perpetua en unas épocas en las que las mujeres perdían todos sus derechos al casarse. La mujer casada desaparecía civilmente y toda su representación correspondía al marido, incluida la administración de sus bienes. Los hijos también pertenecían al marido que era el único que tenía autoridad sobre ellos. Estas eran las normas del matrimonio tanto en los Estados Unidos como en Europa y las sufragistas se organizaron, a finales del siglo XIX, tanto para obtener la ciudadanía política, el sufragio, como para alcanzar una serie de derechos dentro de la familia en relación con el marido, con los hijos y respecto de sus bienes.

Las sufragistas atacaron la institución del matrimonio en nombre de la igualdad entre el hombre y la mujer, pero reconocieron las ventajas que el matrimonio reportaba a las mujeres en una sociedad que no las educaba para otra cosa y que las impedía desarrollar trabajos útiles. El sufragismo no atacaba el matrimonio sino que pedía nuevas reglas para él. "El matrimonio debe ser una asociación permanente y basarse en términos de igualdad, y así debe reconocerlo la ley" firmaron en el momento de contraer matrimonio Lucy Stone y Henry Blakwell, conocidos activistas del movimiento por los derechos

políticos de las mujeres, a finales del siglo pasado.

La segunda ola del feminismo, que surge a finales de los años sesenta del siglo XX, configuró en los Estados Unidos y en la mayoría de los países europeos lo que se llamó el *Movimiento de Liberación de la Mujer*. Este movimiento, que esgrimía como uno de sus principales eslóganes la lucha contra el patriarcado, dedicó buena parte de sus esfuerzos teóricos al estudio de la institución familiar en cuanto que bastión fundamental del sistema patriarcal. La familia aparecía como la mediadora fundamental entre el individuo y la vida social y a través de ella se definía el rol social de las mujeres y se ejercía el control sobre su sometimiento a las normas.

La sociedad definía como patriarcal en cuanto aseguraba a los hombres la autoridad sobre las mujeres y los hijos. La familia era el modelo de toda la sociedad pues jerarquiza a todos los individuos bajo la autoridad del padre-cabeza de familia (Millett 1971). La familia socializa a los individuos y trasmite las actitudes patriarcales, asegurando la legitimidad de las relaciones de dependencia y la reproducción de la estratificación. Dentro de la sociedad patriarcal las mujeres ocupan posiciones secundarias ya que realizan, en su mayor parte, los trabajos no pagados y sin prestigio social. Su dependencia económica determina su dependencia psicológica e ideológica respecto del hombre. El matrimonio es el pacto que asegura esta dependencia y viene a satisfacer las ne-

cesidades económicas de las mujeres a cambio del sometimiento personal y la disponibilidad sexual.

El patriarcado elabora una ideología propia que le ayuda a mantenerse, reforzando con sus estereotipos las diferencias entre los géneros. La ideología patriarcal se inserta en lo más profundo de la psicología individual haciendo muy frecuentemente pasar por “naturales” diferencias aprendidas tan profunda y tempranamente que sólo con dificultad pueden entenderse como diferencias culturales. De este modo se entiende que la distribución de roles que se asigna a cada género no necesita ser impuesta por la fuerza ya que el sistema de valores está interiorizado en los individuos que, en la mayoría de los casos, desempeñan sus roles de género espontáneamente.

### *El encierro doméstico*

El ataque de las feministas a la institución familiar se inició con las críticas a la *mujer-ama de casa* que se ofrecía como modelo ideal en la sociedad americana de los años sesenta. La mujer americana de clase media, con una vivienda dotada de un elevado confort y una capacidad de consumo desconocida hasta entonces, se presentaba en aquellos años como una situación envidiable para las sociedades europeas y, sin embargo, Betty Friedan denunció la marcha atrás que ello suponía para una generación de mujeres que después de haber realizado estudios profesionales y universitarios se encerraron en el hogar para no ser más que madres y

esposas. Friedan se preguntaba si las mujeres americanas se podrían conformar escuchando a los sociólogos y a los políticos que las empujaban a realizarse a través de su papel de madres y esposas (Friedan 1965). En *La mística de la feminidad* Friedan denunciaba el que se limitara la vida de la mujer al hogar, las tareas domésticas, el marido y los hijos; señalaba que si una generación de mujeres bien preparadas intelectualmente se conformaban con ello es porque estaban sometidas al adoctrinamiento constante de la radio, la televisión y las revistas femeninas que no tenían más heroína que “la feliz ama de casa norteamericana”.

Fridan propuso otro modelo de mujer, que no tiene por qué renunciar a la familia y a los hijos. Propuso a las mujeres una vida que incorporara algo más que sólo su familia. Su ataque a la familia no fue frontal, lo que buscaba era su transformación. Impugnaba la familia tradicional en nombre de unas formas más idóneas, más justas e igualitarias de matrimonio. Pero sus ideas germinaron en un movimiento que evolucionó hacia una mayor radicalidad y que fue buscando la confrontación política a partir del cuestionamiento de la familia y del rol de las mujeres dentro de ella. A finales de los años sesenta, coincidiendo con los movimientos por los derechos civiles de los negros y contra la guerra de Vietnam, comenzó a organizarse el Movimiento de Liberación de la Mujer y las críticas de las feministas al matrimonio y la familia empezaron a ser más contundentes, más airadas y

su pretensión de transformación más radical. Los análisis de aquellos años se mostraban poco confiados en la posibilidad de cambio de las actitudes patriarcales al advertir como socialmente se combatían todos los intentos de emancipación femenina a través del trabajo o del reparto de las tareas domésticas. Se señalaba el peligro del conservadurismo como unos de los obstáculos más fuertes que habría de superar el movimiento de las mujeres porque los miedos que tienen las mujeres a cambiar las cosas es uno de los obstáculos mayores al cambio. Y estos miedos eran en parte inducidos; se amenazaba a las mujeres con que su incorporación al trabajo iba a traer la disolución de la familia, se intentaba crearles temores respecto del sentido nulo que tendría su vida si no la completaban con el matrimonio y los hijos.

Las críticas a la familia nuclear en la que las mujeres se encierran a cuidar de sus hijos fue el blanco preferido de las críticas en los diferentes textos feministas. Algunas autoras opusieron a esta forma de familia las redes amplias de parentesco, la familia extensa en la que conviven varias generaciones permitiendo a las mujeres poner sus recursos en común y realizar más tareas que las solamente destinadas al cuidado del grupo familiar (Greer 1971). El análisis más demoledor de la posición de las mujeres en la familia se centró en su exclusividad para la realización de las tareas domésticas, a las que se consideraba trabajo no remunerado, y en las formas tradicionales de socializa-

ción que ayudaban a la reproducción del mismo modelo de relaciones hombre y mujer. Como forma de combatir estos procesos las feministas reivindicaron la socialización de las tareas domésticas y del cuidado y la atención a los niños (Benston 1972).

Los análisis feministas no se centraron solo en la relación de dominación del hombre sobre la mujer, establecida por el matrimonio, sino también en toda la estructura económica interna de la familia. El status inferior de las mujeres en la sociedad se deriva de las tareas que realizan en la familia, el trabajo doméstico, que aun cuando son una producción socialmente necesaria no se consideran como trabajo y se desvalorizan en una consideración de tareas de sexo "naturales". Por ello las mujeres, que son las que lo realizan, se quedan fuera de los mecanismos sociales de intercambio. Esto aísla a las mujeres de la vida social en cuanto que la mayoría de estas tareas se llevan a cabo de forma aislada y particular en el seno de cada hogar al margen de las relaciones sociales de producción que son las que ponen a las personas en contacto y comunicación entre ellos. Esta es la base económica del status inferior de las mujeres, que tiene su origen en la distribución del trabajo dentro de la organización familiar.

Cada familia constituye una unidad económica en la que se realizan una serie de tareas de carácter repetitivo y privado, que no son reconocidas ni pagadas, y que se denuncian como *trabajo invisible*. A estas tareas también se le

llaman trabajo reproductivo porque tienen una función fundamental de reproducción del sistema social en su totalidad. Para el mantenimiento de la vida social no sólo se requiere la reproducción biológica, estrechamente vinculada a la familia, sino que son los hogares los que aseguran la reproducción diaria de la fuerza de trabajo, la alimentación, limpieza y cuidado que suponen los cuidados domésticos, así como la reproducción cultural a través de la socialización de sus miembros tanto la primera socialización en el cuidado de los niños como la socialización continua de los jóvenes y adultos a través de las relaciones y comunicaciones familiares.

La alternativa que las feministas propusieron a este trabajo invisible, realizado solo y exclusivamente por las mujeres, fue la socialización de las tareas domésticas y la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado. El feminismo radical y socialista pretendió a la vez acabar con la segregación sexual del trabajo doméstico y con la producción privada del mismo. El cuestionamiento de la familia era doble ya que había que socializar el trabajo doméstico y había que realizar las tareas domésticas en común. La sociedad entera tendría que tomar a su cargo esa enorme cantidad de trabajo doméstico necesario para poder así liberar a las mujeres del encierro doméstico y de la dependencia personal (Benston 1972).

#### *La familia nuclear*

Las feministas atacaron sobre todo el ideal conservador de la familia que

pretendía vender como modernidad las características tradicionales de dependencia femenina y desigualdad en la versión de la sociología funcionalista. El modelo propuesto por Parsons como "familia moderna" mantenía constantes los rasgos mas tradicionales: la diferenciación rígida de roles para hombres y para mujeres, la delimitación del terreno privado al genero femenino y el terreno público al masculino, la autoridad del varón y la dependencia de la mujeres en todas las cuestiones que hacen referencia a la institución familiar.

Parsons es el sociólogo que conceptualizó más detalladamente la organización interna de la familia nuclear y el reparto de roles en función del género que en ella se produce. La perspectiva de género no es un aspecto central en los análisis de Parsons pero adquiere importancia dentro de su conceptualización de la familia como institución básica de mantenimiento del Sistema Social. A través del análisis que hace de la institución familiar, a la que concede una importancia primordial en su Sistema Social, Parsons pone de manifiesto su ideología acerca de la diferencia entre los géneros. Defiende como *funcional* la desigualdad de roles entre los hombres y las mujeres para el mantenimiento de todo el Sistema Social. La diferenciación sexual del trabajo tiene en Parsons uno de sus más importantes teóricos. Defiende la especialización de cada género en una serie de roles que se configuran por sus características diferenciadas. A los hombres les corresponde el *rol instrumental* y a las mujeres

el *rol expresivo* y ambos, en función de esa diferenciación fundamental, se han de ir especializando en el desempeño de unas y otras tareas sociales. Esta diferenciación se desarrolla a partir de las unidades familiares donde la especialización de género es máxima. Las tareas de hombre y mujer, unidos en el matrimonio y formando a partir de este una nueva familia, van a ser diferentes y complementarias, colaborando con ellas al buen funcionamiento de todo el sistema. A los hombres les corresponde, en el desarrollo de su *rol instrumental*, la salida al exterior, el buscar el mantenimiento económico de la familia, la representación social de la misma y, derivado de ello, todas las tareas que conectan la unidad familiar con el mundo exterior político y económico. A las mujeres, que han de desempeñar un *rol expresivo*, derivado de su tarea fisiológica fundamental de tener hijos y criarlos, les corresponde la atención personal y afectiva de los niños, el cuidado personal y la atención emocional de los adultos, así como todas aquellas relaciones que, aunque conecten a la familia con el mundo exterior, se basan en relaciones personales de afecto, amistad o parentesco (Parsons 1955 y 1976).

Con esta teoría se eleva a la categoría de requisito funcional de todo el sistema social la vieja diferenciación de tareas entre hombres y mujeres, que encontramos en todas las sociedades. Con el envoltorio de las ciencias sociales Parsons defiende la desigualdad entre hombres y mujeres sin darse cuenta de la importancia ideológica de sus

propuestas. Con ellas respaldó científicamente lo establecido al presentar la sociedad de su época como la mejor de las posibles y defendió la división sexual del trabajo en la familia como normal, natural y positiva. En su sociología la asignación de roles por género está presidida por la idea de que las tareas complementarias producen una optimización de los recursos familiares, a través de la especialización máxima de los hombres y de las mujeres en los aspectos instrumentales y expresivos de la acción familiar. Según su teoría, la complementariedad evita el conflicto y hace desaparecer la competencia entre el hombre y la mujer en el matrimonio.

La ideología patriarcal y conservadora le hizo incapaz de prever los cambios que ya empezaban a aparecer en su época, en la que numerosas mujeres se incorporaban al trabajo remunerado y desempeñaban cada vez más todo tipo de roles, tanto expresivos como instrumentales, y en la que los hombres tomaban parte crecientemente en la socialización y el cuidado de los niños, desempeñando roles expresivos. De modo que esa complementariedad, denostada por las mujeres que la sufrían, va dando paso a una simetría creciente en cuanto al desempeño de roles de hombres y de mujeres en la sociedad y en la familia.

Pero no fueron solo las mujeres feministas las que percibieron el cambio desde sus inicios. Buena parte de la sociología crítica de los años setenta también analizó las transformacio-

nes familiares desde la perspectiva de los cambios de la posición de las mujeres en el interior de las familias. Este modelo concreto de familia, la familia conservadora, blanca, de la clase media americana de los años sesenta fue criticada conjuntamente por el feminismo y la sociología crítica en cuanto que no era mas que una puesta al día de la familia jerárquica, conservadora y autoritaria de siempre, la familia tradicional formada y mantenida a expensas del sacrificio de la libertad y autonomía de las mujeres.

### *¿Cuáles fueron los cambios familiares influidos por el feminismo?*

Como hemos visto, el feminismo ha sido un movimiento político que ha perseguido, como uno de sus objetivos fundamentales transformar las relaciones familiares. El movimiento feminista se ha ocupado de la familia y de las funciones sociales que se le asignan a las mujeres dentro de ella y que definen su posición social: el trabajo doméstico y la maternidad. Al mismo tiempo el feminismo ha librado una batalla contra la familia tradicional y sus defensores. (Humm 1995). Para liberar a las mujeres ha defendido la maternidad voluntaria y la existencia de otras alternativas en su vida al margen de su situación familiar.

En las últimas décadas el matrimonio y la maternidad han empezado a ser opciones para las mujeres sobre las que pueden elegir. En este proceso han tenido una gran importancia los cambios sociales y económicos de este fin de si-

glo. Los grandes aliados de las mujeres han sido el desarrollo económico y el avance de la investigación médica. Los anticonceptivos y la mejora del confort en los hogares han permitido a las mujeres una mayor libertad y una mejor disposición de su tiempo. Hay que tener en cuenta el momento histórico en que se han dado las reivindicaciones feministas, cuando se habían desarrollado suficientemente las condiciones materiales para el cambio de la vida femenina. Con el feminismo se confirma como los movimientos sociales surgen cuando se dan las condiciones para llevar a cabo sus propuestas. De alguna forma hay una situación de madurez social en la que las decisiones de una pluralidad de individuos se unen en la misma dirección. Es entonces cuando muchas voluntades individuales, sobre la base histórica y material de una situación social que las hace posible, se unen en una propuesta de cambio. Anteriormente también existieron estas ideas, y se pueden encontrar gentes que defendieron los mismos argumentos, o pidieron los mismos cambios por las mismas razones, pero sin llegar a configurar un movimiento social que tuviera la repercusión lo suficientemente amplia como para influir en las decisiones públicas. Las transformaciones sociales no surgen por la gravedad de las razones o del malestar que vienen a remediar sino que aparecen cuando se reducen suficientemente los costes de la acción colectiva, cuando se dan las oportunidades y los recursos suficientes para el cambio. Es decir cuando aparece históricamente

la oportunidad política de esos cambios (Tarrow 1997).

El feminismo fue una acción colectiva de protesta. Fue un movimiento con unos objetivos y una estrategia. Al feminismo lo podemos situar en el marco general que ofrece Sidney Tarrow para comprender los movimientos sociales como “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidarios en una interacción mantenida entre las elites, los oponentes y las autoridades”. No es fácil entender porqué surgen estas protestas sincronizadamente en la mayoría de los países desarrollados, con valores y reivindicaciones comunes. En este caso en concreto, porqué el movimiento feminista surgió en el momento en que lo hizo coincidiendo con la prosperidad y la crisis de valores que atravesaron los países mas prósperos y desarrollados del mundo en los años sesenta y setenta.

Uno de los objetivos más importantes de la teoría feminista fue acabar con la idea de la familia como una unidad “natural” y comenzar la transformación de los rasgos y funciones de la misma... El feminismo consiguió hacer ver la familia patriarcal como una institución creada cultural e históricamente, identificando los aspectos ideológicos de la misma con la sujeción de las mujeres y poniendo de relieve su influencia en el resto de las instituciones y relaciones sociales. Una de las diferencias teóricas entre la corriente histórica de defensa de los derechos de las mujeres y la nueva ola de feminismo que comenzó a finales de los años sesenta es esa identifica-

ción de la institución familiar como la base fundamental de la opresión de las mujeres. Las obras más significativas de ese periodo describen la familia como la institución básica y fundamental del patriarcado, que sirve de mediación entre el individuo y la estructura social (Millett 1971).

A través del análisis de la vida familiar y de la consideración de la vida personal de las mujeres como un asunto político, regulado por la sociedad patriarcal, las feministas denunciaron la familia patriarcal y llevaron al debate público la necesidad de transformar las relaciones personales y familiares. El eslogan del feminismo radical de los setenta "Lo personal es político" fue a la vez la definición de un programa de actuación política y un planteamiento teórico cuyo objetivo inicial es comprender la dependencia, la inferioridad y la opresión de la mujer en términos de vida cotidiana. Las relaciones personales, fundamentalmente las relaciones familiares, son la base de desarrollo de la desigualdad de géneros. La teoría feminista planteó la necesidad de una nueva familia en tanto en cuanto las definiciones tradicionales partían de la aceptación de la supremacía masculina.

Más recientemente la familia ha vuelto a ser objeto de análisis por parte de la teoría feminista en cuanto que, en el interior de la familia no se respeta, con gran frecuencia, la igualdad radical entre sujetos que proclaman las teorías democráticas y liberales. La separación entre los espacios privados y públicos, que definen las responsabilidades y las

posiciones sociales de hombres y mujeres, forma una parte integrante de una definición de orden social construida por los hombres que desmiente los principios políticos liberales acerca de la igualdad de todos los sujetos. Con la diferencia entre el sujeto público portador de derechos y el sujeto privado y generizado del interior doméstico la familia se escapa del pensamiento político liberal en el que todos los sujetos son iguales y todos tienen los mismos derechos. La familia se olvida, se la deja en el estado de naturaleza y se siguen aceptando en ella lo que no se permitiría en la vida pública (Benhabib y Cornell 1990).

*¿Cuál es la actualidad de las ideas feministas?*

Los debates teóricos del feminismo han ido acompañados de una serie de cambios en las actitudes y en los comportamientos de las mujeres que, unidos a cambios y descubrimientos importantes de todo tipo, han permitido transformaciones profundas en las relaciones y en las estructuras familiares. Los avances de la industrialización que ha desplazado buena parte de la producción interna de las familias a la producción industrial (alimentos, ropa, etc.), el desarrollo de los servicios públicos de bienestar que ha reducido la carga de trabajo y cuidados personales de las familias (hospitales, escuelas, guarderías, centros de la tercera edad etc.) los descubrimientos de productos anticonceptivos diversos y el desarrollo de avances técnicos en los hogares son,

entre otros, factores de cambio fundamental que han repercutido de forma importante en el tamaño, la estructura y las relaciones internas de los miembros de las unidades familiares.

A la vez que la carga de responsabilidades familiares se ha hecho más liviana porque se tienen menos hijos y existen más ayudas externas, la vida de las mujeres se ha extendido con lo cual no se justifica ya la dedicación única a la familia y al hogar. Esto ha permitido e incentivado el gran cambio ocurrido en los últimos años: la incorporación masiva de las mujeres al trabajo remunerado. Con ello las mujeres pretenden tomar una parte más activa en la sociedad haciendo esto compatible con la vida familiar, lo que produce un cambio profundo de toda la sociedad y, sobre todo, exige una reorganización interna de la estructura familiar. Además, a estos se han sumado los cambios en las relaciones entre padres e hijos, en la dirección de una mayor democratización, apoyados por el aumento de la educación para todos y por la extensión de los ideales de igualdad y de libertad individual.

La familia sigue existiendo a pesar de todos estos cambios o, quizás gracias a ellos. Porque hay una serie de necesidades personales y afectivas que difícilmente encuentran alternativa fuera de ella. Como dijo Lefebvre en los

años setenta, la familia se encuentra en una situación curiosa, está a la vez en plena disolución pero a la vez es tremendamente sólida sobre todo en las capas más populares y pobres de la sociedad. La familia aparece como un complemento a la seguridad social, es el sistema complementario de protección más potente y extendido, aun en nuestras modernas sociedades en las que una serie de servicios básicos están asegurados para todos.

La revolución feminista, la más pacífica de las revoluciones del siglo XX, ha transformado la vida de los países occidentales, afectando intensamente a los hombres y a las mujeres en sus vidas cotidianas y lleva camino de expandir sus ideales de igualdad y libertad a niveles más profundos de cambio. A pesar de la enorme diversidad de corrientes dentro del feminismo actual, existe un consenso en torno a una utopía sobre la vida social que se caracterizaría por relaciones de afecto, por el intercambio de cuidados expresivos y no expresivos entre los sujetos masculinos y femeninos y entre los individuos y la naturaleza. Es una utopía mínima compartida por la mayoría de los/as feministas que contiene en su interior la idea de unas relaciones familiares diferentes. Ya no se trataría de destruir la familia sino de transformarla (Benhabib y Cornell 1990).

Bibliografía

- ADORNO T. Y M. HORKHEIMER (1969): *La sociedad*. Ed. Proteo, Buenos Aires.
- ALBERDI I. (1999): *La nueva familia española*. Taurus, Madrid.
- ALBERDI I. (1977): *¿El fin de la familia?* Bruguera, Barcelona.
- AMORÓS C. (1997): *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*. Cátedra, Madrid.
- BEAUVOIR S. (1981): *El segundo Sexo*. Siglo XX, Buenos Aires. (1949)
- BENHABIB S. Y CORNELL D. Edit 1990. *Teoría feminista y teoría crítica*. Editions Alfons el Magnanim, Valencia.
- BENSTON M. (1972): "Para una economía política de la liberación de la mujer" en *La liberación de la mujer: año cero*. Granica, Buenos Aires.
- CASTELLS C. (1996): *Perspectivas feministas en teoría política*. Paidós, Barcelona.
- CASTELLS M. (1997): *La era de la Información. Economía Sociedad y Cultura. El poder de la identidad*. Alianza Editorial, Madrid.
- CHODOROW N. (1984): *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y Sociología de la maternidad y la paternidad*. Gedisa, Barcelona.
- ENGELS F. (1976): *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Ayuso, Madrid.
- FIRESTONE S. (1970): *The dialectic of sex*. Morrow, New York (Traducción española 1975 *La dialéctica de la sexualidad* Kairós, Barcelona).
- FRIEDAN B. (1970): *La mística de la feminidad*. Grijalbo, Barcelona.
- GILLIGAN C. (1982): *In a Different Voice*. Harvard University Press, Cambridge MA
- GREER G. (1971) : *La femme eunuque*. Laffont, Paris.
- HUMM M. (1995): *Dictionary of feminist theory*. Prentice Hall, New York.
- LINDSEY L.L. (1990): *Gender Roles. A sociological Perspective*. Prentice Hall, New Jersey.
- MACKINNON C.A. (1995): *Hacia una teoría feminista del Estado*. Ed. Cátedra, Madrid.
- MICHEL A. (1974): *Sociología de la Familia y del Matrimonio*. Péninsule, Barcelona.
- MILLET K. (1971) : *La politique du male*. Ed. Stock, Paris.
- MILLS W. (1970): *La imaginación sociológica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- OAKLEY A. (1982): *Subject Women*. Fontana, London.
- PARSONS T. (1976): "El Sistema Social" en *Revista de Occidente*, Madrid.
- PARSONS & BALES (1955): *Family, socialization and Interaction process*. Free Press, New York.
- PATEMAN (1995): *El contrato sexual*. Anthropos, Barcelona.
- SALTZMAN CHAFETZ J. (1992): *Equidad y Género*. Cátedra, Madrid.
- TARROW S. (1997): *El poder en movi-*

*miento*. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política. Alianza, Madrid.

TILLY L. & SCOTT J.W. (1978): *Women,*

*Work and Family* . Holt, Rinehart and Winston, New York

YOUNG M. & WILLMONT P. (1975): *La familia simétrica*. Tecnos, Madrid.

# DECLINING BIRTH RATES AND GENDER RELATIONS.

WHAT HAPPENED SINCE THE 1960's?

ELISABETH BECK-GERNSHEIM  
UNIVERSITY OF ERLANGEN-NÜRNBERG  
TRANSLATED BY MARTIN CHALMERS

## ABSTRACT

IN THE SOCIAL SCIENCES THE 1950'S AND EARLY 1960'S ARE CONSIDERED THE "GOLDEN AGE" OF MARRIAGE AND THE FAMILY. IT WAS TAKEN FOR GRANTED THAT, AS PART OF A "NORMAL BIOGRAPHY", ONE MARRIED EARLY AND HAD CHILDREN. REDUCED TO A FORMULA IT WAS THE TIME OF "LOVE —MARRIAGE— BABY CARRIAGE". FIRST THE PINK FLUFFY CLOUDS OF YOUNG LOVE; THEN THE UNION SEALED IN THE REGISTRY OFFICE AND IF POSSIBLE IN CHURCH; AND FINALLY, AS THE CULMINATION OF SHARED LOVE, THE SHARED CHILDREN. THERE ARE STILL SUCH BIOGRAPHIES TODAY. BUT AS WE KNOW THEY CAN NO LONGER BE TAKEN FOR GRANTED AS THEY WERE THEN. I SHALL BEGIN WITH A BRIEF LOOK AT THE DEMOGRAPHIC TRENDS: IN MOST EUROPEAN COUNTRIES THERE IS, ON THE ONE HAND, A CLEAR DECLINE IN THE NUMBER OF MARRIAGES, ON THE OTHER, A RAPID INCREASE IN BOTH CO-HABITATION AND DIVORCE. AND ABOVE ALL THERE IS A MASSIVE DECLINE IN BIRTH RATES. THIS IS TRUE NOT LEAST OF MY OWN COUNTRY, GERMANY. IN GERMANY THE DROP IN BIRTHS BEGAN PARTICULARLY EARLY AND WITH PARTICULAR SHARPNESS. BUT FOR SOME TIME NOW BIRTH RATES HAVE ALSO BEEN FALLING IN OTHER EUROPEAN COUNTRIES, ESPECIALLY IN SOUTHERN EUROPE AND —AFTER THE FALL OF THE IRON CURTAIN— ALSO IN EASTERN EUROPE.

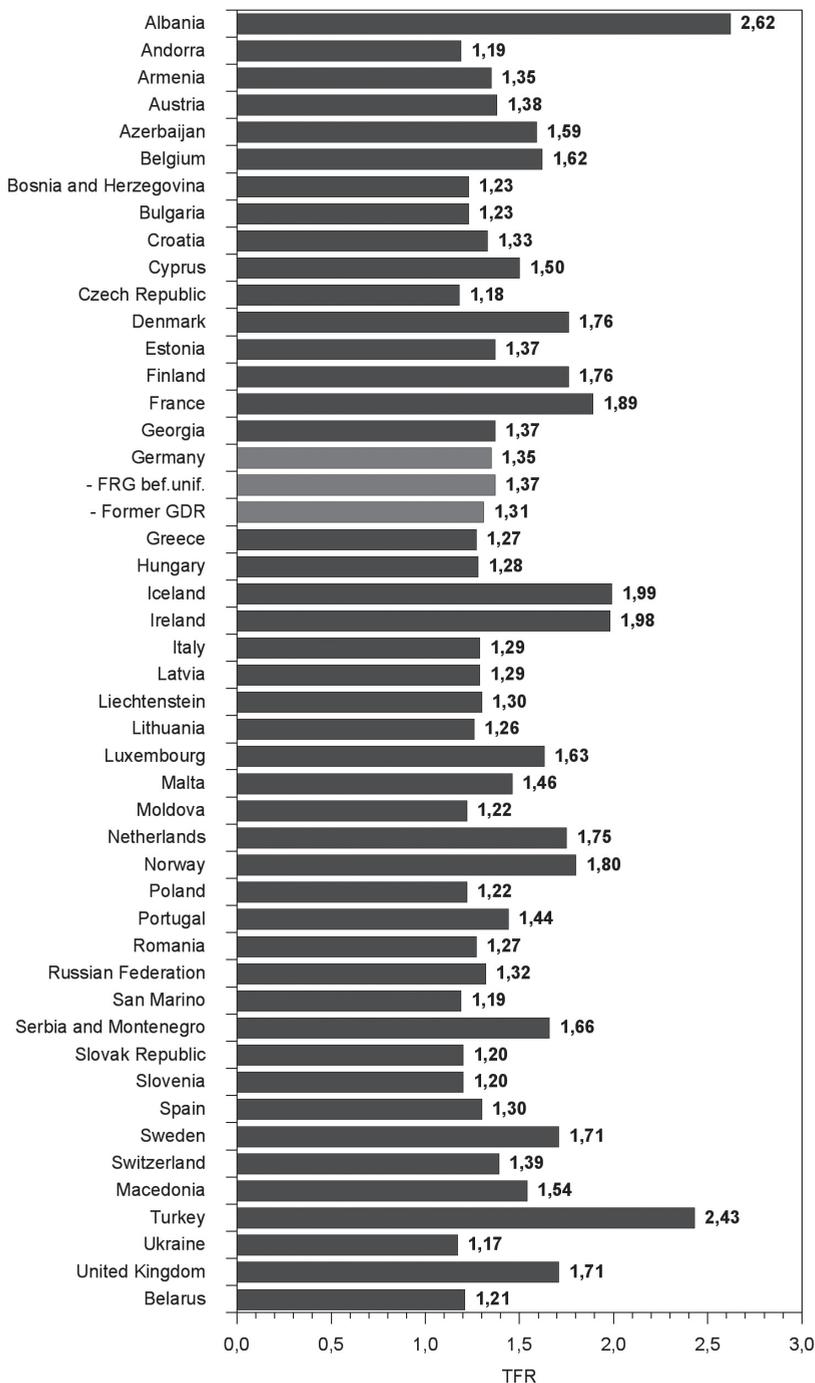
### *Introduccion*

When, around the middle of the 1960's, the birth rates in most countries in Central Europe began to fall, this at first appeared to be a short term devia-

tion, a temporary dip. Then, however, it gradually became clear that the decline in the birth rate was continuing, indeed was growing more marked. Subsequently the birth rate became a topic that pre-

DECLINING BIRTH RATES AND GENDER RELATIONS. WHAT HAPPENED SINCE THE 1960's?

Zusammengefasste Geburtenziffer in europäischen Staaten  
 (letztes verfügbares Jahr)



occupied politics, the media and public opinion and gave rise to heated debates - not least in Germany. Attention turned in particular to gender relations - or, as it was still talked about then: the changing role of women and women's "emancipation". On one side were the women of the women's movement, who regarded the traditional maternal role as an instrument of oppression, who formulated the slogan "A Woman's Right to Choose" and demonstrated for the legalisation of abortion. In the opposite camp were the politicians, academics, leader-writers, who constantly lamented the "missing cradles", seeing the falling birth rate as a sign of growing hedonism and egoism - egoism naturally on the part of women.

Now, at the beginning of the 21st century, birth rates everywhere in Europe have sunk even further. They have generally fallen to levels which no longer guarantee reproduction, i.e. without immigration the population will shrink in the long term. This situation provides an opportunity to draw up a brief historical balance-sheet, primarily with reference to women and gender relations. It is time to ask: What course have developments taken in the last four decades, since the birth rates began to decline and debate as to its causes became ever more intense? What new circumstances have emerged in the meantime, what has also perhaps remained the same? How do matters stand today when it comes to the tension between a woman's desire for children and for a life of her own?

It would admittedly be presumptuous, to attempt to deal comprehensively with these questions within the framework of my lecture today. Consequently my purpose is more modest, limited to strategically important points. I would like to look in particular at three developments, which have begun in recent decades and which have transformed the framework of the relationship "women's lives and the desire for children":

- This involves first of all recent trends in medical technology, from the pill to reproductive medicine and prenatal diagnostics.

- Second it involves the relationship of job and family: on the one hand, measures to make these spheres more compatible, on the other the new demands of flexibilisation and deregulation.

- Third and finally it concerns female domestic labour migrants and new forms of the transnational division of labour between women.

*Recent trends in medical technology: from the pill to reproductive medicine and prenatal diagnostics*

With the pill, the use of which began to spread in the second half of the 1960's, and was adopted more or less quickly depending on the country, a new era began for women. Methods of birth control had of course been known for a long time, but the pill was a fundamental breakthrough: At last there was a means of contraception, which was simple to use and extremely reliable, at last the fear of pregnancy was no longer

a constant presence. Freedom of choice was the new promise: Women themselves could choose, when they wanted to have a child and how many they wanted to have. They could wait until the desire for children fitted in with the other demands on their life. And they could also, if they so wished, decide against having a child at all.

That raises the question: What course, looking back, did developments actually take? Was the promise of freedom of choice fulfilled?

#### 1) Postponement

The first consequence of the pill was that many women began to wait. They deferred the desire for children to an ever later point in their life. They tried to find the "right moment", when conditions were most favourable: the relationship with a partner, final examinations, entering a profession, the flat, income. When all the prerequisites seemed closest to being met - or when the desire for children became stronger - then they stopped taking the pill and became mothers.

For some women, however, the right moment never came. There was always one piece of the puzzle that didn't fit. For example, if they had at last established themselves in their profession, could afford a baby-break - then their relationship broke up. Or they had at last found the right partner, but they lost their job and the financial basis was too uncertain. Although they had "really" wanted children, it didn't happen. The better they wanted to plan things, the

more they wanted to create the best possible conditions - the more likely it became that in the end they missed out on having children.

#### 2) The pill as first step in reproductive technology

Postponement also turned out to be problematic for some other women. After they decided to have children and stopped taking the pill - nothing happened. They discovered that the pill certainly made contraception easy and could in that sense contribute to the careful planning of life and career. But the other side of the coin - and not many had thought of it beforehand - was that with postponement the biological preconditions for a pregnancy became more uncertain: The plain fact is, that fertility decreases as a woman grows older. So, in the years that followed - and not least as a result of the pill - the number of women who remained involuntarily childless grew.

As we know, new alternatives have appeared for women in this situation, or more precisely, perhaps: the promise of alternatives. Since the 1970's and 1980's there has been a rapid succession of new developments and technical improvements in reproductive medicine, from hormone stimulation and in vitro fertilisation to egg cell donation. However, these methods of treatment do not offer simple solutions either, but have in turn a reverse side, starting with the financial costs (depending on country and provision the patient has to pay a greater or smaller proportion of the

cost of treatment). In addition there are risks psychologically and socially, from sex according to calendar and timetable to emotional strain, a constant alternation between hope and dread. Not least, there are the physical strains resulting from extensive interventions in the woman's body, for example the dangers of overstimulation of the hormones. If all goes well, then the longed-for child finally arrives. If not - because the success rate of many treatments is still very limited - the end result is disappointment and a sense of loss.

In this perspective the freedom of choice, which the pill at first brought, has for many women turned into its opposite. It has made many women clients of the big business of reproductive technology - with all the dependencies and pressures, risks and costs that arise from that.

### 3) The risks of late motherhood

The same is true in a not dissimilar way for another group of women. They have put off having children for a long time, a very long time. Then finally they wanted to become pregnant, and they did. But they had meanwhile become older. And since prenatal and genetic diagnostics has made rapid progress in recent decades, and since it has become possible to break down the genetic bases of health and sickness ever more precisely, the risks of the "late mother" have increasingly become the focus of attention. In many countries they have been disseminated through the media, especially women's magazines, and they

became part of general knowledge to such an extent that no one could ignore them. There soon developed a specific repertoire of medical aids from the fields of prenatal and genetic diagnostics tailor-made to cope with such fears. That is, tests of various kinds, basically normality checks for the unborn, in order to reassure the pregnant woman and remove her fears.

But this promise, too, has its reverse side, because obviously the tests cannot guarantee favourable results. So what happens if the result is diffuse, unclear, ambiguous? Or what, if it is unambiguous, if it identifies a physical handicap? Or if the amniocentesis even leads to a miscarriage - I am now 38, I've waited so long for this child, perhaps this pregnancy is my last chance? From these questions it is evident what the reverse side of freedom of choice is: The longer women postpone having children, the more likely they are to be confronted at a later stage by fears, which revolve around a possible handicap, and by all the uncertainties, pressures to make a decision, conflicts over making a decision, associated with that. Here, in other words, the almost perfect contraception has prepared the way for the application of more medical technology. As a result women are turned into patients/clients and are subject to new dependencies. "Tentative pregnancy" (*Barbara Katz Rothman*) is becoming increasingly normal.

**DECLINING BIRTH RATES AND GENDER RELATIONS. WHAT HAPPENED SINCE THE 1960'S?**

*The balance between job and family: Measures to improve compatibility vs flexibilisation and deregulation*

Until the late 1960's, early 1970's there was in many European countries a marked gender-specific inequality in the field of education. Then, however, policies began to be introduced in order to strengthen the participation of girls and women in education, and these measures were successful: More and more women took school leaving certificates, trained for a qualification, went to university. Consequently there was a greater motivation for women to take up a profession. Many women no longer wished merely to "earn a bit extra", but wanted to become and remain professionally employed - even after marriage, even after the birth of a child. But in the structures of labour market there was no space for such a "double burden" (that was the usual phrase at the time). So more and more women experienced participation in both spheres, as a never ending state of tension dominating their lives. It was this experience of constant strain and overstrain, that became the trigger and impulse for a new demand. The slogan now was: Compatibility of job and family.

And what has become of that today, some decades later? A European comparison does not produce a uniform picture, but a variety of constellations depending on which country is being looked at. As a rough generalisation, one can say, that in Western and Northern Europe the demand for compatibility has meanwhile "arrived" in social terms,

is broadly accepted politically and by public opinion. The dramatic decrease in birth rates has certainly been of importance here along with the fears associated with the key phrase population decline. In short, in these parts of Europe "improved compatibility" has become an integral part of political programmes, an obligatory formulation for political parties and organisations.

But even where the necessity of a change has been recognised in principle, in practice it is often making only slow headway. There have undoubtedly been significant advances in North and West Europe in recent decades. At the level of the political and institutional framework new initiatives have been launched to promote a better balance between job and family, from parents' leave to increased provision of child care. But different priorities are laid down in each country, and in each country the outcome is different. So far successes are evident in France and the Scandinavian countries in particular, elsewhere progress remains rather modest. Whether in Germany, Great Britain, or Spain: The public provision of child care is inadequate.

In many countries, therefore, women continue to be caught between the needs of the world of work and the demands of child care. And in recent years there has been a development, which has further exacerbated the tension: globalisation and its consequences.

1) Precarious employment contracts, precarious biographies

Globalisation does not only mean economic exchange and the opening of markets, it also involves intensified competition, faster pace, increased pressure to innovate. The more, however, the world of work is shaped by the laws and constraints of a globalised market, the less room is left for social factors, such as, for example, consideration for families and their needs. This becomes clear if the present-day situation is compared with that of the 1950's, 60's and 70's: On the one hand at that time poverty was still widespread in large areas of southern Europe, and even in Central Europe wage levels were low, affluence relatively modest. But on the other hand in Central Europe fixed employment contracts and fixed working hours were standard, there was a labour shortage; and even when unemployment gradually increased, it still remained quite low. These were fairly favourable conditions, providing a framework of modest but stable means, a long-term perspective for individual and family life.

Bygone times. "Help, my job is going abroad" is a common cry in the age of globalisation. In many western countries unemployment has risen dramatically. And many people who have a job today, don't know if they will still have it tomorrow. The demands which increasingly determine the labour market go by the names of flexibilisation and deregulation. Someone starting out on a career is frequently only offered some so-called „apprenticeship“ (i.e. working

regular hours for little money). Even at the next stage permanent positions are increasingly rare, being replaced by short-term contracts; so no long-term security, but only a cheque for today and tomorrow. Precarious conditions of employment are spreading deep into the middle classes, uncertainty in the planning of life and career is becoming a basic experience for the present generation of young adults. And so ever larger groups are confronted by the question: How can one start a family on such a fragile base? How can one assume responsibility for a child?

2) Mobility instead of continuity

And even if one is lucky enough to find a job, there are new hurdles to be mounted: Place of work and working hours become a problem. Today instead of continuity a readiness for repeated change is required. In ever more professions geographic mobility is part of the everyday world of work (work experience abroad, business trip to another city). And once one contract or job has come to an end, another has to found - and so one has to move: from Majorca to Madrid, from Bilbao to Barcelona. In ever more professions one also has to be mobile in terms of time (evening classes or weekend seminar, night shift or weekend duty). Working "unsocial hours" becomes something that is taken for granted, indeed increasingly becomes obligatory.

From a company perspective that is all undoubtedly useful. But how compatible is it with the requirements of a

life in and with a family, which by contrast needs continuity, presence, reliability? Even maintaining a relationship with a partner becomes difficult, when one party is working in Barcelona and the other in Valencia. But it becomes much more difficult once there are children. They can't be stored in the deep freeze and taken out again when the in-service training course or the business trip is over. It can come as no surprise, when in the face of increasing pressure to be mobile young women and men say: I can't cope with that. It's too complicated. I'd rather not have a child under these conditions.

The result, when a comparison is drawn with the 1960's, is once again somewhat mixed. At the political level an attempt has certainly been made to make the balance between family and job an easier one. Yet the efforts remain selective, the successes limited. On the other hand, however, the structure of the world of work has changed profoundly. Flexibilisation and deregulation are the commandments which have more and more established themselves - and which imply an "inner lack of consideration" for the family (*F.X. Kaufmann*).

*Housework migrants or the new division of labour between women*

In the late 1960's, when the New Women's Movement appeared in Central Europe, a revolutionary demand was raised: The so-called traditional division of labour - man the breadwinner, the woman responsible for family and home - was called into question.

Both sexes, it was said, should participate in both spheres. And that meant in plain words: Men should take on their share of work in the domestic sphere. They too should clean, wash, cook and change children's nappies.

As we know, this demand has only been very partially fulfilled. Studies have shown that many men of the younger generation really have developed a closer relationship with their children. They play more with them, they take them to nursery in the morning or put them to bed in the evening. But nevertheless: It is women who still do most of the caring for and bringing up of children. That is even more true of the general household tasks. There the involvement of men remains modest.

1) The family as small business

But since working women cannot do everything alone, they look for support elsewhere: from other women. The new division of labour in the domestic sphere, which has increasingly established itself in recent decades, is this: Middle class women, well educated and eager to get on in their professions, delegate a part of the family tasks to assistants. In order to manage everyday life complex networks of helpers are deployed. In part these are drawn from the wider family (grandmother, sister-in-law, aunt); in part these are women who work for payment (child-minders, au-pairs, babysitters).

Whoever can afford such arrangements, undoubtedly has an easier time of it. But it also requires a particular ef-

fort. The woman becomes responsible for a small business. She has to keep a note of all the time-tables, working hours, holiday times, the dates of business trips, school holidays, children's birthdays, co-ordinate them with the availability of helpers, has to adapt according to changing needs and have substitutes in readiness in case of an emergency. All of that is a considerable strain on nerves and strength and demands, not least, a great deal of organisational talent and an ability to plan, or otherwise the whole complicated structure would collapse.

## 2) Transnational care chains

If one looks more closely one sees that today the helpers are less likely to come from the immediate family; in fact, sometimes - at least in the urban middle classes - they come from much further afield. What we can observe here are the beginnings of a new international division of labour: Women from the Second and Third Worlds, looking for employment in the First World; women from Poland or Romania, Mexico or Morocco, who carry out work in private households in Spain, Great Britain, Germany, in Hongkong or California. Behind these arrangements there is the growing gap between poor and rich nations, social inequality in the age of globalisation. And because the western nations are trying to seal themselves off from outside through ever more restrictive immigration legislation, many of these women find themselves in the grey zones between legality and

illegality. Their status is precarious and uncertain, they are frequently threatened by discovery and deportation. What this pattern looks like in Germany has been analysed by the sociologist *Maria S. Rerrich*: "On the one hand there exists a basic structural pattern of the German welfare state, which continues to accord the employment of women with families the status of an exception. This patriarchal flaw of our society leads to the imposition of considerable burdens on the everyday life of millions of working women. If they can in any way afford to do so, the latter are forced out of necessity to look for individual ways of relieving the load. On the other hand there exists a state policy of integration, the consequence of which is that for many immigrant women employment in private households is the only option left open to them. All things being equal, in the sphere of reproduction there is probably a balance between supply and demand, in that two structurally determined predicaments of different groups of women meet."

Now quite a number of these women migrants have children, whom they leave behind in their homeland. As various studies show it is in fact frequently the children who have provided the impetus for migration: The women want to earn money, in order to provide a better future for their children. In return the women put up with long periods of separation and life in a foreign country with all its difficulties. But how are their children cared for in the months and years of separation? Once again by

way of a newly developing division of labour between women. Often the migrants make use of other women who live in their home town (grandmothers, in-laws, neighbours). By supporting the latter with money and gifts they try to ensure care services for their children. The result is the emergence of transnational forms of motherhood and global support chains, which stretch across countries and continents.

Given these conditions we can expect that in future more and more forms of such private international networks will develop. When East and West, poor and rich nations find themselves closer together (and even a restrictive immigration policy won't do anything to change that in the long term), the affluent countries of the West will exert a strong attraction. As long as these countries at the same time lack the public infrastructure to allow the local women equal access to and participation in professional life, then these women will be forced to search out private niches, temporary solutions, survival strategies. In this constellation, in the face of an "incomplete social revolution" in gender relations (*Arlie Russel Hochschild*), women from other, poorer countries will increasingly become an important "professional resource" for women in the affluent regions of the world. "Mothering is passed down the race/class/nation hierarchy", writes American sociologist *Arlie Hochschild*. Social inequality thereby assumes a new form: The contours of a "domestic apartheid" are beginning to emerge.

### Conclusion

It would be possible to paint the history of the last four decades in glowing colours: Thanks to the pill women were liberated from the burden of unwanted pregnancy. Thanks to political and institutional changes which were gradually achieved it has become considerably easier to combine child and employment. Thanks to a growing number of migrants women of the first world can delegate part of the tasks of household and child-raising.

But one can also paint the same history in darker colours. Accordingly, due to the promise of easy contraception more and more women have become the clients/dependents of advanced medical technology. The labour market is now subject to flexibilisation and deregulation and has as a result become even more anti-children. In private households the deployment of a variety of helpers requires an increasing amount of organisation and planning; it also produces new forms of social inequality between women, the affluence gap between poor and rich nations extends into kitchens and nurseries.

Which of these accounts is correct? Each one contains, I believe, a part of the truth. But whether one chooses one or the other, this much at least has become evident: Women who decide to have children and at the same time want to work, find themselves on a terrain without clear signposts and marked routes - today no less than 40 years ago. They are forced to experiment and improvise, to make ever new experiments

which may sometimes succeed, and sometimes not.

Much has changed, therefore, but in one crucial respect the situation has not improved very much; in fact, may even have become worse. In the world of late modernity - and especially with increasing demands for mobility and flexibility - having children means tak-

ing a risk, is a biographical gamble. In this constellation the products of contraceptive technology promise a moratorium, a welcome deferment. It is not surprising, given such a context, if women today wait and try to establish themselves; and only then, at an ever later date, begin to have children - or in the end perhaps have no child at all.

*References*

KATZ ROTHMAN, B. (1998): *The tentative pregnancy*. London.

KAUFMANN, F.X. (1995): *Zukunft der familie im Vereinten Deutschland*. München.

RUSSEL HOCHSCHILD, A. (2000): "Global care chains and emotional surplus value" in W. Hwtton and A. Giddens (eds.). *On the Edge. Living with Global Capitalism*. London.

# CHILDREN IN THE WELFARE STATE.

A SOCIAL INVESTMENT APPROACH

GOSTA ESPING-ANDERSEN\*  
UNIVERSITAT POMPEU FABRA

## ABSTRACT

CHILDREN OCCUPY CENTRE-STAGE IN ANY NEW WELFARE EQUILIBRIUM. FAILURE TO SUPPORT FAMILIES MAY PRODUCE EITHER OF TWO UNDESIRABLE SCENARIOS. WE SHALL SEE A SOCIETY WITHOUT CHILDREN IF MOTHERHOOD REMAINS INCOMPATIBLE WITH WORK. A NEW FAMILY POLICY NEEDS TO RECOGNIZE THAT CHILDREN ARE A COLLECTIVE ASSET AND THAT THE COST OF HAVING CHILDREN IS RISING. THE DOUBLE CHALLENGE IS TO ELIMINATE THE CONSTRAINTS ON HAVING CHILDREN IN THE FIRST PLACE, AND TO ENSURE THAT THE CHILDREN WE HAVE ARE ENSURED OPTIMAL OPPORTUNITIES. THE SIMPLE REASON WHY A NEW *SOCIAL CONTRACT* IS CALLED FOR IS THAT FERTILITY AND CHILD QUALITY COMBINE BOTH PRIVATE UTILITY AND SOCIETAL GAINS. AND LIKE NO OTHER EPOCH IN THE PAST, THE SOCIETAL GAINS ARE MOUNTING ALL-THE-WHILE THAT FAMILIES' ABILITY TO PRODUCE THESE SOCIAL GAINS IS WEAKENING. IN THE FOLLOWING I ANALYZE THE TWIN CHALLENGES OF FERTILITY AND CHILD DEVELOPMENT. I THEN EXAMINE WHICH KIND OF POLICY MIX WILL ENSURE BOTH THE SOCIALLY DESIRED LEVEL OF FERTILITY AND INVESTMENT IN OUR CHILDREN? THE TASK IS TO IDENTIFY A PARETIAN OPTIMUM THAT WILL MAXIMIZE EFFICIENCY GAINS AND SOCIAL EQUITY SIMULTANEOUSLY.

### *Introduction*

Do we pursue the right family policies? Do we invest sufficiently in our

children? Most parents would probably say no. European welfare states are generally slow to adapt to new circum-

---

\* This paper has been prepared for the Netherlands Sociale Verzekeringsbank's Conference on *Social Security and the Child*, November 18, 2005.

stances and family policy is no exception. The reluctance to shed the traditional familiastic paradigm is perhaps most evident in the Mediterranean basin, but core attributes of familialism remain very present in all but a handful of countries.

Familialism reflects a traditionalist view of what pro-family policy means. Its roots lie in the subsidiarity principle that was enshrined in the Papal encyclical, *Rerum Novarum* (1891). In post-industrial society, familialism becomes counter-productive because women have redefined their life course, families are more unstable and fragile, 'atypical' households become the norm, and the male breadwinner is no longer a credible guarantee of adequate living standards. The greatest irony of all is that familiasm is now anathema to fertility and family formation.

Since 'family failure' is now to be expected, we need to redefine what family-friendly policy implies. Families face new and often more intense social risks while they increasingly lack the means to cope with them. This results in welfare lacunae unless market or government provision steps in. Market failure is the rule rather than the exception for social welfare. For one, the price of commercial services exceeds most families' ability to pay. Those that most need services are often those, like the poor and young child families, that least can afford them. For another, private welfare incurs serious information asymmetries. If families and markets fail in tandem, public support is, by defini-

tion, the last alternative. The basic question, therefore, is whether contemporary welfare states are up to the task.

Children occupy centre-stage in any new welfare equilibrium. Failure to support families may produce either of two undesirable scenarios. We shall see a society without children if motherhood remains incompatible with work. And if parents fail to invest adequately in their children, Europe can definitely say goodbye to its dream of becoming the World's most competitive knowledge economy. Skill requirements are rising rapidly and those with a poor start are likely to see their life chances severely impaired.

A new family policy needs to recognize that children are a collective asset and that the cost of having children is rising. The double challenge is to eliminate the constraints on having children in the first place, and to ensure that the children we have are ensured optimal opportunities (Livi Bacci 2001, Esping-Andersen 2002).

Government spending in favour of families varies tremendously across the EU, ranging from almost 4% of GDP in Denmark to half of one percent in Spain. See Table 1. Examining the purchasing power adjusted figures (from Eurostat), Danish per capita outlays are exactly 10 times the Spanish and 3 times the Dutch. Neither is there any coherent trend. Some, like Germany, have increased their efforts in the 1990s while others, notably the Netherlands, are retreating. Dutch per capita spending has stagnated which implies that it lags be-

**TABLE 1**  
**Public Support in Favour of Families**

	<i>Spending per head Of population In PPS Euros (2002)</i>	<i>Spending as Percent of GDP (2001)</i>
Belgium	575	2.3
Denmark	1050	3.8
France	680	2.8
Germany	750	1.9
Italy	237	1.0
Netherlands	330	1.1
Spain	105	0.5
UK	450	2.2
US		0.4

PPS per capita spending is from Eurostat (ESSPROS) and Spending as a share of GDP is from OECD's SOCX data files.

hind GDP growth<sup>1</sup>. To be sure, this has been partially offset by more (tax-subsidized) private spending. And tax allowances do not figure on expenditure accounts. Were we to focus on total GDP use rather than solely *public* accounts, the EU nations would look far more convergent.

The simple reason why a new *social contract* is called for is that fertility and child quality combine both private utility and societal gains. And like no other epoch in the past, the societal gains are mounting all-the-while that families' ability to produce these social gains is weakening.

### *The Child Deficit*

Contemporary fertility falls way short of citizens' preferences. Young adults in all advanced countries express a desire for 2.2 – 2.4 children on average (van de Kaa 2001, Esping-Andersen et.al. 2005). The preferred number does decline with age, but it is unclear whether this mirrors peoples' resignation to a *fait accompli* or, alternatively, a more mature and reasoned assessment of what is optimal (McDonald 2002).

Turning the clock back 30 years, most advanced nations boasted fertility rates well above replacement level: Scandinavia occupied the low end with

<sup>1</sup> The Dutch spending on families fell from 2.5% of GDP in 1980, 1.7% in 1990, to only 1.1% in 2002 – moving the Netherlands from the top to the bottom half of the OECD

a TFR of 2.0, France and the Netherlands represented the mean with 2.6, and Spain led the group with almost 3.0. Subsequently, all countries began to slide, most bottoming out in the mid-1980s. The Nordic countries, France, and the US managed a recovery, while others moved to rock-bottom levels of 1.2 (Italy and Spain in particular). Denmark, France, Norway, and the UK are rare examples of stability at middle-range fertility (1.7-1.8). The EU-15 average is a stable 1.5, and the Southern European, a stable 1.2. The picture looks even more dramatic at the regional level. Veneto, Liguria, Galicia and Asturias all have TFR's well below 1.0.

Even fairly minute differences in TFR will have huge effects on long-run population growth. If it remains at 1.3, net population decline is about 1.5 percent per year, cummulative producing a society that is 25 percent of its original size over 100 years. To illustrate, Spain's population at the end of the 21st Century would fall to 10 million. If, alternatively, the TFR is 1.9, the annual population decline is limited to 0.2 percent, resulting in an end-of-Century population that is 82 percent of its current size (McDonald, 2002).

Immigration can compensate but not much. To offset fertility below 1.6, the annual volume of immigration would need to quadruple (McDonald 2000, Storesletten 2000). To exemplify, Italy's annual immigration inflow must rise to 400.000 in order to guarantee a stable

population size. Considering that most EU countries seek to limit immigration, such scenarios are not realistic. But even if they were, the compensatory effect of immigration may end up far smaller in the long haul because immigrant fertility eventually converges with that of the native population (OECD, 2000).

Very low fertility may have serious societal consequences. It produces a society of old people and it diminishes growth. Consider the contrasting dependency projections for 2050: in Spain the dependency ratio will jum by 138% (from 24 to 57 percent) and the Swedish by only 36 percent. The OECD estimates that demographic change will lower European per capita income growth from a present of 1.7 to a projected 1.1 percent by 2050 (Sleebos, 2003)<sup>2</sup>.

The contemporary child gap correlates with a host of socio-demographic changes. There has been some rise in childlessness, especially among highly educated career women, and especially in countries where career-family reconciliation is difficult (Gonzalez and Jurado 2005). See Table 2 below. But much more important is the postponement of first births, a trend that is quite similar across all advanced societies (Gustafsson 2001). The average age of first births is now 28-29 with Spain edging up towards age 31! Postponed fertility normally implies fewer total births.

If delayed fertility were simply period-specific, we would expect a return

---

<sup>2</sup> EU (ECOFIN) estimates that aging alone will reduce long-term growth rates by 3/4ths of 1 percent (from a current EU average of 2% to 1.25%).

**TABLE 2**  
***Childlessness and the Probability of Having a Second Child Within Five Years***  
***of the First (Kaplan Mayer hazard rate estimation)***

	<i>Percent Women Childless at age 40</i>	<i>Probability of 2nd Child within 5 years</i>
Denmark	12	38
France	9	42
Germany	15	26
Italy	17	25
Netherlands	20	51
Spain	17	24
UK	17	43

Estimated from ECHP

to ‘normalcy’. But all data suggest otherwise. Delaying first births is part-and-parcel of the new female life course in which education and career-consolidation are *sine qua non*. The question, then, is whether a late start will inevitably thwart citizens’ quest for children. The answer is no, since in some countries women do manage to catch-up despite a late start. The Danish TFR is exactly 50 percent higher than the Italian (1.8 compared to 1.2) even though the average age at first birth is virtually identical. And Sweden’s spectacular fertility boom prior to the 1990s was mainly due to an acceleration of 2nd births (Jensen 2002, Billari et.al. 2001). As Table 2 shows, women in Denmark, France, and the Netherlands are twice as likely to catch up as are German, Italian and Spanish women. Note, however, that Dutch childlessness is record high.

Fertility rates often average ‘apples and oranges’. In the US, for example, the Hispanic fertility rate is double the ‘white’; in Europe, immigrants boast far greater fertility than natives. There are often large differences between rural and urban women, and female education is usually associated with fewer children. Urbanization, the disappearance of the housewife, and women’s huge gains in education go a long way in explaining the fall in births. As the gender wage gap narrows, fertility may also decline.

Still, there are counter-tendencies. One, the ‘new’ woman is generally not a careerist but rather one who prefers the ‘dual-role’ model of motherhood and lifelong employment (Hakim, 1996). Both labour supply and child-preferences confirm this. Two, in some countries – notably in Scandinavia – the traditional education-fertility profile is being revolutionized. We now register

the highest fertility rates (2+ children) among women with tertiary education, and the lowest among women with only compulsory schooling (Esping-Andersen et.al. 2005). Hence, more female education and employment do not necessarily imply fewer children.

### 1) Explaining the Child Gap

There is certainly no dearth of theories. One school of thought emphasizes the historical shift towards 'post-materialist' values (van de Kaa, 2001). In this view, children stand in the way of individual fulfillment and liberty. There is no doubt something to this story, at least in terms of portraying a general trend. Public policy would appear irrelevant if this were the *main* explanation.

The values-theory confronts too many empirical inconsistencies, not least the fact that actual fertility falls far short of peoples' preferences. It is also difficult to reconcile the theory with observed variation. Why would post-materialist sentiments prevail far more in Spain than in Denmark or the United States? Why was low fertility in the 1930s followed by a baby-boom in the 1950s and 1960s? Does the dramatic drop of Swedish fertility in the 1990s reveal a sudden burst of post-materialism?

Values aside, most theories are policy relevant. A common core premise

is that low fertility mirrors the tensions that mount when gender roles and family behaviour fail to adapt to the changing preferences of women (McDonald, 2002). In essence, low fertility occurs when women embrace a new life course in a world of traditional familialism. The tensions are related to the rising cost of children and to the barriers to family-work reconciliation. The twain are but different sides of the same coin.

There are direct monetary costs related to children's consumption. A recent benchmark estimate suggests that the added cost of one child hovers around 20-22 percent on average. But the spread is quite large and educated mothers, especially, tend to spend substantially more (de Santis 2004, Bianchi 2004)<sup>3</sup>. The cost of conventional child consumption (food and clothes) is falling, but this beneficial trend is cancelled out since the cost of 'new' consumption items (childcare especially) is rising rapidly (Bianchi et.al. 2004). Family benefits may help offset the cost but since even the most generous benefits, like the Danish, are equal to only 4% of average earnings, the effect is at the margin. In the Netherlands, the benefit is a bit lower and in Southern Europe a pittance (OECD 2002: Table A2)<sup>4</sup>. In any case, research shows that family cash transfers have no real effect whatsoever

<sup>3</sup> Estimates based on the conventional Engel method arrive at substantially higher per child costs. Note that the 20-22% estimates lies very close to the elasticity used in the new OECD equivalence scale.

<sup>4</sup> Since family allowances are usually a universal flat-rate benefit, their marginal effect may be somewhat higher for low-income parents.

on fertility (Gauthier and Hatzius 1997, Sleebos 2003).

The really important cost of children is indirect, comprising two effects. There is, firstly, the implicit monetary value of parental time devoted to children. Attempts to cash out its monetary equivalent is wrought with difficulties. Klevemarker (1998), using rather conservative assumptions, has cashed out the equivalent value at around US\$ 22.000-29.000 for an average Swedish family. This implies that Swedish parents' collective care for their children would add an equivalent of 20% to GDP. The second effect lies in the opportunity cost (or child penalty) of motherhood in terms of lost potential lifetime income. Considering women's rising earnings power, work interruptions and reduced labour supply can result in substantial income penalties. The penalty is the composite of foregone income during the years of interruption plus a long-term depreciation effect due to eroded human capital and experience loss. Applying the standard Mincer-Polacheck benchmark estimator to a woman who interrupts a total of ten years, the directly foregone income of the 'missing 10 years' will amount to about 5 percent of potential lifetime income, while the human capital depreciation effect is far more severe, equivalent to another 20 per-

cent of potential lifetime income (Polacheck, 2003).

Women respond by shortening interruptions and delaying births<sup>5</sup>. Sigle-Rushton and Waldvogel (2004) show a general decline in the lifetime income loss – but only for some countries. For medium-educated mothers with two children, the gross income loss up to age 45 ranges from 23-25 percent in Scandinavia and the U.S. to 40 percent in Germany and the Netherlands. Extending the estimate up to age 60 suggests that an important part of the child-penalty is eventually recuperated *if*, that is, women remain in uninterrupted employment until retirement. In this latter scenario, the Danish mother will have lost only 8 percent of her potential income, and the German and British about 25 percent.

The great difference between Scandinavia and elsewhere lies in the duration of interruptions and in subsequent work histories. Whereas British, Dutch and German women have long interruptions and then resume with reduced working hours, Scandinavian women return relatively quickly and usually opt for full-time work. In a recent British study, Rake (2000) identifies a polarizing trend because higher educated women now emulate the Nordic pattern while low educated women reduce even further their post-birth labour supply.

---

<sup>5</sup> This is the case for the Netherlands and the U.K., but in Germany interruptions have actually become longer (Gustafsson et.al, 2002). In the 1990s, the average number of interrupted months ranges from 32 in Germany to 10-13 in Scandinavia. The UK has undergone a dramatic change in just one decade since the average declined from 25 in the 1980s to 14 in the 1990s (Gustafsson et.al. 2002).

**TABLE 3**  
*Simulated Lifetime Income Penalties for Women with Two Children in the 1990s.*

	<i>Average birth Interruption (months)</i>	<i>Total percent lifetime income penalty</i>
<b>Denmark</b>		
All women	9	5.0
Low educated	20	9.0
<b>Spain</b>		
All women	46	20.0
Low educated	50	21.0

Estimated from ECHP panels 1994-2001. Note that the estimates assume that mothers return to full-time employment subsequent to the average interruption period.

Since female employment accelerated in the 1990s, in particular in Southern Europe, one would expect some convergence towards the Nordic pattern among younger women<sup>6</sup>. Data on birth-related interruptions can be used to make rough predictions of what will come to pass among those who are mothers today. Using the ECHP panels, 1994-2001, Table 3 compares two European extremes, Denmark and Spain. The simulated lifetime income penalty applies the Mincer-Polacheck coefficients to the empirically observed birth-related interruptions of all women (averaged) and of low educated women (less than upper secondary). The simulation assumes that mothers return to stable full-time work following the (average)

interruption. The penalty would be far greater if this were not the case.

The interruption gap between low educated and average women is wider in Denmark than in Spain. But even low educated Danes interrupt relatively briefly and hence lifetime income losses are modest. In contrast, Spanish interruptions are uniformly longer and this produces far greater lifetime income penalties across the board.

This is where childcare matters. If access is limited to commercial care parents must dish out approximately 10.000 Euros for a full-time, full-year place in a quality centre in countries like Germany, Britain or the Netherlands<sup>7</sup>. This implies, in essence, a *regressive tax* on mothers' labour sup-

<sup>6</sup> De Santis (2004) argues that the Italian child penalty is now around 30 percent.

<sup>7</sup> As the OECD (2002: Table 3.5) shows, the cost of one child in private, unsubsidized Dutch daycare is equivalent to 91 percent of wives' average wage.

ply and is in any case prohibitively expensive for most young families, not to mention low income and lone parents. If no cheaper alternatives are available families must choose between one of two evils: either forego children in the interest of the woman's career, or sacrifice the mother's career in the interest of family formation. The Netherlands is a prototypical example of this trade-off: a sizable share of women remain childless and another sizable share abandon their career.

Not surprisingly, fertility correlates with childcare (Kravdal 1996, Esping-Andersen 2002, del Boca 2002, Aaberge et.al. 2005)<sup>8</sup>. There are three possible ways to make care more affordable: via familial support (the grandmother), via de-regulated product markets (the American way), or via generous government subsidies (the Nordic approach). Grandmothers have been the main solution in Southern Europe, but the reservoir of available carers is diminishing quite rapidly (Gonzalez and Jurado 2005). The highly differentiated price structure in the US, coupled to tax deductions to parents, may meet demand, but the consequence is extremely uneven – and mostly low-quality – care (Mayers et.al. 2004). In the Nordic model, public subsidies defray the lion's share of costs. Considering that attendance is now *de facto* uni-

versal from age one onwards, the net parental cost is evidently affordable to all families. Some countries, notably the UK and the Netherlands, pursue a hybrid model that combines commercial provision with some public subsidies. I shall examine more closely the implications of either approach in the following section.

Childcare policies, however generous they may be, will not solve all problems alone. Their impact depends, firstly, on the length of paid maternity leave; if the latter is too brief, mothers are compelled to make a radical choice between returning to work or interrupting their careers. Low educated women are more likely to curtail their careers, while higher educated women will respond with reduced fertility.

Secondly, we know that much of the reconciliation problem lies buried in the labour market. Flexible time schedules and access to part-time are essential. Job security matters because women now insist on economic autonomy. Unemployment, unstable and precarious jobs all affect fertility very negatively. The fact that (young) women are hugely over-represented among the unemployed and those with temporary contracts – in particular in Southern Europe – helps explain pervasive low-low fertility (Bernardi 2005, Esping-Andersen 2002, Gonzalez and Jurado 2005, Mc-

---

<sup>8</sup> There is even stronger evidence that mothers' employment is very sensitive to the price and/or availability of childcare. For the US, Anderson and Levine (2000) show that a 10 percent reduction in the cost of day care would raise employment by more than 3 percent. For Europe, Gustafsson and Stafford (1992), Kreyefeld and Hank (1999), and del Boca (2002) show that availability is decisive for participation.

**TABLE 4**  
**Employment Insecurity and Fertility. Logistic odds ratios.**  
*The regressions include controls for education level and full-time/part-time status.*

	<i>Denmark</i>	<i>Netherlands</i>	<i>Germany</i>	<i>Spain</i>	<i>UK</i>
Unemployed	2.5***	.64*	.22**	.54***	.33**
Permanent					
Contract	1.4	2.6**	.30*	2.5***	1.9
Public sector					
Job	1.0	1.1	1.6**	2.2**	3.4

Estimated from ECHP (1995 wave)

Donald 2002). Seen from a different angle, Scandinavian research shows that high fertility among educated women is mainly found among public sector employees (Jensen 2002, Datta Gupta et.al. 2003). Table 4 illustrates the importance of job status for women's decision to have children.

Except in Denmark, unemployment is everywhere a major obstacle to fertility. In Germany and the Netherlands it lowers the likelihood of a birth to almost half. Job insecurity, too, is clearly a major impediment. In the Netherlands and Spain, having a permanent contract raises the odds of fertility by a factor of 2.5. The coefficient for public sector employment, which undoubtedly offers more cushioned working conditions, is everywhere positive but only statistically significant in Germany and Spain.

As noted, low fertility reflects a disjuncture between the changed life course of women and the persistence of traditional gender roles. The first part of the disjuncture, namely women's

changing roles, is clearly evident in the importance of employment conditions and career status: women undoubtedly hesitate to give birth until their careers are adequately assured.

The second part of the disjuncture has to do with gender roles. Reconciliation is easier when welfare states help 'de-familialize' the caring burden. This may, however, not suffice unless matched by a more egalitarian gender contract between spouses. Duvander and Andersson (2003) show that the decision to have a 2<sup>nd</sup> child in Sweden depends very much on whether the father took parental leave around the first birth. Esping-Andersen et.al. (2005) show that Danish fathers' involvement in caring for the first child also correlates strongly with the decision to have a second child. In other words, a more egalitarian division of paid *and* unpaid work may emerge as a bottom-line condition for future fertility.

Time use data show that men typically increase their share of domestic work when mothers work full-time, but

perfect substitution occurs nowhere<sup>9</sup>. Scandinavian and American males in full-time double earner couples are far more prone to pitch in. For example, the ratio of unpaid hours between women and men is now 1.4 in Denmark, and 1.7 in Sweden and the US). In Britain the ratio rises to 2.4, and in Italy to an embarrassing 3.6 ratio<sup>10</sup>. The male contribution to childcare activities is also positively related to the level of education. As women's autonomy and educational attainment increase we might expect a further improvement in gender equality within couples.

### *The Quality of Children*

Today's youth often face a hostile environment within which to maximize their life chances. The evolving knowledge economy raises the human capital 'ante' that is needed to ensure good job prospects. There is no clear consensus as to what skills, precisely, matter most (Bowles et.al. 2001). Formal education is obviously a *sine qua non*, especially for early career moves. Today's early school dropouts are likely to end up being the low wage and precarious workers of tomorrow. Remedial policy, such as 'activation' and adult training is generally an ineffective corrective (Heckman 1999, Heckman and Lochner 2000). The non-completion of upper-secondary level ed-

ucation provides one very good benchmark of our social exclusion problem in the decades to come.

Other human capital dimensions are gaining in importance. Modern companies put a premium on social skills and 'emotional intelligence', and social capital can be very important for getting ahead. Regardless, the reigning consensus is that strong cognitive skills are the first and foremost precondition; in part because cognitive abilities are decisive for learning and hence for school completion and, in part, because –almost by definition – knowledge-intensive production assumes that people have the skills to understand, interpret and productively apply information. Key competences, like cognitive skills and the motivation to learn, are developed very early in life (Károly et.al. 1998, Ramey and Ramey 2000).

The continuous and powerful impact of social origins on children's life chances that inter-generational stratification studies identify is very much due to the fact that children's basic competences are implanted in the first childhood years, i.e. when they are mostly 'privatized'. Inequalities in parental stimulus are subsequently transmitted to the schools that, in turn, are generally poorly equipped to rectify differentials in learning abilities.

---

<sup>9</sup> In fact, in the UK the male's share is smaller than when the spouse works part-time (for data, see OECD 2001: Table 4.5).

<sup>10</sup> The ratio in the Netherlands is 2.3 but refers to wives in part-time employment (OECD 2002: Table 2.13). Scandinavian and American men's contribution has more or less doubled over the past 10-15 years. The Danish female:male ratio of household work fell from 1.7 in 1987 to 1.4 in 2001 (Deding and Lausten 2004).

Postwar reformers believed that social inheritance could be effectively diminished through free access to education. The guiding idea was that this would eliminate liquidity constraints and thus equalize chances across the social classes. Since the path-breaking Coleman report to the US Government, followed by a virtual mountain of research, we know that the design of education systems has only a very limited impact on inequalities of opportunity. Early tracking, understaffing, and segregated schools no doubt worsen social inequalities, but the core mechanisms lie in the family of origin (Shavit and Blossfeld, 1993; Eriksson and Jonsson, 1996)<sup>11</sup>. This view has received powerful confirmation in the PISA studies (OECD 2003).

### 1) Explaining Inequalities in Child Outcomes

Parental investments in their children take two principal forms. One is monetary, the other is crudely speaking 'cultural'. Although free education diminishes the role of income inequalities, money continues to crucially influence child outcomes. In most countries, participation in quality pre-school learning depends on household income. Well-off parents are far better positioned to invest in additional extra-curricular learning activities, be it ballet or language classes, and child health is generally also related to family income.

Far worse is poverty and income insecurity. US research shows that a poor child will, on average, have 2 years less of schooling and, subsequently, earn roughly 30 percent less when adult (Mayer 1997, Haveman and Wolfe 1995). Most troublesome, the poor child is far more likely to end up as a poor parent, thus reproducing the syndrome from generation to generation. European research identifies very similar – albeit somewhat less dramatic – poverty effects (Machin 1998, Maurin 2002, CERC, 2004)<sup>12</sup>.

Since economic insecurity harms child outcomes, ongoing trends in income distribution must be of serious concern since young households and, in particular, child families are losing ground in a major way. With the sole exception of Scandinavia, child poverty has risen over the past two decades: in Germany by 4 percentage points, in the Netherlands and the UK by 5 (LIS data). The child poverty level is now around 9-10 percent in France, Germany and the Netherlands, 15 percent in the UK, and a whopping 22 percent in the US. Put differently, as far as the income effect is concerned, most advanced nations are swimming upstream at the very same moment that the need to secure strong child outcomes is intensifying. It follows that any measure that effectively combats child poverty amounts to a key investment in children's life chances

<sup>11</sup> See Machin (2005) for an up-to-date review of the school-effect.

<sup>12</sup> The Nederlandse Gezinsraad (cited in OECD, 2002), finds that up to 15 percent of children from long-term low income families are at risk of poor developmental outcomes.

and in our collective future. This point is emphasized in Eriksson and Jons-son's (1996) analyses of why the Nordic countries boast far more egalitarian educational attainment than elsewhere. They stress, in particular, the effectiveness of public income support to child families and, indeed, as the data show, there has been no increase in Scandinavian child poverty notwithstanding that these nations, too, have witnessed rising income inequalities<sup>13</sup>.

The 'cultural' dimension is substantially more difficult to identify with any precision. To be sure, it is very multifaceted. One effect is represented by Bourdieu's (1983) notion of cultural capital, namely the ability of parents to inculcate their children with the kinds of middle class cultural norms, styles and expressions that prevail in most schools. This kind of cultural transmission is key to inter-generational class reproduction. A second effect, arguably far more important, has to do with the kinds of parental cultural and educational resources that ensure a strong cognitive stimulation and learning environment. One way to capture this dimension is through information about families' reading habits and possession of books (de Graaf 1998, OECD 2002, Esping-Andersen 2004). Indeed, multivariate regression analysis shows that this cultural dimension is of far greater importance than is parental socio-economic

status in explaining children's cognitive abilities (Esping-Andersen, 2004).

And, finally, 'culture' includes a third dimension, namely the intensity and quality of parent-child interaction and nurturing. Here we confront a rather controversial issue, namely whether mothers' employment outside the home has adverse consequences for child development. If so, we may again be swimming upstream considering that the majority of modern women insist on career continuity.

There is some evidence that the reduced intensity of parent-child interaction that results from motherly employment can be harmful (Ermsch and Francesconi 2002, Ruhm 2004). It is well-established that maternal employment can be harmful in the child's first 9-12 months (Waldvogel et.al. 2002, Ruhm 2004, Gregg 2005). But the effect thereafter depends very much on the quality of mothers' jobs and of outside care. Job-related stress and fatigue are demonstrably problematic. And there is ample evidence that high-quality childcare more than offsets any potential negative effects (Currie 2001, Waldvogel 2002). Indeed, evaluation studies of early intervention programmes uniformly conclude that children from problem families who participate in sponsored quality pre-school centres do far better in terms of school completion and a host of other variables, such as crime and teenage pregnancy

---

<sup>13</sup> The effectiveness of the Scandinavian model is evident in comparative child poverty levels: in 2000, less than 3 percent in Denmark and Finland; 4 percent in Sweden (estimates from LIS and from the 2001 wave of the ECHP).

(Haveman and Wolfe 1995, Waldvogel 2002). A similar pattern emerges when we analyze the PISA data. In countries where access to quality childcare is scarce, as in Spain, Germany and the US, full-time employment does appear to have adverse effects (albeit not very strong) on children's cognitive development while in Scandinavia, where attendance is essentially universal, the impact of motherly employment appears in fact to be positive.

There are two important riders to this conclusion. Reduced interaction with mothers may be offset by more paternal dedication to children. In fact, the total number of parental hours with children in the U.S. and Scandinavia has actually risen since the 1960s; in part because of reduced working hours; in part due to fathers' greater involvement (Bianchi, 2000).

The second rider is that mothers' employment has distinct effects on boys and girls. In analyses of the PISA data, I find that the effect is, surprisingly, completely orthogonal: always positive for girls but often rather negative for boys (especially if the mother works full-time). The positive effect for girls has surely something to do with the role model of mothers (Esping-Andersen 2005). If fathers increase their time with children, the negative effect on boys may diminish to the extent that boys are more influenced by the paternal role model

When we put together these different strands of evidence, we also have a ready-made explanation for why the Scandinavian countries are the only clear cases where the impact of social origins on educational attainment (and cognitive development) has declined in any significant way over the past decades (Esping-Andersen 2005). On one hand, the income effect has been almost *de facto* eliminated via the eradication of child poverty. On the other hand, the 'culture' effect has been weakened because all children, irrespective of parental resources and social origin, benefit from identical quality care. The net effect is bound to be redistributive in the sense that children from the weakest families gain the most. It is telling that the combined effect of the socioeconomic status and parental cultural capital variables on child literacy performance is half as strong in Sweden as it is in most other OECD countries (Esping-Andersen 2005)<sup>14</sup>. It is equally telling that the PISA data show that the Nordic countries exhibit unusually little variation in children's cognitive abilities.

#### *Redesigning the Welfare State: A Social Investment Approach*

The foremost objective of social policy is to secure citizens against risks. We live in a society in which rapid aging tends to monopolize policy debates. Aging implies substantial future spending commitments and also the rise of hugely

---

<sup>14</sup> The two variables, jointly, explain 11 percent of the variance in Sweden compared to an OECD average of 20 percent.

expensive novel risks such as frailty and dependency. Many fear that the welfare state may prove financially unsustainable and such fears will undoubtedly mount if it is also called upon to invest seriously in our children.

A myopic *categorical* focus on the elderly versus the young leads to poor policy because it fails to connect old age with peoples' life course. Today's retirees do well not solely because pensions are generous but in large part because they enjoyed good lives with stable employment and steadily rising wages. The magnitude of the demographic crunch that will climax at mid-Century will depend very much on the quality of our children's life course, on the quantity of young workers, and on their productivity.

Contemporary youth cohorts are historically speaking tiny and must shoulder an unparalleled demographic burden. They also confront a far more intense set of risks since life chances are more and more contingent on strong skills. Investing well in our children does not come at bargain basement prices but it will yield a double bonus by delivering individual and societal welfare gains at once.

It may be difficult to pinpoint the exact *net social value* of children. For one, the heterogeneity of children in terms of their potential skills, productivity and lifetime contribution is huge. US research suggests that a typical American child, over the life course, will yield

a net social return in the neighbourhood of \$100.000 (Preston 2004). The precise amount is not very important, but the fact itself alerts us to several core principles that a recast social policy must adhere to.

Firstly, if the social benefit of children is substantial while the parental cost of having children is rising, there is a ready-made case for redistribution in favour of child families. When we consider that social spending on families is nowhere greater than 4% of GDP, society is undoubtedly getting a good deal, and the childless in particular<sup>15</sup>. Hence, there is a ready-made case for redistribution in favour of children and, logically, the level of taxation required should be commensurate with the collective returns. This leads me to the second principle. If it can be demonstrated that expenditures on children yield an increase in their lifetime net social value, the public outlays involved will have a clear investment character.

#### 1) Public Policy and Fertility

As discussed above, raising fertility requires that we help reconcile women's altered life course preferences with family formation. Even if our main goal must be to help citizens to have their desired number of children, the social gains from raising fertility will be substantial. Each additional child may be adding \$100.000 to our collective welfare. As to the 'quality' dimension, it goes without saying that any measure

---

<sup>15</sup> Including also public spending on education would add another 4 or 5 percent of GDP.

that improves children's life chances will yield substantial individual and societal returns.

The question is whether the welfare state can be made to produce such quantity and quality improvements. Policy makers in the past were often pro-natalist and in France, especially, generous income inducements were thought to raise fertility. We now know that such incentives bear little fruit<sup>16</sup>. Following the famous Myrdal report in the 1930s, the policy issue is primarily the reconciliation of family and work. Within the EU at large there now exists broad support for a basic package of 'family-friendly' policy. Although rhetoric and practice are often at odds, the consensus boils down to a combination of adequate paid maternity-parental, affordable quality childcare, and mother-friendly employment provisions such as flex-time. Can family friendly policies move us towards a superior Pareto frontier? What would such a policy package have to look like in order to do so? As we have seen in the previous section, scientific research may be helpful in answering such questions.

If fertility is now mainly related to the opportunity cost of motherhood, any measure that effectively diminishes the child penalty should help move the

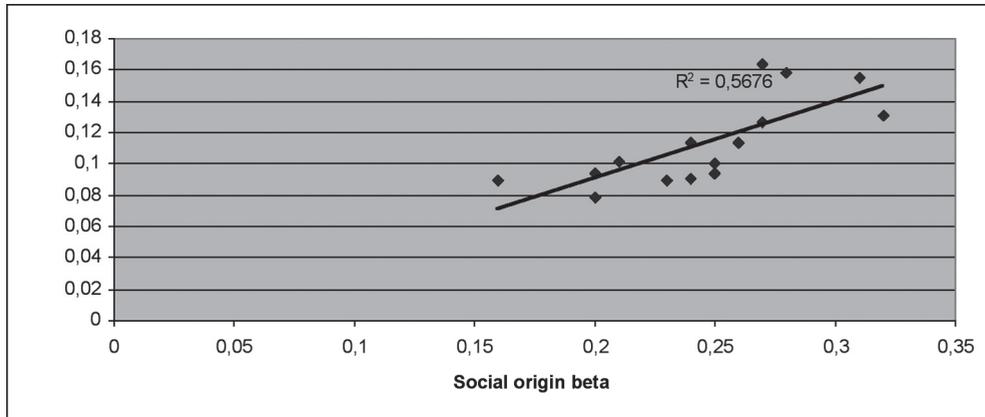
birth rate up towards social preference levels. Family allowances may not have much of an effect, but family-work reconciliation policies – and childcare in particular – do appear to matter. Since nations' reconciliation policies tend to evolve in synchrony it is very difficult to statistically separate the distinct effects of the main components (i.e. daycare, leave schemes and workplace measures). For Norway, Kravdal (1996) finds that doubling childcare raises the TFR by more than 0.1 point. Knudsen (1999), analyzing Danish data, estimates that fertility rose by 0.3 percentage points (from a TFR of 1.5 to 1.8) as a result of the expansion of daycare plus child leaves since the early 1980s. Del Boca also finds strong effects in Italy and, for the US, Blau and Robins (1998) show that both the cost and the lack of access to care reduces fertility.

It is especially provision for the under-3s that yields positive fertility responses (Esping-Andersen 2002, Castles 2003). Both Castles (op.cit) and Aaberge (2005) conclude that mother-friendly job measures, such as flexi-time, positively influence fertility. And, as mentioned, there is now also quite solid evidence that more gender equality in the division of household labour will raise the birth rate, at least among educated

---

<sup>16</sup> The best – but still not very robust – econometric estimates suggest that a 25% increase in family cash benefits may raise the TFR by 0.07 per woman (Gauthier and Hatzius, 1997; for an overview, see also Sleebos, 2003). If, say, the Netherlands wishes to narrow the child deficit to a 1.9 TFR via cash inducements, the value of family cash benefits would have to be more than 9 times their present value. And since these estimates are quite shaky it is far from certain that the fertility response would be as expected. Ermisch (1988) argues that cash benefits affect the timing but not the volume of births.

FIGURE 1  
*The Relationship between Cognitive Inequalities  
 and the Strength of Inter-generational Social Inheritance*



Source: Esping-Andersen (2004: 123). The regression is based on 15 OECD countries

women. Hence, our policy considerations must include stronger childcare and leave incentives for men.

Overall, the *direct* fertility dividend of a family-friendly policy package is not likely to be of overwhelming proportions, but insofar as it also helps reconcile work with motherhood there is undoubtedly also a positive *indirect* effect. Its impact is no doubt also uneven across the population: arguably most effective among women who face the steepest opportunity costs of motherhood. And even if the fertility gains appear quite miniscule we must remember that even a small rise in the TFR (say by 0.3 points) amounts to a substantial individual and societal welfare gain. It means that parents come closer to their preferred family size and, as I mentioned earlier, it will have huge long-

term consequences in terms of population growth.

## 2) Public Policy and Children's Life Chances

There is no simple ready-made formula that will guarantee good child outcomes. Since we know that cognitive abilities correlate with social origins, it comes as no surprise that the level of cognitive inequality among children depends on the overall degree of inequality between families. In highly inegalitarian societies, such as the UK and US, the share that falls in the lowest (essentially dis-functional) cognitive quintile is far larger than in egalitarian nations, such as Sweden, Norway or the Netherlands (approximately 20 percent compared to 8 percent in Norway and 11 percent in the Netherlands)<sup>17</sup>. Com-

<sup>17</sup> Computed from the IALS data

puting Gini coefficients for cognitive test scores provides a telling indicator: The Danish Gini is .08 compared to 0.16 for the US. In Figure 1, I regress nations' cognitive score Gini on a social inheritance variable (the strength of the association between children's and parents' educational attainment)<sup>18</sup>. The correlation would be even higher if we regressed cognitive Ginis on nations' income distribution Ginis. In fact, there is a very strong correlation also between inequalities of income distribution and inter-generational inheritance.

All told, this indicates that policy must focus primarily on those monetary and cultural mechanisms that link social origins to child outcomes. There can be very substantial gains from minimizing the effect of low income. Hence a policy that effectively eliminates child poverty would yield very positive results in terms of equalizing children's educational chances.

It is more difficult to see how policy might affect the 'cultural' mechanisms. How, for example, might we compel parents to read for their children, or to help them with their homework? Weak parental 'cultural' resources may translate into less cognitive stimulation which, in turn, may impair children's schooling. There is also a possible indirect effect since weak parents are disadvantaged in terms of navigating the school system on behalf of their children. Information asymmetries are likely to be especially accentuated among low

educated parents and within immigrant communities.

Educational reformers have pursued numerous policies to remedy such inequalities and deficiencies. On this front Sweden may very well represent the vanguard, in particular with its emphasis on an anxiety-free and individualized learning environment. It is telling that between-school effects on children's cognitive skills are very small compared to just about any other country. But still, remedial programmes within schools, no matter how well designed and financed, have not proven very effective in eradicating the impact of social origins. This is primarily because the first 6 years in children's lives are decisive – and these years are, in most societies, shaped almost exclusively within the four walls of the parental home.

A major clue as to how social policy can effectively address socio-cultural handicaps comes from the vast amount of evaluation research of the US Head Start programme, one of the very few success stories from President Johnson's War on Poverty. Having now been in operation for 4 decades, we are also in a position to gauge the long-term effects of early intervention across a great part of peoples' lives. The gist of Head Start is to intervene in problem families where children's development is at special risk. The programme is highly targeted and reaches, at a maximum 3 percent of US children, providing a very full menu of interventions. Among these, the most

<sup>18</sup> For details, see Esping-Andersen (2004)

successful has been to place at-risk children in high quality childcare centres. Summing up the principal findings, Head Start yields very positive results in terms of school completion, staying off crime, and later adult earnings and job attainment (Currie 2001, Duncan and Brooks-Gunn 1997, Haveman and Wolfe 1995, Karoly et.al. 1998). It is tempting to speculate that if Head Start were to expand its target population to, say, 20 percent of American families the percentage youth with a dys-functional cognitive performance would decline to North European levels.

The magnitude of the 'cultural' problem is in any given country related to the size of the parental generation that lacks the resources to adequately stimulate their children's learning abilities. In some EU countries – like Spain and Italy – there remains a very large number of adults with only minimal education. Within the typical parenthood age bracket (35-44), 54 percent of Spanish mothers have no more than compulsory education – compared to only 12 percent in Sweden but a fairly high 33 percent in the Netherlands (OECD 2003). The rapid growth in educational attainment will diminish this problem in the decades to come. In Spain, for example, the percent of women 10 years younger with no more than obligatory schooling has declined by 13 points, and in the

Netherlands by 8 points. But we also face counter-tendencies that emanate from large waves of generally low educated immigrants that, in addition, face multiple cultural and educational disadvantages that can seriously jeopardize their children's chances. Even in Sweden, where the school system has most ambitiously sought to rectify immigrant children's learning disadvantages, the cognitive score gap between native and non-native children is one of the largest in the OECD, and the probability of school failure is roughly 5 times higher for immigrants than for natives<sup>19</sup>.

Many analyses of Head Start trace its success to the fact that it redistributes cognitive stimulation in favour of the most needy. A very similar phenomenon has, by *fiat* rather than by intention, unfolded in the Nordic countries as they expanded early childcare in response to women's rising employment rates. The policy deliberately emphasized uniform 'middle class' quality standards, perhaps more for electoral than other reasons.

The Nordic model has undoubtedly had a non-trivial impact on equalizing children's school preparedness<sup>20</sup>. Denmark, Norway and Sweden are the only advanced countries that show a substantial reduction in the effect of parental education, income, and also 'cultural capital' on children's educational attainment. To illustrate, the impact of parents'

---

<sup>19</sup> This evidence derives from the author's participation in an OECD mission to Sweden in February 2005.

<sup>20</sup> For an overview of research on the impact of childcare on child outcomes, see Waldevogel (2002).

education on the likelihood of attaining upper secondary and tertiary education has been cut in half for the youngest cohorts –born in the 1970s and the first for whom childcare attendance became the norm. In countries like the US, UK or Germany, the parental impact remains as strong as it was for the cohorts born in the 1940s and 1950s. The equalizing potential of universal early care is also evident when we focus specifically on children of parents with very low education (obligatory or less). In Denmark, their chance of completing upper secondary education has doubled for the youngest cohorts and in Norway even trippled. Again, this stands in sharp contrast to other countries where by and large there has been no relative improvement in the fortunes of similar youth<sup>21</sup>.

There are two potential downsides to the childcare strategy. One, as discussed above, children may suffer from less intensive child-parent interaction, especially when mothers work full-time and return quickly to work after birth. Most of the evidence suggests that such adverse effects disappear if a) children remain with the mother during most of their first year, if b) mothers have quality jobs, and if c) childcare quality is high. The second is that the cognitive homogenization process built into pre-school (and by extension also into comprehensive school models like the Swedish) implies a lowering of standards, a move towards a low common

denominator of learning. Analyses of the Swedish education system, as well as of Swedish PISA data suggest that this cannot be the case. But there are some indications that this may have been true for Denmark where, until recently, pre-school centres emphasized social integration at the expense of pedagogy and learning. While Denmark's performance in the PISA studies is internationally strong in terms of children's cognitive homogeneity (there is very little variance in test performance between children), the overall mean scores are rather unimpressive. Indeed, the lessons learned from the PISA analyses have been a major impulse behind current plans to strengthen the pedagogical content of childcare.

The key question is how social policy can be designed to address negative family effects. We are on solid terrain when it comes to the role of policy in upholding family incomes. Very few countries boast an income maintenance policy that *de facto* guarantees against child poverty, although the Nordic countries do come pretty close when we add together the impact of family benefits, housing allowances and social assistance.

The good news is that the additional public cost of eliminating child poverty is a bargain, financially speaking. Adopting the 50-percent of median poverty benchmark, it would absorb 0.26 percent of GDP in the UK – the EU country with the highest poverty rates

---

<sup>21</sup> For detailed analyses, see Esping-Andersen (2005).

(Esping-Andersen and Sarasa 2002). In any case, the rise in mothers' employment provides a far more effective anti-poverty guarantee. When mothers work – in single parent and couple families alike – the probability of poverty falls by a factor of 3 or 4. Hence, improving the compatibility of motherhood and employment yields also a major pay-off in terms of child poverty risks.

In other words, we return once again to reconciliation policies. If, as most research concludes, maternal employment is problematic for child welfare during the first year there exists a clear case in favour of extending the mix of maternity and parental leave.

The EU has recently issued a directive that calls for a minimum of 3 months parental leave in addition to maternity leave. Still, the combined entitlement available to mothers (plus fathers) varies enormously across the EU, from a miserly 4 months in Spain to 12+ months in the more generous countries. Leaves that are either too brief can produce adverse effects in terms of reconciliation.

To minimize the career effects of short leaves, mothers will attempt to place their children with others. This, we know, can have adverse 'quality' effects. Very early childcare attendance is often the option among career-committed women, especially in the US where paid leave does not exist and where the career penalty of interruptions can be

especially high (Waldvogel et.al. 1999). A combination of paid leave arrangements that cover *at least* the child's first 9 months would accordingly appear optimal. We know from Scandinavian experience that a) the standard paid leave period (now a minimum of 48 weeks) does not produce any appreciable lifetime income penalty, that b) the majority of mothers soon return to full-time employment, and that c) women come fairly close to having the number of children they actually desire.

Most EU countries have leave provisions on the books that appear consistent with these multiple objectives (and the EU directive) but appearances are deceptive since optional parental leaves often imply sharply reduced benefits. Formally speaking, the Netherlands and the UK provide for a total of 40 weeks of leave. The first 16 weeks (18 in the UK) are fully compensated but the remaining 24 parental weeks provide a benefit that is less than 15% of the average wage<sup>22</sup>. It is doubtful that women committed to employment will opt for extended periods of uncompensated leave and, hence, they will be driven back to work. It is revealing that 60 percent of Dutch mothers return to work within 6 months of birth – while another 25%+ disappear more or less permanently from the workforce (Gustafsson and Kenjoh 2004). Even if most Dutch mothers return to part-time employment it means that a great part of children's

---

<sup>22</sup> Spain is an unusually deceptive case. Women are formally entitled to a full 128 weeks parental leave but with no benefits.

first year is spent with a grandmother or in a centre.

Most EU countries pay lip service to gender equity in parental leave schemes, and Sweden is the only country where the father-share is seriously used. Feminists, unsurprisingly, lobby fiercely for more parity in the take-up of leaves. Their case is strengthened when we consider that fathers' contribution may induce more births and, turning to the 'quality' dimension, the sex of the parent that cares for the child must be of minor importance (Ermisch and Francesconi 2002).

### 3) Designing a Childcare System

Early child intervention programmes may yield very positive results but they are usually narrowly targeted in favour of exceptionally needy children. There are very good arguments in favour of sponsoring high quality care to the most disadvantaged because there is unambiguous evidence that they will profit disproportionately. The problem is that the size of the 'at-risk' population is usually far larger than the realistic scope of such policies. The British Labour government's Sure Start, very much inspired by Head Start, seeks to widen its reach by intervening in deprived neighbourhoods rather than in specific families. The shortcoming here is that problem families do not necessarily live in such communities. There is a lot to be said in favour of special measures that address

the really needy children. Still there is even more ammunition in favour of a global high-quality universal childcare approach (bolstered by additional targeted intervention) since this is simultaneously required in the pursuit of reconciling motherhood and work: childcare kills two birds in one throw.

If childcare emerges as centre piece of any child welfare strategy, we need to examine its policy ramifications carefully. It is immediately obvious that universal and affordable quality childcare does not come cheap. Worse, the inherent cost-disease problem of care services (due to lagging productivity) implies constantly rising financial pressures. Of course, this cost pressure will not disappear if childcare is financed privately or publicly.

Insuring quality implies pedagogically qualified personnel and small staff-child ratios. National quality norms for the under-3s range from a staff-child ratio of 1:12 in Spain to Denmark's exceptionally low 1:3 ratio -- but then most Danish daycare workers have no special pedagogical training<sup>23</sup>. The Dutch norm is about 1:5 (OECD 2002: Table 90). Affordability boils down to the size of the subsidy and the parental co-payment. In turn, the level of childcare supply will depend directly on effective demand -- again largely a question of subsidies and affordability.

I know of no country where early childcare *provision* is predominantly

---

<sup>23</sup> The Danish government is now debating a reform that calls for a much stronger pedagogical profile.

publicly provided. The Nordic countries pursue a mix of municipally run centres (about 70 percent in Denmark) and co-operatives, often established by parent associations. Commercial centres have no claim to public subsidies and, hence, basically do not exist. The model evidently succeeds in delivering broad access since 85% of 2 year olds now attend – 97 percent on a full-day basis (OECD 2002). At the other extreme, the US manages also to achieve ample coverage with an almost exclusively commercially run system. Yet, only a minority of all centres are of certified quality standard (and are therefore expensive). In most EU countries public childcare for the under-3s is extremely scarce and largely of the social assistance type, i.e. income tested and targeted to families with special needs. Usually the only alternative is expensive for-profit care. Two countries, the UK and the Netherlands, pursue ample coverage by subsidizing commercial centres.

If quality standards are assured across-the-board, there is no particular reason why one might prefer either public or private unless, of course, there are associated equity or efficiency costs involved. In the Netherlands, the market strategy was preferred as a way to limit public spending and also to promote parental choice.

A private system will probably produce greater competition, innovation,

and variety. Of course, a Nordic-style mixed model that does not discriminate against private non-profit initiatives may, in principle, reap similar benefits. A major problem with commercial welfare markets is that they easily provoke serious inequities due to information asymmetries and client creaming: choosing the best solution for one's children may require substantial resources (such as knowledge). Thus, less educated and, especially, immigrant families may find themselves handicapped – especially in an environment where demand exceeds supply. An indirect outcome is social segregation – as Sweden's ongoing 'privatization' of its school system clearly demonstrates.

As regards access, many EU countries boast high enrolment rates for children aged 3+. It is for the under-3s that the majority of countries fall far short of the EU's benchmark of 33 percent coverage. We can distinguish three sets of countries. The Nordic group has now achieved near-universal coverage, which is not surprising since access is legally guaranteed to all families and since municipalities are compelled to uphold the guarantee<sup>24</sup>. In a second group that includes Belgium and France, coverage hovers around 30 percent. Most EU countries fall in the third group, with coverage below 10 percent (Gornick and Meyers, 2003). Britain and the Netherlands (with a coverage

---

<sup>24</sup> In some areas shortages remain. Still, there are only 4000 families on a waiting list in Denmark. In Sweden and, to a much lesser extent in Denmark, municipalities subsidize (licenced) childminders to help meet demand.

rate around 17%) are inching their way towards the EU benchmark, although there are several factors that suggest that progress may be slow.

The key to equity and adequacy lies, of course, in affordability. Undoubtedly, the British and Dutch failure to produce anything near full childcare coverage lies on the financial side. Despite public subsidies (via tax credits), British parents' co-payment is almost half the total cost, and there exist no exemptions for low-income families. This may explain why the ambitious plan to expand supply is faltering. Of the 600.000+ new places created between 1998-2003, more than half have subsequently disappeared because parents could not afford to enrol their children (Evers, et.al., 2005: 202). The Dutch strategy has been to stimulate expansion by subsidizing parents and by inducing firms to defray part of the cost. The latter's share of total costs is 25%. The lion's share of places (75%) are in commercial centres, but since supply falls far short of demand an estimated 50 percent of parents use informal care arrangements. There is one first reason why the Dutch strategy may falter, namely its reliance on employers. Employer participation appears limited to two-thirds of all workers. Since their financial contribution implies added fixed labour costs, small firms are undoubtedly loath to participate. The consequence is easily a double hazard: on one hand, the employer quota may lead to discrimination against women in hiring decisions; on the other hand, uneven employer participation provokes social dualisms.

A second reason why the Dutch model may falter is that the net parental cost of childcare is quite steep. A full-time place for one child amounts to 60% of the average wife's net earnings, and for 2 children it rises to 77% (special deductions for low income parents reduce the payment substantially). This is a *de facto* very steep 'tax' on mothers' employment and may be one reason (together with shortages) why a sizeable number of mothers either abandon the workforce or limit fertility to only 1 child. The Dutch model, of course, is designed to cater to a part-time environment and, consequently, for most mothers – who require only half-time care – the cost is reduced to 41% of her earnings for one child. But we may here have double causality since the cost (and scarcity) of full-time care may induce mothers to opt for part-time employment.

Comparatively speaking, Sweden probably offers the most generous conditions with a parental co-payment equal to 10-15 percent of total cost. Neighbouring Denmark has a graduated pay scale. Families with less than 60 percent of median income go free and a full fee (equal to 30 percent of total cost) kicks in at median household income. Considering that participation is now *de facto* universal, one would conclude that this is an affordable system for all. The cost is bound to increase as the educational credentials of personnel are raised – unless matched by higher staff-child ratios. As it stands, a saturated supply of day care along the

Danish model necessitates heavy public outlays – equivalent to roughly 2 per cent of GDP – which is about 10 times the *public* cost in the Netherlands. Are childcare expenditures a good social investment? Would low spenders like Britain or the Netherlands reap additional benefits that can be justified if they were to emulate Danish or Swedish expenditure levels?

To answer such questions we must first of all do the right kind of financial accounting. To begin with we must remember that the effective overall cost of childcare remains pretty much identical whether it is financed through one pocket or another. If the political objective is to furnish quality care for all children, the total slice of GDP that we must dedicate will not change much however costs are allocated. If we accept that Denmark comes close to both objectives, then we should expect that total spending will end up around 2.7-2.8 percent of GDP. A Dutch public spending of only 0.2% of GDP gives the deceptive appearance of cost-effectiveness. If the Netherlands were to pursue universal coverage on a full-day schedule, total GDP use would end up like in Denmark. The choice of which pocket must be emptied may have efficiency or equity repercussions, but hardly any consequences for how much we really spend.

Rosen (1996), in a very controversial analysis, argues that the public expenditures destined to help reconcile

motherhood and work in Sweden are inefficient, yielding a high *negative return* – which he estimates to be about half of the total. The calculations that underpin this conclusion compare the total public expenditures against the total earnings of the mothers of small children. This is, however, a fallacious analysis because it completely ignores how lifetime earnings (and thus also lifetime tax payments) are affected by mother-friendly programmes. A dynamic life-cycle method produces – unsurprisingly – different results.

In Table 5, I present estimates for Denmark using the standard Mincer approach to estimating lifetime income effects. To be on the conservative side, my model mother is a full-time low wage earner (2/3rds average wage) who, at age 30, will have 2 children. I assume she will interrupt for 5 years if she does not have access to childcare, whereas if she does make use of daycare, she will return to employment immediately after her standard maternity leave entitlement terminates. I also assume that she will remain employed until age 60<sup>25</sup>.

Table 5 shows that (in 1995) the cost to government of providing pre-school care for a mother of two (over a five year period) amounts to little more than half million DKr.(roughly 67.000 euros). Since this allows the mother to return to employment she receives full earnings during the period plus she avoids substantial experience and hu-

---

<sup>25</sup> A very similar study conducted by Price-Waterhouse on behalf of the Blair government arrives at estimates that are very similar to those I present here.

TABLE 5  
*Dynamic accounting. Of the costs and returns from day care provision*

Assumptions:	
• Mother, at age 30-35, has two kids	
• she does not interrupt employment (except one year maternity).	
• Her wage is 67% of APW, and	
• she will continue working until age 60.	
• We apply 1.5%p.a. 'Mincer estimate' of cumulative loss for 5 year interruption	
	D.Kr.
<i>Cost to government:</i>	
2 years in creche (x2)	=168.000
and	
3 years in pre-school (x2)	=342.000
Total	510.000
<i>Gains to mother:</i>	
(a) 5 years with full earnings	=800.000
and	
(b) life-time wage gain from no interruption	=1.400.600
Total	=2.200.600
<i>Gains to Exchequer:</i>	
additional revenue from (a)	=280.000
and	
additional revenue from (b)	=490.000
Total	770.000
Net return to Exchequer	
On original outlay (770.000 – 510.000)	260.000

Note: the price and income data, derived from the Danish government, refer to 1995.

man capital loss. Hence over her life-time she will earn about 2.2 million DKr. (about 290.000 euros) more than if she has interrupted. This, in turn, implies that she will pay more taxes on a lifetime basis: an additional 770.000 DKr. (about 103.000 euros). Comparing the additional revenue dividend to the exchequer with the original government

outlay on daycare yields a net return to government of 260.000 DKr. (35.000 euros) – what amounts to a respectable 50 percent return on the initial investment! The net return would have been far greater had we examined the case of a median wage earner<sup>26</sup>.

The Danish model is arguably optimal for reconciliation in an environ-

<sup>26</sup> Only in the case of high income families might the net return be negative since we can assume that such families would purchase private care in the absence of subsidized public provision.

ment where the vast majority of mothers insist on returning to full-time employment<sup>27</sup>. And the initial high outlays will eventually be recuperated -- but primarily because Danish women do indeed work full-time for most of their lives.

In a context such as the Dutch where the employment rate of mothers is 10 percentage points lower, and where the vast majority remain wedded to part-time employment, both the expenditure and revenue side of the equation changes. The reconciliation policies – child leaves as well as day care – are designed with a part-time economy in mind (and probably create difficulties for women pursuing full-time employment). Does it make a difference in terms of facilitating ‘equilibrium’ fertility rates?

It is of course impossible to forecast future employment behaviour but if women in the rest of the EU will follow the Nordic pattern, we would expect to see a gradual shift from part-time to full-time job preferences in the decades to come – if for no other reason, because female educational attainment and earnings prospects are rising. The 10% participation gap between the Netherlands and Denmark is also likely to narrow with more childcare and longer maternal leaves. If so, public expenditure on affordable childcare plus adequate child leaves will, as in Denmark, constitute a social investment that is quite profitable and undisputably optimal in the Paretian sense.

The impact of family-friendly policy on child welfare cannot be easily monetarized. Nevertheless, if maternity leaves are inadequate or if coverage of childcare is incomplete there will inevitably emerge inequalities in child development. Infant children whose parents are compelled to work will suffer, as will those whose parents have insufficient income because they must remain home with their children. If there exist large lacuna in childcare coverage, those children that are enrolled will be given a major head start in life while those that remain excluded will not.

The core problem is not only that such dualisms are undesirable but, worse, that they are inevitably socially skewed. It is likely, indeed almost certain, that the children that would benefit the most from childcare are the ones most likely to be excluded. This is particularly the case if unaffordability is the chief reason behind non-participation. The largest marginal gain of early childhood stimulation will by definition go to children from socially, culturally and economically disadvantaged homes. It is for this reason principally that a universal strategy may yield a very high individual *and* social return.

During the decades of childcare expansion the Nordic countries learned these lessons the hard way. Subsidized childcare was, in the past, denied to unemployed mothers and to mothers on maternity or parental leave. Since un-

---

<sup>27</sup> The main weakness of the model is that it does not provide serious incentives for fathers to take up their share of parental leave and, as argued, this may have a negative impact on births.

employment correlates with low education, low incomes, and with multiple family problems it is evident that these children and mothers will benefit disproportionately from enrolment (caring for small children is also an obstacle to finding work). Similarly, long child leaves turn out to be very concentrated in immigrant families – again a group for whom early childhood enrolment is urgent. Also, our societies now include very large – and recent – immigrant communities that, for a host of reasons, have difficulties in integrating and ensuring that their children will. For all these reasons there is a strong case, indeed, in favour of special ‘affirmative action’ measures that will give children from underprivileged milieus an extra boost *as early as possible*. To exemplify, some municipalities in Denmark are experimenting with a busing system that will redistribute pre-school children so as to combat heavy ethnic or class segregation in childcare and kindergartens. Similarly one might favour the most at-risk children by placing them in top-quality care centres. And one may even contemplate a more elaborate ‘carrot and stick’ policy. In many immigrant communities husbands are loath to allow their wives to work and this indirectly also means that their children do not attend pre-school institutions. If social assistance and other public transfers were made conditional on childcare attendance, one may help eradicate yet another source of social inequality.

Early childhood experiences may be the most crucial, but it is evident

that a child investment strategy should not stop at age 6. This paper deliberately focuses on early childhood and this is therefore not the place to debate education policy, except to stress one detail. Mothers’ reconciliation problems do not end once children begin in school and unwarranted differences in childrens learning abilities continue throughout their school years. Exactly as insufficiently flexible (or too short) child centre hours pose major difficulties for parents, so does the part-day nature of school attendance. And we need to preoccupy ourselves also with the kinds of activities that children pursue after the formal school day ends. It is a pretty safe bet that children from culturally and income poor families are more likely to be parked in front of the TV. If so, offering ‘after-hours activities’, be they sports, music lessons or chess, in the school premises should produce an additional beneficial effect. Apparently only 3% of Dutch school children participate in such activities compared to 80% in Denmark.

### Conclusions

Any discussion of welfare reform in the 21st Century must accept a number of givens, novel circumstances that no rational policy maker can pretend will disappear in future. The first is that women’s embrace of lifelong employment is here to stay. The second is that success in life depends more and more on possessing adequate skills. The third is that the family is increasingly fragile and less equipped to shoulder conven-

tional welfare responsibilities. And the fourth is that population ageing cannot be halted over the next 4 decades.

If our goal is to build a welfare architecture that better responds to the new realities there are compelling reasons to give first priority to children. First, and foremost, it is the obligation of social policy to ensure equal opportunities for society's children. Secondly, and virtually by definition, the task of social policy is to insure its future citizens against social risks. And today's children will face different and more intense risks than previous generations. Thirdly, for any nation that it genuinely committed to a future with minimal social exclusion and maximum economic competitiveness, investing in our children must come first. And fourthly, if we succeed in having many healthy kids today, you and I will have a better assurance of a good retirement in the years to come.

As we contemplate welfare reform we also need yardsticks of equity and justice, in particular because the kinds of policies that will help establish a positive equilibrium do not come cheap – and they will coincide with the heavy financial pressures that aging produces. A child-centred welfare strategy combines two elements that must dictate our equity fundamentals. It represents, on one hand, a substantial investment component. Expenditures that benefit child welfare today yield a positive return over many years. On the other hand, it represents also a unique combination of individual private gains and

positive social externalities. At the core of the new welfare edifice lies therefore a strong social investment component that logically requires redistributive financing.

If we desire to improve upon both the quantity and quality of children, my treatment suggests that – on either front – there exists no single ready-made policy remedy. The reasons why citizens have a sub-optimal number of children are multifaceted. Much of the child-deficit boils down to the problems of reconciling motherhood and careers and it is not difficult to demonstrate that a well-designed package of leave entitlements and affordable childcare is a first and necessary precondition. But there is also much evidence that suggests that such a package needs to be accompanied by factors that are usually ignored, such as the characteristics of female employment. It is also very likely that a new optimal fertility equilibrium will necessitate a fundamental change of the male life course.

When we examine contemporary life course change it is immediately evident that women have been doing the lion's share of the changing. Put crudely, women are adopting a life course pattern that is ever more masculine. In contrast, men have – except at the margin – hardly altered their life course behaviour. In the past, women's primary concern when contemplating maternity was their husbands' earnings power. This male role is losing relevance since women's concerns centre increasingly on their personal opportunity costs.

Hence, the relevance of the male in the fertility equation will increasingly hover around his contribution to child care and domestic chores. It may be that a new fertility equilibrium requires that men embark on a ‘feminization’ of their life course. A major obstacle to this lies in the intensifying competitive nature of economic life. As Sweden exemplifies, policy cannot be effective if the incentives are strong enough. Since the Swedish earnings structure is unusually compressed, adapting the Swedish approach may be difficult or costly in other countries.

The pursuit of child quality is similarly multifaceted, but it is clear that our attention must focus on the family milieu. A first and necessary step is, without question, to minimize economic insecurity within families and, hence, some kind of public guarantee against child poverty would appear an urgent priority. But there is growing awareness that ‘money’ matters perhaps less than ‘culture’, something that would appear to paralyze policy making. And, yet, we have evidence that investments in children’s early development via quality care and other intervention programmes yield very positive results. The key, in a way, lies in minimizing the parental impact among those children that are unluckily born. The US Head Start programme informs us that targeted intervention can produce excellent results, but then the beneficiary group ends up being far smaller than the truly needy population. Scandinavian experience suggests that we may reap a much great-

er benefit via universal and quality-invariant childcare.

Finance ministers are likely to oppose such reforms, pointing to the very high costs involved. Were we simply to take Danish practice as a yardstick of what kinds of financial requirements might be involved, we would have to convince the finance ministry to come up with something equivalent to 4 per cent of GDP. To give some perspective, this is only slightly less than what the Dutch government currently spends on all education (and about 2/3rds of what the Danish and Swedish governments spend). It is also slightly more than what it would cost for government to provide full service coverage against old age dependency.

Any cost estimate must, nevertheless, take two key considerations into account. Firstly, the kinds of expenditures that will foster more fertility are pretty much the same that will promote child quality and, hence, the same spending commitment kills two birds –indeed three -- with one stone. Affordable and accessible childcare helps raise fertility (maybe increasing the TFR by 0.3 points, as Danish estimates suggest), mothers’ employment (again perhaps by 3 percentage points for every 10 percent reduction in price), and it benefits child development, especially for disadvantaged children. Secondly, the initial public spending on childcare – by far the heaviest spending item within the package – will yield a net positive return to government in the long haul – at least if *mothers em-*

*brace a full-time, full-life employment preference. And thirdly, we will probably end up spending similarly, be it through the public purse or from peoples' own pockets. When we debate costs we should always remember that what is cheap for the government ends up more expensive for the citizen. The real issue is how the final financial allocation affects equity and efficiency.*

To end, I emphasize the importance of the long haul for two reasons. One, there is in my opinion only one way

to conduct good welfare policy analysis and that is to think in terms of the dynamics of peoples' life course. Two, policy making is myopically timed to the electoral cycle and will, accordingly, easily under-prioritize reforms – however urgently needed – that mainly produce rewards in the long run -- when we are all dead. Realizing how different phases of the life cycle are interconnected goes a long way in improving our ability to pursue the right kinds of welfare reform.

References

- AABERGE, R., COLUMBINO, U. AND DEL BOCA, D. (2005): "Women's participation in the labour market and fertility" in T. Boeri, D. Del Boca and C. Pissaridis (eds.), *Women at Work. An Economic Perspective*. Oxford: Oxford University Press; pp. 121-239.
- ANDERSON, P. AND LEVINE, P. (2000): "Childcare and mothers' employment decisions" in D. Card and R. Blank (eds.), *Finding Jobs*. New York. Russell Sage
- BERNARDI, F. (2005): "Public policies and low fertility", *Journal of European Social Policy*, 15: 123-138.
- BIANCHI, S. (2000): "Maternal employment and time with children", *Demography*, 37: 401-14.
- BIANCHI, S., COHEN, P., RALEY, S. AND NOMAGUCHI, K. (2004): "Inequality in parental investment in child-rearing" in K. Neckerman (ed.) *Social Inequality*. Russell Sage; pp. 189-219.
- BLAU, D. AND ROBINS, P. (1989): "Fertility, employment and childcare costs", *Demography*, 26 (2).
- BOWLES, S., GINTIS, H. AND OSBORNE, M. (2001): "The determinants of earnings: A behavioural approach", *Journal of Economic Literature*, XXXIX; pp. 1137-1176.
- CASTLES, F. (2003): "The world turned upside down: below replacement fertility, changing preferences and family friendly policy in 21 OECD countries", *Journal of European Social Policy*, 13 (3).
- CERC (2004): *Child Poverty in France*. Paris: Conseil de L'emploi, des Revenues et de la Cohesion Sociale (Report number 4)
- CORAK, M. (2004b): "Child poverty in rich nations", Unpublished paper, UNICEF Innocenti Research Centre, Firenze (May7).
- CURRIE, J. (2001): "Early childhood intervention programs", *Journal of Economic Perspectives*, 15: 213-238.
- DATTA GUPTA, N. AND SMITH, N. (2002): "Children and career interruptions: the family gap in Denmark", *Economica*, 69: 609-629.
- DATTA GUPTA, N. OAXACA, R. AND SMITH, N. (2003): "Swimming upstream. Floating downstream", *CLS Working Paper*, 01-06. Department of Economics, Aarhus University.
- DEDING, M. AND LAUSTEN, M. (2004): "Choosing between his time and her time?", Unpublished paper, *Danish Institute for Social Research* (March).
- DE GRAAF, P. (1998): "Parents' financial and cultural resources, grades, and transitions to secondary school", *European Sociological Review*, 4: 209-21.
- DEL BOCA, D. (2002): "The effect of childcare and part time in participation and fertility of Italian women", *Journal of Population Economics*, 15: 549-73.
- DE SANTIS, G. (2004): "The monetary cost of children", *Genus*, LX, 1: 161-83.

- DUNCAN, G. AND BROOKS-GUNN, J. (1997): *Consequences of Growing Up Poor*. New York: Russell Sage.
- ERIKSON, R. AND JONSSON, J. (1996): *Can Education be Equalized? The Swedish Case in Comparative Perspective*. Boulder, Col: Westview Press.
- ERMISCH, J. (1988): "The econometric analysis of birth rate dynamics in Britain", *Journal of Human Resources*, 23 (4).
- ERIKSON, R. AND JONSSON, J. (1996): *Can Education be Equalized? The Swedish Case in Comparative Perspective*. Boulder, Col: Westview Press.
- ERMISCH, J. AND FRANCESCONI, M. (2002): "The effect of parents' employment on children's educational attainment", *ISER Working Paper*, 21, University of Essex.
- ESPING-ANDERSEN, G. (2004): "Education and equal life chances. Investing in Children" in O. Kangas and J. Palme (eds.) *Social Policy and Economic Development in the Nordic Countries*. London: Palgrave Macmillan.
- ESPING-ANDERSEN, G. (2005): "Inequality of Incomes and Opportunities" in A. Giddens and P. Diamond (eds.) *The New Egalitarianism*. Cambridge: Polity Press.
- ESPING-ANDERSEN, G. Gallie, D., Hemerijck, A. and Myles, J. (2002). *Why We Need a New Welfare State*. Oxford: Oxford University Press.
- ESPING-ANDERSEN, G., GUELL, M. AND BRODMANN, S. (2005): "When mothers work and fathers care. Joint household fertility decision making", *DEMOSOC Working Paper*, no.4. Universitat Pompeu Fabra.
- ESPING-ANDERSEN, G AND SARASA, S. (2002): "The generational conflict revisited", *Journal of European Social Policy*, 12: 5-22.
- EVERS, A., LEWIS, J. AND RIEDEL, B. (2005): "Developing childcare provision in England and Germany", *Journal of European Social Policy*, 15: 195-210.
- GAUTHIER, A AND HATZIUS, J. (1997): "Family benefits and fertility: an econometric analysis", *Population Studies*, 38, 3: 295-306.
- GONZALEZ, M AND JURADO, T. (2005): "Is there a minimal set of conditions before having a baby?", *DEMOSOC Working Paper*, Universitat Pompeu Fabra (June).
- GORNICK, J. AND MEYERS, M. (2003): *Families That Work*. New York: Russell Sage.
- GREGG, P., WASHBROOK, E., PROPPER, C. AND BURGESS, S. (2005): "The effects of mother's return to work decision on child development in the UK", *The Economic Journal*, 115: 48-80.
- GUSTAFSSON, S. (2001): "Optimal age at motherhood: theoretical and empirical considerations on postponement of maternity in Europe", *Journal of Population Economics*, 14, 2: 225-247.
- GUSTAFSSON, S. AND KENJOH, E. (2004): "New evidence on work

- among new mothers”, *Transfer. European Review of Labour and Research*, 10: 34-47.
- GUSTAFSSON, S. AND STAFFORD, F. (1992): “Childcare subsidies and labor supply in Sweden”, *Journal of Human Resources*, 27: 204-30.
- HAKIM, K. (1996): *Key Issues in Women’s Work*. London: Athlone.
- HAVEMAN, R. AND WOLFE, B. (1995): *Succeeding Generations. On the Effects of Investments in Children*. New York: Russell Sage Foundation.
- HECKMAN, J. (1999): “Doing it right: job training and education”, *The Public Interest*, pp. 86-106.
- HECKMAN, J. AND LOCHNER, L. (2000): “Rethinking education and training policy: understanding the sources of skill formation in a modern economy” in S. Danziger and J. Waldfogel (eds.) *Securing the Future*. New York: Russell Sage. pp. 47-86.
- JENSEN, P. (2002): “The postponement of child birth: does it lead to a decline in completed fertility or is there a catch-up effect?” Unpublished paper, Department of Economics, Aarhus University (November).
- KAROLY, L. ET.AL. (1998): *Investing in our Children. What We Know and Don’t Know About the Benefits of Early Childhood Investment*. Santa Monica, Ca: Rand Corporation.
- KLEVEMARKEN, A. (1998): “Microeconomic analyses of time use data. Did we reach the promised land?” Unpublished paper, Department of Economics, Uppsala University (May 15).
- KOHLER, H.P., BILLARI, F., AND ORTEGA, J.A. (2002): “The emergence of lowest-low fertility in Europe”, *Population and Development Review*, 28, 4: 641-80.
- KNUDSEN, L. (1999): Recent fertility trends in Denmark. The impact of family policy in a period of increasing fertility”, *Danish Centre for Demographic Research*, Research Report, n°11.
- KRAVDAL, O. (1996) “How the local supply of daycare influences fertility in Norway”, *Population Research and Policy Review*, 15 (3).
- KREYENFELD, M. AND HANK, K. (1999): “The availability of childcare and mothers’ employment in West Germany”, *DIW Discussion Paper*, 191
- LIVI-BACCI, M. (2001): “Comment: desired family size and the future course of fertility”. *Population and Development Review*, 27 (supplement): 282-89.
- MAURIN, E. (2002): “The impact of parental income on early schooling transitions”, *Journal of Public Economics*, 85: 301-32.
- MAYER, S. (1997): *What Money Can’t Buy*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- MAYERS, M., ROSENBAUM, D., RUHM, C. AND WALDVOGEL, J. (2004): “Inequality in early childhood education and care: what do we know?” in K. Neckerman, ed.

- Social Inequality*. New York: Russell Sage. pp. 223-270.
- MCDONALD, P. (2000): "The "tool-box" of public policies to impact on fertility", Paper presented at the *European Observatory on Family*, Sevilla, September 15-16.
- McDonald, P. (2002): "Low fertility:unifying the theory and the demography". Paper presented at the *Population Association of America*, Atlanta, 9-11 May.
- NEYER, G. (2003): "Family policies and low fertility in Western Europe", *Max Planck Institute for Demographic Research Working Paper*, 2003-021.
- OECD (2000): *Trends in International Migration*. Paris: OECD
- OECD (2002): *Babies and Bosses. Reconciling Work and Family Life*. Volume 1. Paris: OECD.
- OECD (2003): *Knowledge and Skills for Life*. Paris: OECD.
- PRESTON, S. (2004): "The value of children" in D. Moynihan, T. Smeeding and L. Rainwater (eds.) *The Future of the Family*. New York Russell Sage. pp. 263-67.
- RAMEY,S. AND RAMEY, C. (2000): "Early childhood experiences and developmental competence" in S. Danziger and J. Waldvoegel (eds.) *Securing the Future. Investing in Children from Birth to College*. New York: Russell Sage. pp. 122-150.
- RUHM, C. (2004): "Parental employment and child cognitive development", *Journal of Human Resources*, 34: 155-92.
- ROSEN, S. (1996): "Public employment and the welfare state in Sweden", *Journal of Economic Literature*, 34: 729-40.
- SHAVIT, Y AND BLOSSFELD, H.P. (1993): *Persistent Inequality*. Boulder: Col: Westview Press.
- SLEEBOS, J. (2003): "Low fertility rates in OECD countries", *OECD Social, Employment and Migration Working Paper*, 15.
- STORESLETTEN, K. (2000): "Sustaining fiscal policy through immigration", *Journal of Political Economy*, vol. 108, 21:300-323.
- VAN DE KAA, D. (2001) : "Postmodern fertility preferences: from changing value orientation to new behavior", *Population and Development Review*, 27 (supplement): 290-331.
- WALDVOGEL, J. (2002): "Child care, women's employment and child outcomes", *Journal of Population Economics*, 15: 527-48.
- WALDVOGEL, J., HIGUCHI, Y. AND ABE, M. (1999): "Family leave policies and women's retention after childbirth", *Journal of Population Economics*, 12: 523-46.
- WALDVOGEL, J. HAN, W. AND BROOKS-GUNN, J. (2002): "The effects of early maternal employment on child cognitive development", *Demography*, 39: 369-92.



# LA MATERNIDAD EN EL SENO DE LAS PAREJAS LESBIANAS:

CAMBIOS, CONTINUIDADES Y RUPTURAS  
RESPECTO A LOS MODELOS FAMILIARES Y MATERNALES

ELIXABETE IMAZ

## RESUMEN

DESDE 1988, LA LEY ESPAÑOLA SOBRE REPRODUCCIÓN ASISTIDA POSIBILITA LA MATERNIDAD EN EL SENO DE PAREJAS LESBIANAS, AUNQUE EL RECONOCIMIENTO JURÍDICO PARA LA MADRE NO-BIOLÓGICA SÓLO SE PRODUCIRÁ A PARTIR DE LA LEY DE MATRIMONIOS HOMOSEXUALES DE 2005. LA PROGRESIVA UTILIZACIÓN POR PARTE DE PAREJAS DE MUJERES DE TÉCNICAS REPRODUCTIVAS PARA CONSEGUIR SER MADRES ABRE INTERESANTES VÍAS DE REFLEXIÓN Y DE INVESTIGACIÓN SOBRE LA EVOLUCIÓN DE LA(S) FAMILIA(S) Y SOBRE LA CONCEPCIÓN DE LA MATERNIDAD. EL ARTÍCULO ABORDA ALGUNAS DE LAS CARACTERÍSTICAS ESPECÍFICAS DE ESTAS NUEVAS FORMACIONES FAMILIARES Y BUSCA ANALIZAR ALGUNAS DE LAS CUESTIONES ABIERTAS POR SU PROGRESIVA EXTENSIÓN Y VISIBILIDAD SOCIAL.

### *Introducción*

La legalización de los matrimonios homosexuales del 2005, que contempla la posibilidad tanto de la adopción conjunta como de la coadopción de los hijos e hijas del cónyuge, fomentó durante unas pocas semanas un debate fervoroso que giró, fundamentalmente, en torno a los posibles efectos perniciosos que sobre los menores podría comportar convivir bajo la tutela de una pareja homosexual. El debate, sin embargo, tendió a centrarse más en las parejas

masculinas y, curiosamente, apenas se hizo mención a una situación que, de hecho, se está produciendo de forma más o menos invisible pero, a la vez, progresiva desde 1988: el recurso de parejas lesbianas a técnicas reproductivas como medio de formación familiar.

En este artículo quiero fijarme en la situación peculiar que se produce respecto a las maternidades lesbianas a nivel estatal, que contrasta de forma notable con gran parte de la situación Europea y, hay que añadir, del mundo.

Independientemente de la importancia numérica que las formaciones familiares compuestas por una pareja de lesbianas y sus hijos/as puede tener ahora o en el futuro próximo —datos de los que se carece más allá de aproximaciones poco fiables— considerar las maternidades lesbianas posibilita ampliar el concepto de maternidad, excesivamente encerrado en una idea de familia inflexible y única —es decir, la familia nuclear compuesta por un hombre, una mujer y los hijos e hijas de ambos—. Al dirigir la atención a estas familias se puede percibir el cambio en la evolución de los modelos familiares, comprender aspectos concretos de la maternidad y, también, replantear los fundamentos de las relaciones de parentesco en las sociedades contemporáneas. En este artículo trataré de esbozar algunas de estas cuestiones<sup>1</sup>.

Mi análisis no parte, en consecuencia, de catalogar a este tipo de familias como un caso excepcional o anecdótico, menos aún como una desviación respecto a la familia tradicional desde la que cualquier otro tipo familiar es definido como carente o incompleto. Muy al contrario, considero a estas familias dentro de lo que del Valle *et al.* definen como “modelos emergentes”, es decir,

“constructos con entidad, peso referencial y en ciertos casos influencia normativa que incorporan nuevos significados y valores, nuevas éticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones” (del Valle *et al.*, 2002: 15). Dado que se trata de experiencias novedosas y que atañen a pocas personas, puede que se ignoren, se invisibilicen y no sean reconocidos como relevantes desde el punto de vista de la organización social. Pero a pesar de su apariencia de experiencia aislada o individual, estos modelos emergentes pueden tener capacidad de impregnar la sociedad y posibilitar el cambio social e individual, en especial en aquellas situaciones en las que las personas actúan con intencionalidad de cambio (*ibídem*: 13).

*La diversidad de las familias lesbianas y el recurso a las tecnologías reproductivas.*

Con el término familias lesbianas<sup>2</sup> me refiero a mujeres que dentro de una relación de pareja homosexual crían y educan en común uno o varios niños. Si bien puede dudarse de la novedad de este fenómeno y argumentarse que las familias compuestas por parejas lesbianas han existido siempre, lo que sí es, sin lugar a dudas, novedoso es presen-

<sup>1</sup> La maternidad lesbiana es una de los tipos de maternidad que tomo en cuenta en mi trabajo de investigación doctoral sobre la decisión y la experiencia de convertirse en madre y el ejercicio de la maternidad de las mujeres vascas contemporáneas.

<sup>2</sup> Como a veces se ha remarcado, la utilización del término familias lesbianas es un tanto equívoca ya que es la relación entre las dos mujeres adultas y no el resto de relaciones que se recrean en ese espacio familiar las que pueden adjetivarse de tal manera. Sin embargo, la extensión de su uso tanto en la literatura francesa como en la de lengua inglesa y el mantenimiento del término en las traducciones realizadas al castellano me inclinan a utilizarlo.

tarse socialmente como proyecto familiar y la reivindicación de la legitimidad de ese proyecto.

En algunos casos las familias lesbianas pueden adquirir la forma de una familia recompuesta en la que al menos una de los miembros de la pareja aporta los hijos/as de su relación heterosexual anterior. Lo tardío de la introducción de la disolución del matrimonio en la legislación española, la relativa baja incidencia del divorcio en comparación a otros países y la reticencia a crear nuevos vínculos de pareja por parte de las mujeres, posiblemente, sean razones por las que este tipo de familia sea escasa —de nuevo debemos dejarnos llevar por un conocimiento inmediato ya que también se carece de datos al respecto— y sobre todo, dada la invisibilidad de las mujeres lesbianas en general, no se haya conocido en este entorno un debate al respecto. En todo caso, la novedad de estas formaciones familiares es limitada, ya que se recomponen a partir de una familia y un proyecto familiar anterior y en ellas existe un padre reconocido y, normalmente, con derechos respecto a la o al menor.

En algunas ocasiones, adopciones en solitario por parte de mujeres solas han camuflado adopciones de facto de parejas homosexuales, legalmente impedidas a hacerlo como tales. Sin embargo, son pocos los casos en los que

una mujer fuera del matrimonio pueda iniciar un proceso de adopción, que implica el sometimiento a todo un largo proceso sobre la idoneidad de la candidata y en el que las dificultades que se encuentran en el camino pueden ser son numerosas<sup>3</sup>.

En el caso de una pareja de mujeres lesbianas que desde un proyecto original y propio busque tener un hijo o hija, la opción más cómoda, factible y rápida ha resultado la de la inseminación. Al tratarse, en principio, de mujeres fértiles, las posibilidades de éxito de estas técnicas son altas. Además, como en toda maternidad biológica, y a diferencia de las adopciones, no es necesario probar la capacidad de la mujer para el ejercicio de la maternidad.

Las inseminaciones pueden ser de donante conocido o de donante desconocido. En el primer caso, no existen mediadores entre la mujer que se somete a la inseminación y el donante. La pareja de mujeres busca un candidato que se preste a donar su semen y se comprometa a no reclamar el vínculo de paternidad que, desde el punto de vista jurídico, el engendramiento establece. Sin embargo, esta renuncia es sólo un acuerdo entre las partes que no tiene ningún respaldo desde el punto de vista legal, pues el semen no mediado por instituciones transmite identidad y crea filiación, por lo que tanto la mujer

<sup>3</sup> Aunque legalmente desde 2005 los matrimonios homosexuales están capacitados para adoptar en conjunto, dado que la mayor parte de las adopciones son internacionales y que los países de origen de los niños no aceptan la adopción por parte de una pareja homosexual, en la práctica, esta posibilidad queda truncada. Queda, eso sí, una vez finalizados los trámites de adopción individuales, la posibilidad de una coadopción ya en el país de destino por parte de la pareja.

que gesta al bebé como el hombre podrían en el futuro reclamar los derechos y deberes que como padre al donante le corresponden. Esta es la razón por la que, en la mayor parte de los casos, las mujeres prefieren recurrir a la donación anónima por medio de una clínica de fertilización asistida, evitando la incertidumbre respecto a las conductas de los implicados en el futuro. No hay que obviar, tampoco, que la participación de un donante conocido provoca una quiebra en la concepción de la pareja monogámica, a la que se le otorga un carácter exclusivo en el ámbito de lo sexual, afectivo, procreativo y de convivencia que puede resultar difícil de gestionar entre los implicados. La inseminación mediada por una clínica, en definitiva, garantiza la renuncia a los derechos paternales del donante y impide la posibilidad de reclamación sobre el hijo o hija en el futuro, evita contrariedades que puedan derivarse de la irrupción de un tercero en la relación de pareja y, además, asegura la higiene y la calidad tanto del semen como de todo el proceso.

Es este último caso de formación de familias lesbianas a las que en principio me referiré en adelante: es decir, mujeres que desde un planteamiento de pareja han acudido a una Clínica de Fertilidad buscando un embarazo a partir de un donante desconocido.

### *Deseo de maternidad, derecho a elegir y tecnologías reproductivas*

La ley española sobre tecnologías reproductivas de 1988 define como re-

ceptoras y potenciales usuarias de la fertilización asistida a las mujeres en general, sin imponer el requisito de infertilidad como modo de acceso ni exigir, tal y como ocurre en otros países, que se trate de una mujer casada o con pareja heterosexual que asuma la paternidad en caso de lograr el nacimiento de un bebé. De modo que toda mujer mayor de 18 años, debidamente informada y que goce de las condiciones de salud que el cuerpo médico defina como adecuadas puede, legalmente, recurrir a este tipo de técnicas y convertirse en madre.

Probablemente, la redacción de esta ley pretendía salvar el escollo que suponía en la época el aumento de parejas de hecho heterosexuales, y no tanto tomar en cuenta la situación concreta de las mujeres lesbianas. Sin embargo, tuvo como consecuencia no buscada ampliar las posibilidades efectivas de acceder a modelos familiares diversos.

A pesar de ello, el uso de esta ley por parte de parejas de lesbianas no ha sido grande durante estos años: pocas conocían las posibilidades ni disponían de los recursos para acceder a ellas. La mayoría de las mujeres lesbianas asumían que sus relaciones de pareja eran no reproductivas y la maternidad quedaba, en consecuencia, fuera de sus proyectos. Es el conocimiento de casos cercanos lo que, paulatinamente, ha introducido el proyecto de la maternidad dentro del campo de lo posible de muchas parejas de mujeres.

De modo que la inseminación artificial aplicada a parejas lesbianas rompe

con la orientación inicial de estas técnicas: procurar que un mayor número de parejas accediesen al modelo de familia nuclear normal. Si la aplicación de tecnologías reproductivas trata de manipular lo natural buscando precisamente la apariencia de una familia naturalizada o normal —aún cuando la naturaleza lo impide—, su consecuencia no buscada, sin embargo, ha resultado ser ampliar las posibilidades efectivas de acceder a modelos familiares diversos.

Bestard observa que el deseo, la voluntad de ser padres es, en las sociedades contemporáneas con acceso a tecnologías reproductivas, el argumento primero para considerarse padre o madre:

“Los padres son ahora aquellos que planean tener un hijo, puesto que la descendencia satisface sus deseos y se afirma que esos deseos son naturales, es decir, su deseo de reproducirse y no los hechos de la reproducción. Ese deseo es lo que se percibe ahora como natural y lo que termina obteniendo un reconocimiento social” (1998: 214)

Ser madre, más allá de un rol o una función pasa a ser interpretado como un derecho de las mujeres. Es así que se hablará de la democratización de la maternidad, en la que no sólo un porcentaje cada vez mayor de mujeres se convierten en madres —aunque cada una de ellas tenga menos hijos— (Luxán 2005), sino que la posibilidad efectiva de ser madre acaba adquiriendo el carácter de una cuestión de igualdad y la infertilidad puede leerse como una discriminación respecto a las personas fértiles.

De modo que la inseminación artificial se convierte en la garante de posibilitar la maternidad a aquellas mujeres —en solitario o en pareja, heterosexuales u homosexuales— que muestren un deseo de ser efectivamente madres. En esta idea del parentesco como acto de pura elección se exige de la tecnología que adecue la biología a esas elecciones.

En definitiva, por medio de las nuevas tecnologías reproductivas el “derecho a elegir” que el movimiento feminista viene reclamando hace décadas, se amplía, de facto, en una dirección inicialmente no prevista. Para el feminismo la idea de elegir significaba elegir no tener hijos en un momento determinado mediante técnicas dirigidas a limitar y controlar las capacidades reproductivas. Ahora, elegir incluye tener hijos incluso cuando se es físicamente incapaz, o cuando el tipo de relaciones sexuales que se mantienen no son reproductivas. Es decir, se trata de extender y crear las capacidades reproductivas (Nelson 1996:4). De esta forma, las tecnologías reproductivas, denostadas a menudo desde el movimiento feminista (Esteban 2001:40 y ss.) se convierten, a los ojos de muchas mujeres, en un paso de liberación e incremento de autonomía.

#### *La influencia legislativa en la redefinición de la maternidad y la parentalidad*

Respecto a las otras formas de formación familiar por parte de parejas lesbianas, la inseminación por donante desconocido mantiene un elemento co-

mún: sólo una de las mujeres disfruta de un vínculo jurídico de maternidad con el niño o niña, mientras que la otra sólo podría lograr este vínculo por coadopción. Además, en los casos de inseminación, este vínculo jurídico inicial con la mujer que ha dado a luz se establece automáticamente en el nacimiento y se basa en un dato genético y fisiológico: la aportación de material biológico y, fundamentalmente, el parto.

Sin embargo, hay un dato que establece una radical diferencia entre esta formación familiar derivada de la donación anónima y el resto de posibilidades citadas: la inexistencia del padre desde el momento mismo del engendramiento. Y esta inexistencia del padre es elegida y buscada, está en el origen mismo del proyecto de formación familiar. No es que nadie asuma la paternidad, sea por muerte, por abandono, por propio acuerdo con la madre o negación de la filiación, sino que literalmente el padre no existe, ya que la donación incluye la renuncia explícita al vínculo que el semen transmite. En consecuencia la ausencia de un padre no es vivida como carencia, sino como característica misma de este tipo de familia.

A diferencia de las parejas heterosexuales en las parejas de mujeres homosexuales que deciden concebir un hijo o hija respecto, en principio, cualquiera de las dos podría gestar al bebé. La negociación sobre esta cuestión no suele suponer, en general, mayores dificultades y la decisión parece ir, a menudo, vinculada al contexto familiar —los sobrinos que cada una de ellas tenga y el número de nietos que tienen los padres respectivos<sup>4</sup>— y también a las condiciones físicas: a veces ser o no ser fumadora, los antecedentes de salud y, sobre todo, la edad aparecen como elementos determinantes. Si el proyecto familiar contempla tener dos hijos, es frecuente que las mujeres intenten llevar un embarazo adelante cada una. A veces se plantea un turno en el que si una no consigue la concepción tras un plazo determinado, la otra asume el proceso que siempre es inequívocamente definido como duro, angustiante y estresante.

Sin embargo, aunque los criterios para decidir quién se someterá al embarazo pueden ser banales —ser unos meses más joven, por ejemplo— las consecuencias son enormes, ya que la entrada

---

<sup>4</sup> He constatado que las referencias a los padres de ambas miembros de la pareja, es decir, los abuelos de las criaturas que van a nacer son una constante en las entrevistas que he realizado. Cadoret (2002), en su estudio sobre Francia, menciona la familia de origen como un tipo de argumento que es planteado a la hora de elegir quién se someterá a la inseminación: ser hija única o que los padres tengan ya nietas/os de otro hermano o hermana son elementos tomados en cuenta a la hora de decidir. Estos mismos argumentos parecen barajarse en las parejas por mí entrevistadas. La inquietud por la reacción de los abuelos y abuelas ante el anuncio del embarazo se menciona a menudo y sus actitudes se tienen en consideración en la definición del proyecto familiar. Esta constante preocupación que por sus padres muestran las mujeres entrevistadas es un indicador de la medida en que los lazos familiares son uno de los valores y referentes fundamentales de las personas en, al menos, nuestro contexto.

en la parentalidad de una no implica la entrada en la parentalidad de la otra.

En las parejas heterosexuales casadas, la presunción matrimonial convierte al marido en padre de los hijos nacidos de su esposa. En la filiación no matrimonial el varón asume sus responsabilidades y derechos legales sobre el hijo o hija por medio de su inscripción como padre en el registro civil. Sin embargo, hasta los cambios legislativos relativos a los matrimonios homosexuales de 2005 no había posibilidad de ningún reconocimiento jurídico para el vínculo entre una mujer y el bebé nacido de su pareja femenina<sup>5</sup>. La madre no biológica era totalmente invisible respecto a la tutela del menor y carecía de cualquier tipo de derecho sobre él y ni la convivencia, ni el sustento, ni el apego, ni el cuidado eran argumentos que otorgasen un reconocimiento legal a estas mujeres. Esta falta de reconocimiento impregnaba el conjunto de las esferas del funcionamiento doméstico —en sus relaciones con el colegio, al llevarlo al pediatra e, incluso, en las relaciones de amistad y de vecindad— lo que repercutía en dificultades de orden organiza-

tivo en la vida cotidiana y, a menudo, en un malestar emocional de la pareja y, en especial, de la mujer que no fue quién dio a luz a la criatura.

Hay que destacar que en estas familias se advierte de forma más clara el deseo y la voluntad como rasgo definitorio de las madres o de la parentalidad que ya se ha mencionado más arriba. En la reclamación del derecho a la maternidad la carne y la sangre como origen de la ascendencia pasa a segundo plano, y el deseo del hijo toma protagonismo. Pero en contraste, la reforma legal que procura la ley de matrimonios homosexuales admite exclusivamente dos formas de filiación: la que denomina natural —la que considera el vínculo genético y fisiológico con el recién nacido— y la derivada de la adopción. La ley posibilita la adopción conjunta por parte de dos mujeres o dos hombres (pero nunca más de dos y exige que en el caso de la adopción estos sean cónyuges). En consecuencia, la maternidad de la pareja de la madre no biológica no se establece automáticamente al nacimiento sino que deriva de la coadopción en cuanto que cónyuge<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Antes de la Ley de Matrimonios Homosexuales sólo las leyes sobre parejas de hecho que se pusieron en marcha en unas pocas comunidades autónomas hicieron posible la coadopción por parte de las parejas de estas mujeres, y eso en contados casos, ya que las leyes encontraron numerosos escollos a su aplicación. Sobre esta cuestión consúltese en hemerotecas el 17 de febrero de 2004 que recoge información y reacciones sobre la primera resolución judicial que otorgaba la patria potestad a una mujer sobre las hijas biológicas de su pareja femenina amparándose en la Ley de Parejas de Hecho de la Comunidad Foral de Navarra.

<sup>6</sup> En el momento en que estoy finalizando este artículo se ha hecho pública la noticia de que un matrimonio de mujeres, madres por medio de inseminación artificial, ha conseguido inscribir a la esposa de la madre biológica como progenitora salvando el proceso de adopción que según la ley estaría obligada a realizar. Aunque el procedimiento irregular ha provocado la actuación de la fiscalía, el hecho ha llamado la atención sobre los obstáculos que la ley impone a las cónyuges

Me parece interesante remarcar que desde estas dos leyes que aquí se están mencionando —la Ley sobre Reproducción Asistida y la Ley de Matrimonios Homosexuales— el parto se convierte en el lazo de parentalidad incuestionado, antepuesto tanto al poder del proyecto y el deseo de ser p/madre —como queda patente en la prohibición de cualquier acuerdo que incluya un “vientre de alquiler”<sup>7</sup>—, al poder del vínculo biogenético procurado por el semen o el óvulo —vínculo que queda anulado en el acto de la donación mediada por instituciones— o el vínculo jurídico matrimonial —que por sí mismo no produce parentalidad a no ser que se prejuzgue como proveniente del vínculo biogenético, tal y como lo demuestra la no maternidad inmediata de la esposa de la parturienta—. Así, mientras la persona que comparta la patria potestad puede convertirse en objeto de disputa, la calidad de progenitora y detentadora del vínculo jurídico inmediato con el bebé nacido por parte de la mujer que le ha dado a luz no se cuestiona. Como se aprecia cla-

ramente en el veto legal impuesto a la maternidad subrogada, en el caso de las mujeres no es la aportación del material genético, ni la presunción matrimonial lo que se impone como dato primero de la parentalidad, sino el dato fisiológico de dar a luz.

*La reivindicación de ser madres como las demás*<sup>8</sup>

Tal y como apunta Lewin, (1994:333) hasta fechas muy recientes la maternidad lesbiana ha sido considerada un oximorón, una contradicción, una aparente incongruencia entre los términos ya que sólo en el contexto de una relación heterosexual era posible el engendramiento. Pero la maternidad lesbiana era también un oximorón en la medida en que se definía a la madre como una persona ajena al deseo sexual, al contrario que la homosexualidad, que se piensa vinculada a una intensa vida sexual (Chase 2001). Las mujeres lesbianas que deciden ser madres desde un proyecto de pareja, sin embargo, optan por una conjunción explícita de madre y lesbiana. Al presentarse ante

---

de las mujeres que dan a luz niños nacidos de un proceso de inseminación concebido dentro de un proyecto de pareja. El Gobierno, por su parte, ha declarado considerar la modificación de los artículos que impiden que la filiación de las esposas de estas madres por inseminación sea automática. Consúltese hemeroteca del 17 y 18 de octubre de 2006.

<sup>7</sup> En España, carece de validez cualquier acuerdo que incluya la gestación de un niño para otra mujer o para un hombre que no sea el que aporta el semen. Las madres de alquiler son un recurso para la paternidad utilizado por algunas parejas homosexuales masculinas que queda vetado por la legislación española. La prohibición de la maternidad subrogada se extiende a todos los casos, incluida la posibilidad de que el embrión se forme a partir de un óvulo donado por una mujer que quiera ser madre pero no puede (o no quiere) gestar al bebé. La aportación del óvulo no implica vínculo maternal alguno y, en consecuencia, la maternidad por medio de técnicas reproductivas queda truncada para cualquier mujer que no sea capaz de gestar.

<sup>8</sup> Utilizo aquí la expresión que da título a la obra de Cadoret (2002).

su entorno como “madres lesbianas”, rompen los estereotipos de maternidad pero, a su vez, producen un desbordamiento de los estereotipos sobre la homosexualidad, redefiniendo y, a la vez, desexualizando lo que significa ser lesbiana (*ibídem*: 335).

Es así que si bien, por una parte, la maternidad acerca a las mujeres lesbianas al ideal femenino al realizar la vocación natural y fundamental que tradicionalmente se le supone a las mujeres —es decir, las re-introduce en la feminidad normativa y las re-convierte en mujeres “normales” (Cadoret 2002:148)— el presentarse como madres, abre los interrogantes sobre la definición misma de la maternidad y, también, sobre la definición de la homosexualidad. En palabras de Lewin:

“reclamar el derecho a ser madre supone el repudio de las convenciones de género que definen ‘madre’ y ‘lesbiana’ como identidades inherentemente incompatibles, la primera natural e intrínseca a la mujer, organizada en torno al altruismo, la segunda antinatural y organizada en torno al egocentrismo. Pero vivir como una madre significa crear otras opciones, y estas opciones reescriben la oposición entre ‘madre’ y ‘lesbiana’” (Lewin 1994:350).

Tener un/a hijo/a en el seno de una pareja de mujeres se convierte, a menudo a pesar de las protagonistas, en un acto de reivindicación. Muchas parejas, tras vivir una vida conjunta en la que hacer pública su condición sexual no se establece como ineludible, encuentran que la llegada del bebé se convier-

te en el desencadenante de su visibilización como pareja homosexual pues, independientemente de la intención, encuentran que la llegada del bebé las expone socialmente. Así ocurre ante los vecinos y conocidos, y en no pocas ocasiones ante los propios padres y parientes cercanos, frente los que, tras, a menudo, años si no de ocultamiento sí de silencio, resulta ya ineludible afrontar la evidencia de la relación de pareja. En todos estos contextos, al presentarse socialmente como madres lesbianas —a menudo sin proponérselo y por el hecho mismo de existir— estas familias desestabilizan las concepciones tradicionales de maternidad, de pareja y de familia (Ricard 2001).

En contraste, debe resaltarse que la reivindicación lesbiana, y homosexual en general, de “ser padres como las demás”, es decir, la reclamación de su derecho a ser una familia normal, implica un cuestionamiento relativo de la institución familiar en la medida en que se afirma que la figura paterna —o materna, en el caso masculino— no es imprescindible y que el modo de sexualidad homosexual es compatible con la capacidad de criar y educar un niño. Pero hay que destacar, que más allá de esta reivindicación la concepción de la familia no se aleja excesivamente del modelo familiar constituido a partir de unidades domésticas independientes y organizadas en torno a una pareja de adultos que acaparan las responsabilidades y derechos sobre los hijos que quedan bajo su tutela. La pareja, monogámica, corresidente, con tutela ex-

clusiva sobre los menores sigue siendo el referente.

Otra cuestión que se plantea es hasta qué punto este nuevo tipo familiar implica un trastocamiento profundo de la concepción de la maternidad. Hays (1998) ha definido el modelo de maternidad intensiva como aquel modelo de maternidad protagonista de la crianza en occidente que exige la dedicación exclusiva e individualizada de la madre, sin ser posible delegar ni compartir esa labor ya que sólo el desinteresado amor maternal garantiza la completa entrega a esa absorbente tarea. La orientación natural que a las mujeres se les supone para el cuidado, la atención y entrega al hijo se argumenta por la peculiar psicología femenina volcada a lo expresivo y afectivo pero, sobre todo, se atribuye al espontáneo e instintivo vínculo creado en el embarazo, la estrecha conexión que deriva de haberlo gestado en las entrañas creando un lazo único e insustituible (Imaz 2002). La cuestión que se plantea es cómo gestionarán las dos madres este ejercicio de la maternidad que se considera exclusivo e individual y hasta qué punto se reproducirá en estas parejas la mística del nexo privilegiado madre-hijo continuidad del cordón umbilical.

En los casos que he abordado, la mujer que da a luz es la que asume las labores maternas más importantes tales como el amamantamiento o el abandono del trabajo por baja maternal. Se contempla también la posibilidad de alargar este abandono para dedicarlo a la crianza. La cuestión es si los mode-

los de maternidad que se desarrollen a partir de estas experiencias propiciarán la quiebra del hegemónico modelo de maternidad intensiva que se construye a partir de la sobrerresponsabilización de la madre en la crianza de los hijos e hijas o si la fuerza de este modelo no se impondrá sobre las relaciones que, en principio, se intentan y se proclaman de corresponsabilidad e igualdad entre ambas madres. Así, a pesar de que la insistencia en negar que la ausencia o existencia de lazos biológicos establezca diferencias respecto a la implicación y al sentimiento maternal sea una constante en las parejas que han accedido a la maternidad por medio de inseminación, es cierto también que la propia organización de la maternidad dirige a que, al igual que pasa en las parejas heterosexuales, la mujer embarazada asuma el mayor peso de la crianza al menos en los primeros años de vida (a lo que hay que añadir que en estos casos las bajas maternas no pueden ser en principio compartidas). Esta claro que la negociación cotidiana en el seno de la pareja será un elemento determinante en cómo vayan organizándose la vida familiar y las relaciones materno-filiales. En todo caso estas parejas se saben protagonistas del inicio de un nuevo modelo familiar para el que carecen de antecedentes en los que apoyarse, más allá de las contadas experiencias de amigas cercanas.

### *Conclusión*

En este artículo he abordado algunos aspectos derivados de la situación

inédita que emerge, primero, con la ley sobre reproducción asistida de 1988 y, en los últimos tiempos, con la posibilidad de adopción que otorgan la ley de matrimonios homosexuales de 2005 así como algunas leyes sobre parejas de hecho de ámbito autonómico. Las familias lesbianas aportan, indudablemente, elementos y novedades que cuestionan la universalidad de los roles familiares y apremian a una redefinición de la familia como un concepto plural. Algunas personas pronostican que el recurso a la vieja ley sobre técnicas reproductivas del 1988 junto con la nueva ley de

matrimonios homosexuales va a favorecer un “baby boom lesbiano” como se le denominó ya hace años en Estados Unidos. Desde mi punto de vista será muy interesante seguir lo que está ocurriendo con este tipo de familias, pues fijarnos en ellas —independientemente de la importancia numérica que puedan llegar a tener— ayudará, sin lugar a dudas, a comprender tendencias y aspectos concretos de la maternidad, la evolución de los modelos familiares y los fundamentos de las relaciones de parentesco en las sociedades contemporáneas.

### Bibliografía

- BESTARD, J. (1998): *Parentesco y modernidad*. Barcelona, Paidós Básica.
- CADORET, A. (2002): *Des parents comme les autres. Homosexualité et parenté*. París, Odile Jacob.
- DEL VALLE, T. et al. (coord.) (2002): *Modelos Emergentes en los sistemas y las relaciones de género*. Madrid, Nancea.
- ESTEBAN, M. L. (2001): *Re-producción del cuerpo femenino. Discursos y prácticas acerca de la salud*. Donostia, Gakoa liburuak.
- HAYS, S. (1998): *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona, Paidós Contextos.
- IMAZ, E. (2001): "Mujeres gestantes, madres en gestación. Metáforas de un cuerpo fronterizo" *Política y Sociedad*, 36: 97-111
- IMAZ, E. (2003): "Estrategias familiares y elección reproductiva: notas acerca de la maternidad lesbiana" *ANKULEGI-Revista de Antropología Social*, 7: 69-77.
- IMAZ, E. (2005): "Condicionantes sociológicos de la fecundidad", in B. Arregi (arg.), *Reproduciendo la vida, manteniendo la vida: reflexiones sobre fecundidad y la familia desde la experiencia de Euskadi*. Leioa, UPV/EHUko Argitalpen zerbitzua; 167-205
- LEWIN, E. (1994): "Negotiating Lesbian Motherhood: The Dialectics of Resistance and Accommodation" en Glemm, Chang and Forcey, *Mothering: ideology, Experience, and Agency*. New York/London, Routledge.
- LUXÁN, M. (2005): "La fecundidad en la Comunidad Autónoma de Euskadi. Un estudio generacional", in B. Arregi (arg.), *Reproduciendo la vida, manteniendo la vida: reflexiones sobre fecundidad y la familia desde la experiencia de Euskadi*. Leioa, UPV/EHUko Argitalpen zerbitzua; 123-166.
- NELSON, F. (1996): *Lesbian Motherhood. An Exploration of Canadian Lesbian Families*, Toronto, University of Toronto Press.
- RICARD, N. (2001): *Maternités lesbiennes*. Montreal, Les éditions du remue-ménage et IREF.

# FAMILIA Y CIUDADANÍA DEMOCRÁTICA

MARÍA JESÚS IZQUIERDO  
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

## RESUMEN

LA CONCEPCIÓN LIBERAL DE LA DEMOCRACIA SE APOYA EN UN PACTO IMAGINARIO ENTRE INDIVIDUOS AUTÓNOMOS, LIBRES EN SUS RELACIONES, Y RESPONSABLES DE SOSTENER UNA FAMILIA. SU SOPORTE FUNDAMENTAL ES LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO, ABANDONANDO LA SOLIDARIDAD SOCIAL PARA TRASLADAR A LA FAMILIA ESTE TIPO DE VÍNCULOS. DE AHÍ QUE LAS PERSONAS EN SITUACIÓN DE DEPENDENCIA —NO CIUDADANOS— QUEDEN EXCLUIDAS DEL DEBATE POLÍTICO JUNTO CON LAS MUJERES, UNAS Y LAS OTRAS PASAN SON PATRIMONIO DEL CIUDADANO, Y CON ELLO, LA ATENCIÓN A LAS PERSONAS DEPENDIENTES PARA A SER UNA CUESTIÓN PRIVADA. EN ESTE ARTÍCULO SE ABORDAN LAS TENSIONES DE ESTE MODELO ANTE LOS CAMBIOS SOCIALES MÁS RECIENTES: EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN Y REIVINDICACIÓN DEL ESTATUTO DE CIUDADANAS POR PARTE DE LAS MUJERES.

### *Introducción*

La democracia existente se apoya y legitima con una construcción imaginaria. La de un supuesto pacto entre individuos autónomos que en un acto fundacional establecen las condiciones para la vida en común. Se trata, por tanto, de una concepción contractualista que contradice los planteamientos dominantes de la sociología según los cuales, el individuo es una construcción conceptual, no una realidad a la que se pueda acceder empíricamente. No podemos ni debemos confundir la indivi-

dualidad fisiológica, el hecho de que somos una entidad física, un cuerpo único y diferenciado del resto de entidades físicas que nos rodean y con las que nos interrelacionamos, con la individualidad social. Sólo es necesario apelar al debate mecanicismo-organicismo-sociología crítica para discutir la materialidad del *individuo* y los tres supuestos en discusión: (a) que la sociedad no es sino el resultado de las interacciones sociales, como propugna la visión contractualista hija del mecanicismo, (b) que es la sociedad la unidad autónoma, la cual

configura la persona, sus expectativas, capacidades, percepciones y asigna una función respecto del todo a cada uno de sus componentes, como afirma la visión organicista-funcionalista, y c) la posición que afirma la existencia de grupos sociales en conflicto, entendiendo que el imaginario *sociedad*, no es sino la expresión del poder de un grupo social respecto de los restantes, como propugna la posición conflictivista.

#### *La moderna concepción de ciudadanía*

La referencia obligada de la concepción contractualista de la democracia, dominante en la actualidad, es Marshall. Con una raíz ideológica de carácter liberal, se entiende la ciudadanía como el estatuto que se concede a los miembros de pleno derecho de una comunidad. Las dimensiones de que se compone son tres y aparecen consecutivamente. La primera es la *civil*, consistente en el derecho a la libertad individual, de expresión, de pensamiento y de religión, de propiedad, a establecer contratos, sus valederos son los tribunales de justicia. La segunda es la *política*, el derecho a participar en el ejercicio del poder político, por vía parlamentaria o mediante juntas de gobierno local. La tercera es la *social*, abarca desde el derecho a la seguridad y a un mínimo bienestar económico, compartiendo plenamente la herencia social, al derecho a la vida propia de un ser civilizado según los estándares predominantes de la sociedad. Respecto de esta dimensión de la ciudadanía, las instituciones fun-

damentales son el sistema educativo y los servicios sociales.

El ideario político se articula en torno al principio de libertad de elección, entendiendo que sólo se puede ejercer cuando se ha adquirido la capacidad de elección, exigencia que sin oponerse a las desigualdades sociales, les pone límites: no pueden ser de tal magnitud hagan imposible la capacidad de elección. La ciudadanía social tiene como función primordial compensar las desigualdades que superen ciertos límites, aquellas imprescindibles para el ejercicio de la ciudadanía.

Marshall recoge la visión propia de las teorías contractualistas de un pacto fundacional entre individuos autónomos que acuerdan reglas de juego universales para la gestión de la vida en común. Este pacto ha sido objeto de críticas, desde la perspectiva feminista, la más conocida es la de Carole Pateman (1995). Para esta autora, el pacto originario, además de ser un contrato social, basado en la fraternidad, es un pacto patriarcal, dado que establece el orden de acceso de los hombres a los cuerpos de las mujeres. Así es como la libertad deviene un atributo masculino. El supuesto contrato es el medio por el que se constituye y legitima tanto el patriarcado moderno como el capitalismo. Estableciendo la separación entre la esfera privada y la pública, y la defensa de la privacidad, el ámbito doméstico y el de la empresa quedan en buena medida separados de la vigilancia y la ley. En consecuencia, para las mujeres no existe democracia, no han sido ad-

mitidas en la esfera pública como iguales y como ciudadanas.

De hecho, la exclusión de las mujeres no sólo es una característica del pacto de ciudadanía, es también una condición necesaria para que sea posible. Además del contrato social entre hombres, el moderno concepto de ciudadanía se caracteriza por otras tres modalidades de contrato: el matrimonial, el de trabajo y el de prostitución. Los tres condicionan la situación de las mujeres, y los tres se basan en relaciones de subordinación. Desde la teoría política feminista, se coincide con Pateman en señalar la condición patriarcal de la moderna concepción de la democracia. Al mismo tiempo, se denuncia su carácter liberal, insensible al impacto de las diferencias de poder en la orientación del debate pretendidamente democrático.

Sin embargo, hay que matizar que Marshall toma ciertas diferencias de poder como objeto de atención. De entre los contratos, le preocupa especialmente el laboral entre “el” empresario y “el” trabajador. Reconoce que en el establecimiento de este tipo de contrato se produce desequilibrio de fuerzas. Por ello, uno de los principales logros políticos del siglo XIX ha sido el reconocimiento del derecho a la negociación colectiva, ya que equilibra las fuerzas entre “el” empresario y “los” trabajadores. Los trabajadores unidos pueden oponer en sus negociaciones con el empleador, una fuerza equivalente a la de aquél. Éste es el requisito según él, para que el contrato no se convierta en abuso de

poder. Interpretamos que la implantación de la negociación colectiva buscaría hacer compatibles la desigualdad social y la democracia. De este modo, permitiría situar las relaciones entre el trabajador y el empresario en el ámbito civil. Tolerar el desequilibrio de fuerzas entre el uno y el otro, llevaría las tensiones entre trabajadores y empresarios al ámbito del poder, y las convertiría en materia política, de lucha de poder, de lucha de clases.

Como buen liberal, Marshall se preocupaba de definir la ciudadanía en términos compatibles con el capitalismo, por tanto no veía con buenos ojos que se politizaran las relaciones entre trabajadores y empresarios. Para impedirlo, se requería que uno de los sujetos contratantes, el trabajador, se convirtiera en sujeto colectivo. Este derecho supondría un progreso social, sin ampliar la vertiente política de la ciudadanía, sino ampliando los derechos civiles, dado que las condiciones de contratación forman parte de este ámbito. “Así, la aceptación de la negociación colectiva no fue una mera ampliación natural de los derechos civiles, porque representó la transferencia de un importante proceso desde la esfera política de la ciudadanía a la civil” (Marshall, 1998:49).

Traslademos las reflexiones anteriores a las relaciones entre la “mujer” y el “hombre”. En la actualidad son muchas las voces que se refieren a los cambios en las relaciones mujer/hombre en términos de “nuevo contrato sexual”. ¿Podemos acaso hablar de un “viejo contrato sexual” que justifique referirse al

futuro de las relaciones entre los sexos en términos de “nuevo contrato”? El matrimonio recibe la consideración de un contrato dotado de carácter eminentemente económico. Es más, se acerca al contrato laboral si la mujer no tiene ingresos propios y adquiere el estatus de ama de casa con el matrimonio. Compañero de vida y empleador se confunden en la misma persona. Siendo ese el caso, podríamos hacer consideraciones similares a las que hace Marshall cuando se refiere a los contratos entre trabajadores y empresarios. O se equilibran las fuerzas entre la mujer y el hombre cuando contratan, negociando colectivamente todas las mujeres las condiciones contractuales de cada una en su relación con cada hombre; o se traslada la tensión entre la mujer y el hombre al ámbito de lo político, mediante la lucha feminista.

El camino que se ha tomado ha sido el del centro. Por una parte se le recuerda al hombre la naturaleza contractual de la relación, de ahí la violencia con la que se responde a los maltratos a mujeres, especialmente salvajes cuando la mujer intenta romper la relación contractual. Esa violencia, va menos encaminada a castigar a los maltratadores y más a advertir *a todos los hombres*, que las mujeres no son de su propiedad, que las relaciones que sostienen con ellas no son de servidumbre sino contractuales, y que por lo tanto las mujeres son libres de romper el contrato. Por la otra parte, la lucha feminista denuncia la desigualdad social de las mujeres y reclama medidas de

acción positiva para superarla. De las respuestas sociales al problema de las relaciones entre las mujeres y los hombres se deduce que la democracia y la desigualdad social de las mujeres son incompatibles, sólo que con muchos matices, falta una instancia colectiva de mujeres para negociación de las relaciones “hombre”/“mujer”, la movilización social ocupa ese espacio.

#### *Las críticas desde el feminismo*

Desde el feminismo se advierte que sin el enclaustramiento de las mujeres en la familia, no se podría sostener la ficción de un ciudadano autónomo, aparentemente surgido de la nada, que no requiere atenciones constantes en los primeros años de vida, no se halla eventualmente sometido a enfermedades y discapacidades, ni vuelve a ser nuevamente dependiente los últimos años de su vida. La dependencia se separa del debate político en la misma medida en que la autonomía y la libertad son los rasgos que definen al ciudadano. Al instalar la dependencia en la esfera privada, se origina una relación de dependencias en cadena: las mujeres dependientes de los hombres, las personas dependientes —sean criaturas, personas enfermas, discapacitadas o viejas— de las mujeres para el cuidado y de los hombres para la provisión de recursos.

Autoras como Sheila Benhabib, Iris Young o Nancy Fraser, critican las concepciones liberales de la ciudadanía así como la posición de Habermas sobre su democracia del diálogo entre indi-

viduos, de la que se excluya el poder. En la práctica ambas contienen un imaginario de individuos autónomos, por tanto, es insensible a las desigualdades y diferencias sociales. La concepción individualista y universalista de la ciudadanía comporta que sean hombres adultos, con un nivel social y económico relativamente elevado los que asumen la autoridad, convirtiéndose en la voz del conjunto.

En un sentido similar, Iris Young (1996) advierte que en las sociedades modernas contienen múltiples grupos culturales, algunos de los cuales dominan injustamente los aparatos del Estado. En la práctica, son los hombres dotados de poder económico los que se apoderan de las riendas de lo público. De ahí que contraponga la noción de *ciudadanía como mayoría*, a la *ciudadanía de grupos*, caracterizados por la afinidad, la autoidentificación, y el hecho de ser identificados como tales. A su entender, cuando la ciudadanía se define en términos universalistas y unificados, tiende a reproducirse la opresión grupal existente.

#### *La crítica del ciudadano autónomo*

La historia de la sociedad democrática apoyada en el mito de que los individuos se dotan de reglas de juego que les permitan resolver los problemas derivados de la coexistencia en un mismo territorio en un acto constituyente, no es sostenible por sí sola, no soporta

la prueba de realidad. ¿Cómo mantener viva la idea fantástica de que el ciudadano es un ser autónomo, autosuficiente, libre de ataduras? Compensando el individualismo con la reconstrucción del comunitarismo a escala microsociedad, concentrando en la familia el sentimiento de pertenencia, de participar de una suerte común, el sentimiento de estar vinculados por lazos de solidaridad.

Y ese vínculo excede la voluntad y la libertad, a diferencia de las relaciones sociales tal como se conciben siguiendo una concepción individualista del ser humano. La responsabilidad para con los miembros de la familia es un acto de obediencia que se nutre del sentimiento de solidaridad, entendida ésta como participar de una suerte común. Se requiere todo un aparato de ingeniería social para construir la moderna familia<sup>1</sup> así como la concepción actual de la "obligación familiar". También se requiere para construir la noción de individuo y de "libertad individual".

A la vez que se concibe la sociedad como un agregado de individuos libres e iguales, a la familia se le atribuye una consistencia orgánica, donde las funciones no son cuestión de opción libre, sino responsabilidad moral, y por si acaso también obligación legal. Proveer para que los miembros de la familia puedan satisfacer sus necesidades, defenderles de cualquier amenaza y protegerles, o bien cuidar de las personas que no pueden ocuparse de sí mismas,

<sup>1</sup> Para una genealogía de la familia moderna son imprescindibles las aportaciones de Donzelot (1979).

sea porque no tienen la capacidad física o psíquica para hacerlo o porque sus ocupaciones no dejan tiempo para cuidar de sí, es una obligación moral que se contrae. La base sobre la que se sustenta esa responsabilidad es reconocer que la vida nos ha sido dada, que no somos nadie sin los demás<sup>2</sup>.

Siempre necesitamos de los demás en algún grado. Sostener la idea, contraria a toda evidencia, de que somos independientes y autosuficientes, es un modo de negar que no podemos prescindir de los demás. No aceptar las deudas que se contraen a lo largo de la vida, recibir sin reconocer que se ha recibido y por tanto no verse requerido a establecer vínculos de reciprocidad, permaneciendo sordos a los requerimientos de ayuda que nos puedan hacer, fantaseando que somos nuestra propia obra, son rasgos que corresponde a un imaginario de autosuficiencia que no soporta las pruebas de realidad que ofrece cualquier biografía. El hambre de libertad, el ansia de independencia, la aspiración a la autosuficiencia, son móviles que nos hacen crecer porque constituyen estímulos sumamente atractivos, pero nunca se llegan a realizar en su totalidad. Al mismo tiempo, la pretensión de que somos libres, independientes y autosuficientes, como si se tratara de metas que ya hemos alcanzado, o atributos personales ya realizados, es un indicio de un modo peculiar de so-

cialización que lleva a las personas a no ser capaces de reconocer el peso de las circunstancias y de la historia, y a censurar una parte de su biografía. Se dibujan como seres autosuficientes, cuando los demás requieren sus atenciones se sienten abusados, y que cuando reciben cuidados y atenciones se sienten invadidos o coaccionados.

Esa tensión entre independencia y dependencia se soporta concibiendo una ciudadanía hecha a base de exclusiones, todas ellas relacionadas con distintas dimensiones del cuidado. Porque el estatuto de ciudadano no tiene carácter universal, sino que es una posición con rasgos específicos. La actual concepción de la ciudadanía, si nos referimos al lugar en el que se dibuja, la Constitución de 1978, supone un trabajador más que autosuficiente, ya que es capaz de cubrir con su trabajo remunerado, no solo sus necesidades sino también las de su familia (art.35) y un guerrero dispuesto a defender España (art.30) y a proteger de riesgos, catástrofes o calamidades (art.30). En cuanto a la familia, las madres, los hijos (art.39) y los ciudadanos durante la tercera edad (art.50), requieren protección o atenciones. Los implícitos constitucionales son: un hombre provisor y protector, y una mujer cuidadora y nutriz, objeto de protección. El cuidado se fundamenta en la división sexual del trabajo, y su existencia es la condición

<sup>2</sup> Sevenhuijsen (1998) señala la tensión entre el ideario de libertad e igualdad que se asocia a una posición social demócrata y con el que se identifican muchas feministas, y la ética del cuidado, que apela a la responsabilidad y la solidaridad que también suscriben las feministas, y se suele asociar con posiciones demócratas cristianas.

que sustenta al ciudadano concebido como individuo.

Ese modelo de ciudadanía, es impensable si no lleva el añadido de la *familia fusional*, por tanto, no contractual, sino orgánica. El individuo autónomo, productivo, requiere de una infraestructura doméstica que facilita la ficción pública de que es independiente y autosuficiente. La moderna concepción de ser humano es insostenible sin la división sexual del trabajo y el acceso al estatus de ciudadano no puede realizarse sin practicar exclusiones, la de las mujeres<sup>3</sup> es la más palmaria.

#### *Un nuevo marco de relación*

De entre los cambios que permiten atisbar un nuevo marco para las relaciones familiares, y en particular para la relación mujer-hombre, se pueden señalar tres: en la división sexual del trabajo, demográficos, y en las disposiciones personales.

En lo que se refiere al primer orden de cambios, la división sexual del trabajo, está cambiando la consideración del trabajo y del salario como derecho familiar. El momento histórico en que culmina la construcción de la familia nuclear—siglo XIX— y se crean las dos figuras centrales de la misma, el ama de casa y el ganador de pan, pasa por serios problemas sociales. Se han roto los viejos esquemas de organización de la sociedad y todavía no existen instituciones socializadoras y de

control adecuadas a las necesidades del nuevo sistema productivo basado en la producción en gran escala, división del trabajo por tareas, disciplina, regularidad y productividad creciente.

Adicionalmente, los grandes movimientos de población del campo a la ciudad y el desarraigo del lugar de origen, dejan a buena parte de la población sin el mecanismo de contención de la comunidad. En esas condiciones, la figura del ama de casa es un agente de socialización y control de las conductas enormemente efectivo. El sometimiento a la disciplina, el orden, la previsión, la regularidad en la conducta de los trabajadores, está asegurada por las mujeres. En su tarea de cuidado, se ocupan no sólo de los miembros de la familia, sino de la sociedad misma, potenciando que las personas a su cargo adquirieran comportamientos afines al nuevo orden social. Las lealtades son familiares, y en el terreno público se pretende que las relaciones sean contractuales. En coherencia con ese modelo de organización social, el salario del hombre se considera el principal en el sostenimiento de la familia, y si la mujer y los hijos trabajan, su actividad es considerada complementaria. Por otra parte, los derechos sociales se derivan de la figura del hombre adulto en aspectos fundamentales, muchas de las prestaciones sociales dependen de la existencia de un trabajador asalariado

---

<sup>3</sup> Hay que añadir que la exclusión más abierta es la de los inmigrantes procedentes de los países del tercer mundo, una buena parte de los cuales, cuando llegan a encontrar empleo lo hacen sobre todo en el sector de servicios.

en la familia y de que se reconozca un vínculo de dependencia con el mismo. El derecho al trabajo y al salario ha venido siendo familiar, y no individual, o si se prefiere, la posición de *individuo* corresponde a la persona que tiene una familia a su cargo.

Casi dos siglos más tarde, puede decirse que la tarea de crear instituciones que ordenen las relaciones sociales ha avanzado, así como han cambiado las condiciones sociales que potencian la construcción de la familia nuclear. La fuerza de trabajo ya está socializada en consonancia con las necesidades de producción capitalistas. Desde la óptica empresarial ya no se justifica el coste<sup>4</sup> de la fuerza de trabajo en términos de salario familiar. En la actualidad estamos constatando que las grandes empresas realizan planes de reestructuración de las plantillas encaminados a sustituir trabajadores mayores, con salarios de tipo familiar y gran cantidad de derechos laborales adquiridos, por trabajadores jó-

venes. Se acepta, por tanto, doble escala salarial. Estos hechos son indicativos de que nos encontramos en una situación de transición entre una concepción familiar y una concepción individual del salario, en la que no se considera el coste de reemplazo de la población trabajadora. En los países occidentales, la continuidad del sistema productivo es compatible con un descenso de la tasa de natalidad, dada la disponibilidad prácticamente ilimitada de fuerza de trabajo inmigrada y los patrones de natalidad de los inmigrantes.

Sin embargo, lo que no ha cambiado es la práctica de externalizar a las familias, léase las mujeres, tanto las actividades de cuidado como sus costes. Se trata de una triple externalización de costes, del Estado, del mercado y de los hombres, hacia las mujeres. En cuanto al Estado<sup>5</sup>, su posición respecto de las tareas de cuidado es mixta, en parte la asume como propias y las financia mediante impuestos<sup>6</sup>, en parte las deriva a

<sup>4</sup> Walby (1986) se cuestiona en que la organización patriarcal familiar sea aún al capitalismo, entendiéndose que las exigencias de la organización patriarcal entran en contradicción con intereses empresariales. No diremos que eso sea falso en el caso del empresario individual, efectivamente, no tiene por qué tener interés en que el trabajador pueda sostener una familia, ya que no se beneficiará directamente de los hijos del trabajador como fuerza de trabajo para su empresa. Pero como clase, está interesado en dotarse de un sistema de generación de nuevas vidas y de socialización que permita la continuidad del capitalismo. Coincido en cambio con la apreciación de Walby si nos referimos a la situación actual, en que la familia nuclear procreativa, con división sexual del trabajo, probablemente ya no sea una necesidad del capitalismo en la medida en que lo fue hace un par de siglos.

<sup>5</sup> Si entendemos que el Estado es el equilibrio de intereses y poderes entre los actores sociales, y los cambios en el Estado como cambios en esos equilibrios, más que hablar de Estado, mercado y familia, como instancias de relación, habría que hablar de sujetos en relación —hombres, mujeres, empresarios, población autóctona y población emigrante—, y los juegos de poder entre estos colectivos.

<sup>6</sup> La fuente de los ingresos estatales expresa los equilibrios de fuerzas entre los actores sociales. Un aumento relativo de los impuestos indirectos respecto de los directos, o de los impuestos sobre

las mujeres en su función de amas de casa, para lo que se apoya en mecanismos de socialización diferencial de los sexos y en políticas laborales que no facilitan la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado, y en parte las libra a las fuerzas del mercado<sup>7</sup>. Por lo que se refiere a las empresas, contemplan entre sus costes de producción las enfermedades y accidentes laborales de los trabajadores, pero no contemplan las enfermedades o accidentes o situaciones de dependencia de los familiares de los trabajadores. Por tanto, suponen un infraestructura doméstica, las amas de casa, que se ocupa del cuidado a coste cero dado que el salario tiende a ser individual y no familiar. En tercer lugar, los hombres también externalizan sus costes del cuidado a las mujeres, dado que no se ocupan de la atención

personal de quienes dependen de ellos y la derivan a las mujeres así como muchos aspectos de su cuidado personal.

La respuesta de las mujeres a esta situación, que no podemos definir sino como explotación dado que aportan un trabajo que no las beneficia y que en cambio fortalece la posición social y política de quienes se benefician del mismo, es buscar caminos para reducir tanto como sea posible la carga del cuidado. Un indicio de esta estrategia es el espectacular descenso de la tasa de fecundidad y la derivación hacia inmigrantes de parte de las actividades que tradicionalmente venían realizando las mujeres, tanto por realizarlas asalariadamente, como por tener hijos en un número que amortigua parcialmente el descenso en la tasa de natalidad de la población autóctona<sup>8</sup>.

---

las rentas del trabajo respecto de otros ingresos, nos habla de la renuncia a redistribuir la riqueza por parte del Estado, y por tanto a un desequilibrio de la balanza a favor de los más poderosos.

<sup>7</sup> A título de ejemplo de este tipo de políticas, baste considerar que con el nuevo cálculo de del desempleo implementado desde el año 2000, y según datos de la Encuesta de Población Activa del cuarto trimestre de 2001, el número de mujeres desempleadas desciende en casi 300.000. Ese contingente de mujeres pasa a engrosar la población inactiva, y un 62 por de ellas pasan a ser clasificadas como amas de casa. Con esta maniobra se ocultan las elevadas tasas de paro que padecen las mujeres.

<sup>8</sup> Según la *Encuesta de Fecundidad* del 1999, la tasa de fecundidad se situaba en 1,07. Si consideramos la fecundidad según la situación respecto de la actividad económica, hallamos que la tasa de las mujeres ocupadas es de 1,00, la de las paradas del 0,85 y la de las amas de casa del 1,97 por mil mujeres en edad fértil. Los datos nos evidencian la existencia de un conflicto entre la maternidad y el trabajo remunerado, pero nos muestran también los cambios culturales que se están produciendo, dado que tampoco las amas de casa están dispuestas a tener muchos hijos. Decimos que se trata de un cambio cultural porque en el caso de las amas de casa no se da el conflicto entre el cuidado de las criaturas y vida laboral, y porque contrariamente a las argumentaciones al uso, carece de base la tan manida idea de que la gente no tiene más hijos porque no tiene dinero, es justamente en los grupos sociales con menos ingresos y en los países más pobres donde la gente tiene más hijos. El descenso de la tasa de natalidad está más bien asociado al individualismo, concepción de la propia persona en que la realización no se manifiesta en forma de entrega a la comunidad o por la asunción de las responsabilidades personales o sociales, sino mediante la orientación a un proyecto de vida propio, evitando las interferencias que se pudieran producir en los propios planes.

Se atisba que algunas actividades de la familia tradicional quedan externalizadas a la población inmigrante en dos sentidos. Por una parte, el nivel de vida de los inmigrantes es más bajo, es como decir que su coste de producción es menor, y por añadidura tienen más hijos que los trabajadores autóctonos. Además, el creciente peso del sector servicios, crecimiento que se explica a expensas de la incorporación de las mujeres casadas en el mercado de trabajo, y por tanto se corresponde con una mercantilización creciente de las tareas de cuidado, se alimenta de la fuerza de trabajo de población inmigrante y no sólo de mujeres autóctonas.

Respecto del segundo orden de cambios mencionado, los cambios demográficos, hay que mencionar el importante descenso en la tasa de fecundidad, que nos sitúa por debajo del nivel de reemplazo dado que el incremento de la esperanza de vida no es suficiente para compensar la escasa natalidad. La compensación puede venir de la mano de la inmigración. El flujo de población inmigrante en edad de trabajar puede entenderse como una externalización a otros países de los costes del cuidado de la vida humana, ya que se trata de una población disponible para el trabajo, que llega a nuestras fronteras en el momento en que pueden generar un saldo productivo positivo, ya que no requiere cuidados y en cambio los puede ofrecer. Se trata además de una población en disposición de procrear, sus tasas de fecundidad son más elevadas que las de la población autóctona,

y por tanto se sitúan en posición de absorber los costes derivados del cuidado de las criaturas.

Hay que añadir otro cambio de una trascendencia que en este momento a penas podemos calibrar. El incremento en la esperanza de vida, asociado al descenso en la tasa de fecundidad contribuye a que crezca el número de viejos tanto en términos absolutos como términos relativos. De otra parte, el alargamiento en la duración de la vida se traduce en extensión de enfermedades crónicas y por tanto necesidad de cuidados durante una porción mayor de la vida. El incremento en la esperanza de vida supone un aumento de la dependencia, ya que en la actualidad se pueden vivir muchos años pese a padecer limitaciones psicomotoras graves.

Ahora bien, hay que considerar que la confluencia de dos factores, la diferencia de edad entre los miembros de la pareja y la mayor esperanza de vida de las mujeres, conduce a que la mayoría de hombres mueran casados y la mayoría de mujeres viudas. Se trata de una manifestación del poder de los hombres extraordinariamente sutil por no deliberada: hombres y mujeres toman algunas decisiones en sus vidas que benefician a los hombres sin conciencia de que lo hacen. Los hombres, al casarse, adquieren un seguro de cuidados que se extiende hasta la tercera edad. Se casan con mujeres que les puedan sobrevivir y cuidarles, sin que necesariamente haya sido ese el objetivo de su matrimonio. Entretanto, las mujeres adquieren la carga de cuidar sin garantía de ser cuida-

das a menos que sea otra mujer quien se ocupe de ellas<sup>9</sup>. Y todo ocurre en la gran mayoría de los casos sin un plan preconcebido.

Finalmente, un cambio cultural relevante que incide en la manera de concebir el cuidado es la penetración del individualismo, con su acento en la autosuficiencia, en la libertad y en los derechos. La concepción individualista que propicia el desarrollo de subjetividades narcisistas, está reñida con la ética del cuidado y favorece una visión contractualista de las relaciones sociales. El contractualismo es un modo de concebir las relaciones en términos de pactos y acuerdos entre voluntades libres fundamentados y en el interés. La relación no requiere un compromiso emocional, y la cooperación con el otro es entendida en interés propio. Los vínculos se disuelven en el momento en el que cesa el interés o desaparecen las condiciones que los motivaron.

En cuanto las subjetividades narcisistas propias de la sociedad contemporánea, según las describe Lash (1999) se caracterizan por su incapacidad para reconocer los fracasos y las pérdidas que se traduce en una exacerbación de la agresividad, existencia de fantasías de omnipotencia, manipulación de las personas con el fin de aprovecharse de ellas o satisfacer algún deseo con ellas, para despreciarlas precisamente por el

beneficio que se ha obtenido. Se trata de subjetividades que se caracterizan por falta de compromiso personal, social y político. Bajo tales condiciones el terreno está abonado para el atropello recíproco tanto de quienes cuidan, como de quienes reciben cuidados.

Forma parte de esta visión individualista de las relaciones sociales un tipo de familia que podemos denominar *asociativa*<sup>10</sup> caracterizada por un grado mínimo de división sexual del trabajo. Ambos miembros de la pareja participan en mayor o menor medida en las actividades domésticas y en el sostenimiento de la familia. La formación de la familia tiene lugar sin renunciar a planes de vida propios, manteniendo parcelas independientes, sobre todo en los aspectos profesionales. Los hijos, siendo importantes, no son el único objeto de preocupación de la mujer y del hombre. La unión de la pareja no implica compromiso y responsabilidad de por vida y la posibilidad de disolver el matrimonio por mutuo acuerdo es una eventualidad que cabe dentro de lo imaginable. En contradicción con esta disposición familiar, orientada a la autonomía y autorrealización de cada uno de sus miembros, la dependencia familiar de los hijos ha aumentado de un modo decisivo, tres cuartas partes de los jóvenes entre 25 y 29 años viven con sus padres siendo más de la

<sup>9</sup> Según el estudio 2117 del CIS de octubre-noviembre de 1994, el 83 por ciento de los cuidadores voluntarios de personas mayores en España son mujeres.

<sup>10</sup> En Izquierdo (2000) se reflexiona sobre la naturaleza de los cambios producidos en la institucionalización de las relaciones de sexo y de edad.

mitad las jóvenes de esta edad las que se encuentran en la misma situación<sup>11</sup>, la diferencia se debe a que las chicas continúan casándose más jóvenes que los chicos, y no tanto a que salgan de casa antes que los chicos para vivir por su cuenta. Queriéndolo o sin quererlo, la inversión parental ha aumentado considerablemente y por tanto el cuidado de los hijos y su sostenimiento económico, de tal modo que los cuidar simultáneamente de los hijos y de los padres será una posibilidad cada vez más frecuente. El hecho es que se extiende la duración del periodo de la vida en que hay que hacerse cargo de personas dependientes.

En cuanto a la situación de las mujeres, su formación ha aumentado espectacularmente, acceden a la universidad en proporción mayor que los hombres, con mejor rendimiento académico e invirtiendo menos años en acabar los estudios. Cada vez es más habitual que conserven el trabajo remunerado después del matrimonio o el nacimiento del primer hijo. En cambio, las condiciones de acceso al mercado de trabajo continúan presididas por criterios sexistas, dado que las mujeres se concentran en sectores y ramas de la producción distintos a los que ocupan los hombres.

La persistencia del sexismo, más allá de su dimensión económica, en tanto que fenómeno cultural y subjetivo, tiene consecuencias paradójicas en lo que se refiere a las actividades de cuidado,

se desarrollen en el ámbito mercantil o en el público.

En un sentido, la generalización y profundización de la subjetividad individualista puede erosionar la práctica del cuidado y la provisión, actividades ambas menos vinculadas a la libertad y más a la responsabilidad y al deber. La personalidad narcisista constituye un severo obstáculo para dar y recibir cuidados, ya que la falta de empatía propia del narcisismo anula la capacidad de reconocer la necesidad del otro, o de implicarse en relaciones que no tengan lugar en provecho propio inmediato. Podemos anticipar relaciones interpersonales en que el maltrato y el daño, en sus diversas formas sean menos que inusuales.

En sentido inverso, las condiciones en que se realiza el cuidado y la calidad del mismo pueden mejorar notablemente, cuando se profesionaliza. La combinación de dos factores, segregación ocupacional por sexos y el ascenso sostenido en el nivel de formación de las mujeres, se traduce en que sean precisamente las personas mejor formadas, las mujeres, las dedicadas a las tareas de cuidado. La inversión de recursos humanos en las actividades de cuidado puede aumentar como resultado no buscado del sexismo.

Se produce la contradicción de que el sexismo, una de cuyas características es la infravaloración de las mujeres y de las actividades que desarrollan las mismas, las impulsa a adquirir más valor, al

<sup>11</sup> Según datos de la *Encuesta de Población Activa* del INE.

hacer una inversión en formación más importante que los hombres. Esa lucha de las mujeres por mejorar, se traduce en un mejoramiento y recalificación de las actividades que desarrollan. Precisamente como resultado del sexismo y no tanto como resultado de su superación, las actividades socialmente definidas como femeninas, de cuidado y atención a las necesidades personales, adquieren un valor renovado. Confluye el conocimiento práctico del cuidado, adquirido por las mujeres en el curso de su socialización y por identificación con sus madres, con más amplia y mejor formación intelectual y profesional. Esta confluencia implica que los principios universalistas y reflexivos propios de una ética orientada a la justicia se integran con los principios contextuales y particularistas del cuidado, cosa que ha de potenciar tanto la primera como el segundo.

Por otra parte, al resistirse las mujeres a la aplicación de criterios sexistas en la división del trabajo, se atemperan los daños que comporta la concepción del cuidado como la actividad específica que realiza una parte de la población, las cuidadoras, a otra parte de la población definida como dependiente. De igual modo se problematiza el supuesto de que una parte de la población se ocupa de la provisión y la protección de la otra parte. En estas condiciones la dependencia se nos presenta a una nueva luz, no ya como base de división de la sociedad en el par dependientes-independientes, sino como un hecho cotidiano del que participamos todos, si-

tuación ésta que modera el poder que entraña de un lado la práctica del cuidado y del otro la protección-provisión, cuando se conciben como actividades independientes.

#### *Algunos datos sobre la dependencia*

Aportaremos algunos datos sobre las dos caras de la dependencia, las personas que requieren cuidados, y las personas que los suministran, así como el impacto de la actividad sobre las cuidadoras. Los mismos nos ayudan a ilustrar porqué no es compatible la actual organización de las relaciones mujer-hombre con una ciudadanía democrática plena.

#### 1) Las personas dependientes

Los mayores de 65 años ha pasado del 3,3 millones (9,7%) en 1970, a 6,6 millones en 2000 (16,6%). Adicionalmente se ha producido un "envejecimiento del envejecimiento", crece más el colectivo mayor de 80 años, duplicándose en 20 años.

En cuanto a los discapacitados y discapacitadas, según la *Encuesta sobre Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud* (1999), un 9 por ciento de la población sufre alguna discapacidad, más del 32 por ciento de los mayores de 65 años sufre algún tipo de discapacidad, y entre los menores de 65 años la proporción es del 5 por ciento. Sin considerar además que las atenciones a las criaturas en los primeros años de vida, la mala salud, las discapacidades o las enfermedades crónicas, forman parte inseparable de nuestras vidas. La

**Esperanzas de vida ajustadas según estado de salud y discapacidad según edad.  
 España, 1999 (en años)**

	Al nacer	A los 45 a.	A los 65 a.
<b>Mujeres</b>			
<b>Esperanza de vida</b>	<b>82,3</b>	<b>38,6</b>	<b>20,3</b>
Con enfermedades crónicas	44,4	30,5	17,5
Con mala salud	24,1	20,4	12,7
Con discapacidad	10,2	9,4	7,9
Con discapacidad severa	6,9	6,4	5,6
Con discapacidad para las AVD*	5,2	5,1	4,7
<b>Varones</b>			
<b>Esperanza de vida</b>	<b>75,3</b>	<b>32,7</b>	<b>16,2</b>
Con enfermedades crónicas	34,4	22,5	12,9
Con mala salud	15,8	13,1	8,4
Con discapacidad	6,8	5,8	4,8
Con discapacidad severa	4,2	3,7	3,1
Con discapacidad para las AVD*	2,6	2,4	2,2

Fuente: INE, *Encuesta sobre Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud*, 1999.

\*AVD = actividades de la vida diaria. (Elaboración propia)

**Estado civil de las personas mayores que reciben cuidados familiares según sexo**

Estado civil	Mujeres	Varones
Casado y conviviendo en pareja	27,4	55,7
Viudo	66,2	36,2
Soltero	5,2	4,8
Divorciado/separado	1,1	3,2
Ns/Nc	0,1	0,0
Total	1.036	466

Fuente: Instituto Nacional de Estadística, *Encuesta sobre Discapacidades, Deficiencias y Estado de Salud 1999*, Resultados detallados. Madrid, 2002.

dependencia no es algo que afecta a una parte reducida de la población, sino un hecho constitutivo de la condición humana, y de un modo especial en el caso de las mujeres.

Un segundo aspecto a considerar es el estado civil de las personas dependientes. Los datos nos muestran que el matrimonio en el caso de los hombres es una póliza que garantiza recibir cuidados, ya que la mayoría de hombres mayores que requieren cuidados viven en pareja, mientras que la mayoría de mujeres que los requieren son viudas. De ahí que cobren un significado especial las prácticas en la elección de pareja. Pese a que las mujeres tienen una esperanza de vida al nacer 7 años mayor que los hombres que no queda compensada casándose con hombres más jóvenes que ellas, se casan con hombres mayores. Las prácticas culturales en la elección de pareja, configuran a las mujeres como cuidadoras, al potenciar que los hombres pasen los últimos años de su vida atendidos por su pareja, mientras que las mujeres se quedan solas, cuidadoras que no tienen

garantizado el cuidado en su entorno más inmediato.

## 2) Quien cuida

Tradicionalmente las familias y dentro de éstas, las mujeres de 45 a 69 años.

Si vemos la posición de las personas cuidadoras respecto de la actividad económica, se evidencia que la división sexual del trabajo es un componente inexcusable en el modelo actual de atención a las personas dependientes. Las mujeres cuidadoras son en su mayoría amas de casa, de hecho, lo uno y lo otro vienen a ser sinónimos. Se constata también, que al margen de la mayor o menor disposición de los hombres, hay barreras estructurales a que éstos se ocupen del cuidado, lo que se indica por el hecho de que la mayoría de los cuidadores son jubilados o pensionistas.

## 3) El impacto del cuidado en las personas cuidadoras

Cuidar es una actividad que tiene efectos negativos sobre la salud. Se-

**Sexo y edad de las personas cuidadoras**

Características	Cuidadoras (A)*	Población 2004 (B)**	Diferencia (A-B)
<i>Sexo</i>			
Mujer	83,6	50,9	32,7
Varón	16,4	49,1	-32,7
Edad Media	52,9	46,2	6,7

(\*) Fuente: IMSERSO/GfK-Emer (2004): *Encuesta de Apoyo Informal a los mayores en España*.  
 (\*\*) INE (2004): *Censo de Población y Viviendas 2001*, en el *Libro blanco de la dependencia (2005)*. (Elaboración propia)

**Relación con la actividad de las personas cuidadoras por sexo**

Relación con la actividad	Mujeres	Varones
Ocupado	24,9	31,9
Jubilado/pensionista	13,7	53,7
Parado habiendo trabajado	6,6	8,9
Parado buscando 1er empleo	0,4	0
Tareas del hogar	52,1	3,6
Estudiante	1,5	0,8
Ns/Nc	0,8	1,1

Fuente: *Libro blanco de la dependencia* (2005)

gún el Libro Blanco de la Dependencia (2005), el 56% de las cuidadoras y cuidadores informan tener problemas de salud, que concretan de la siguiente manera:

Un 32% ha tenido que tomar o toma pastillas.

Un 25% no sigue tratamiento, aunque cree que lo necesita.

Un 20% ha tenido que ir o va a rehabilitación.

Un 11% ha tenido que ir o va a la consulta del psiquiatra o psicólogo.

Un 10% declara que "no tiene tiempo de ir al médico".

Se trata de una tarea dura y muchas veces ingrata. De entre los comportamientos más molestos, se citan los siguientes:

Agresividad física o verbal.

Las quejas y lamentos.

Que la persona mayor rehúse el baño o coma alimentos que no debe.

La automedicación o el control de los medicamentos.

La incontinencia.

Y en cuanto a las tareas más molestas se consignan:

Aseo íntimo y cambio de pañales.

Acompañar al servicio.

Movilizaciones de la persona mayor (andar, levantarse/acostarse, bañarse...)

Ayudar a o dar de comer.

El baño o la ducha.

Ayuda para utilización de transporte.

Control de medicación

Realizar tareas domésticas.

Hacer gestiones, acompañar al médico.

Adicionalmente, dados los cambios demográficos, el grueso de la población que requiere cuidados son personas mayores, que a diferencia del cuidado de las criaturas, despierta sentimientos fundamentalmente negativos:

Conciencia de degeneración o involución, que es la contraria que se experimenta durante la crianza de los hijos/as.

No se conoce cómo van a desarrollarse ni cuánto van a durar los cuida-

**Evolución del potencial cuidador femenino en España**

Potencial cuidador (Mujeres entre 45-69 años) dividido por > 70 años		
1960	1990	1998
2,8	1,5.3	1,3

Fuente: *Libro blanco de la dependencia* (2005)

dos, al contrario de lo que ocurre con las fases de evolución y crecimiento durante la infancia, que son muy conocidas.

Al contrario de lo que sucede con los recursos para los primeros años de vida (guarderías, escuelas infantiles, “canguros” para salidas de los padres, etc.), no existen apenas servicios comparables para ancianos/as.

El tipo de relación que se establece entre la persona cuidadora y la cuidada, no está bien definida. En el caso de las personas mayores, suele producirse un intercambio de papeles (hijos que asumen el rol de padre o madre). En ocasiones tal indefinición relacional ocasiona tensiones difíciles de superar, que pueden llegar a ser muy radicales cuando uno de los elementos de la relación domina la vida del otro.

Falta de elección. Al contrario de lo que sucede con la crianza de los hijos/as, que puede programarse, evitarse o postergarse, el cuidado a las personas ancianas es imprevisible: es necesario atender cuando sobreviene la dependencia y eso puede ocurrir en el momento vital que

menos conviene a los intereses vitales de la persona que se ve obligada a asumir la prestación de ayuda.<sup>12</sup>

*Escenarios de futuro para el cuidado de las personas dependiente*

Nos enfrentamos a un panorama que requiere llevar al ámbito público el debate sobre el cuidado, lo que se ilustra con el reciente desarrollo de la *Ley de promoción de la autonomía personal y atención a personas en situación de dependencia*, actualmente en trámite parlamentario. Ya no ofrece una respuesta sostenible para al tratamiento de la dependencia mediante su privatización en la esfera familiar, porque se ha hecho incompatible con el acceso de las mujeres a la ciudadanía plena. Los datos se obstinan en evidenciarlo. Un indicador es que entre 1960 y 1998, el número de mujeres entre 45 y 69 años (intervalo de edad en que se concentran el grueso de las cuidadoras), ha pasado de 2,8 mujeres a 1,3, por cada persona mayor de 70 años, falta añadir las personas enfermas y las disminuidas físicas o psíquicas.

<sup>12</sup> Braithwaite, V. (1992): “Caregiving burden. Making the concept scientifically useful and policy relevant”, en *Research on aging*, vol. 14, nº 1: 3-27. (Citado en el *Libro blanco de la dependencia*).

**Otros escenarios de cuidado**

10.889.449 (hombres y mujeres entre 45 y 69 años) / 4.435.831 (>70 años) = 2,5
10.884.449 (hombres y mujeres entre 45 y 69 años) / 1.460.273 (>80 años) = 7,45

Fuente: *Libro blanco de la dependencia* (2005)

Por tanto nos encontramos ante una situación insostenible, ante la que cabe configurar escenarios alternativos. Una posibilidad que se propone en el *Libro blanco de la dependencia*, aunque no se exprese en los mismos términos, es suprimir la división sexual del trabajo de cuidado. Con esa solución regresaríamos a cargas de cuidado equivalentes a las de 1960. Una segunda posibilidad contempla, en adición a la supresión de la división sexual del trabajo de cuidado, propiciar acciones encaminadas a que la dependencia se presente más tardíamente, a partir de los 80 años de edad.

No se nos debe escapar que los dos escenarios anteriores implican cambios de importancia trascendental en la concepción de la familia y de la ciudadanía, fomentando la autonomía de las personas mayores.

Queda una cuestión por abordar: ¿la dependencia es una cuestión privada de los hombres y de las mujeres, o es una cuestión pública, de la sociedad en su conjunto? ¿Recibir cuidados debe depender de formar parte de una familia, o es un derecho universal?

*Hacia la socialización del cuidado*

Podemos añadir un escenario adicional, en que la atención a las perso-

nas deje de tener un carácter asistencialista, cuando fallan los mecanismos privados-familiares, para convertirse en un espacio de calidad a través del que se expresa la concepción de una democracia basada en el principio de una comunidad de individuos, que aspirando a ser autosuficientes, son conscientes de que están sujetos a la dependencia. Un espacio de calidad en el que se exprese el compromiso ético de la comunidad política con la precariedad humana, ya que se trata de una característica que nos iguala y puede tomarse como el fundamento mismo de la comunidad política.

Socializar el cuidado es definir como materia de interés público las cuestiones relativas a la dependencia ¿Pero cómo afrontar el debate cuando hay diferencias tan marcadas de poder? ¿Podemos pensar que las decisiones sean el resultado del intercambio de argumentos hasta encontrar las mejores razones<sup>13</sup> para actuar de un modo o del otro? Y sobre todo, ¿cómo abordar el debate cuando buena parte de los que se benefician o padecen los acuerdos muchas veces no están en condiciones físicas o psíquicas de participar en el debate? ¿Podemos pensar que quien no está comprometido en

<sup>13</sup> Tal como lo propone Habermas.

tareas de cuidado tiene la sensibilidad, experiencia y compromiso suficiente como para aportar soluciones responsables? Y finalmente ¿cuál es el volumen del esfuerzo colectivo que estamos dispuestos a hacer con tal de garantizar la mejor calidad de vida para las perso-

nas que se encuentran en situación de dependencia?

Evidentemente, no podemos ignorar que la socialización del cuidado es inseparable de una nueva definición de la familia y de las relaciones mujer-hombre.

Bibliografía

- BENHABIB, S. (1992): "Una revisión del debate sobre las mujeres y la teoría moral", *Isegoría*, 6.
- BENHABIB, S. (1990): "El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg-Gilligan y la teoría feminista Benhabib", en Benhabib, Seyla y Cornell, Drucilla (eds.), *Teoría feminista y teoría crítica*. Valencia, Ed. Alfons el Magnànim.
- BUBECK, D. E. (1995): *Care, Gender, and Justice*. Oxford, Clarendon Press.
- BUTLER, J. (1998): "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista", *Debate Feminista*, vol. 18, oct.
- BUTLER, J. (2001): *Mecanismos psíquicos del poder*. Madrid, Cátedra.
- CANCACIAN, FRANCESCA M. (1986): "The Feminization of Love", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 11, nº 4.
- CARD, C. (ed.) (1991): *Feminist Ethics*. Lawrence: University Press of Kansas.
- DALY, M. Y LEWIS, J. (2000): "The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states", *British Journal of Sociology*, 51:3.
- DOMINELLI, LENA Y OLLINS, T. (1997): "Men, power and caring relationships", *The Sociological Review* vol. 45, nº 3.
- DONZELOT, J. (1979): *La policía de las familias*. Valencia, Pre-textos.
- EWIJK, H. V. (et al.) (2002): *Care Work in Europe. Current understandings and future directions*. WP3 Mapping of Care Services and the Care Workforce. Nederlands Instituut voor Zorg en Welzijn. Peter Moss (editor), Thomas Coram Research Unit. Institute of Education University of London. Abril.
- GILLIGAN, C. (1982): *In a Different Voice. Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, Mass., Harvard University Press.
- IZQUIERDO, MARÍA J. (2003): "El cuidado de los individuos y de los grupos: quién se cuida. Organización social y género", *Intercambios, Papeles de psicoanálisis*, 10.
- IZQUIERDO, MARÍA J. (2002): "¿En qué consiste la masculinidad?: De lo privado a lo público, de lo personal a lo relacional, de lo psíquico a lo social". *Reunión de Masculinidad y Políticas Públicas*. PUEG. UNAM Cd. de México. 25 al 27 de noviembre.
- IZQUIERDO, MARÍA J. (2002): "La dimensión social de la participación política". Ochenta Aniversario de la constitución de *Emakume Abertzale Batza*. Palacio de Congresos Kursaal, Donostia 15 de junio.
- IZQUIERDO, MARÍA J. (2001): *Sin vuelta de hoja. Sexismo: Placer, poder y trabajo*. Barcelona, Ed. Bellaterra.
- IZQUIERDO, MARÍA J. (2001): "Razón y sentimiento en las relaciones de pareja: ¿Del contrato al diálogo?", Congreso *Los hombre ante el nuevo orden social*. Emakunde (Instituto Vasco

- de la Mujer). Centro Kursal Elkargunea. Donostia 13 al 15 de Junio.
- IZQUIERDO, MARÍA J. (2000): *Cuando los amores matan. Cambio y conflicto en las relaciones de edad y de género*. Madrid, Ed. Libertarias.
- IZQUIERDO, MARÍA J. (1998): *El malestar en la desigualdad*. Madrid, Cátedra.
- IZQUIERDO, MARÍA J. (1995): "El dret al treball per a les dones en el marc de la Constitució de 1978". *Segona Universitat d'Estiu de la Dona*. Barcelona, Institut Català de la Dona.
- JECKER, NANCY S. Y SELF, DONNIE J. (1997): "Separating Care and Cure: An Analysis of Historical and Contemporary Images of Nursing and Medicine". <http://www.cariboo.bc.ca/ae/php/phil/mclaughl/students/phil433/jecker.html>
- KLEIN, M. (2001): *Envy and gratitude: a study of unconscious*. London, Routledge.
- KRÖGER, T. *Comparative Research on Social Care. The State of the Art*. <http://www.uta.fi/laitokset/sospol/soccare/reports.htm>
- MARSHALL, T. H. (1998): "Ciudadanía y clase social", en Marshall y Bottomore, *Ciudadanía y clase social*. Madrid, Alianza Ed.
- MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES, *Libro Blanco de la Dependencia 2005*, <http://www.imser-somayores.csic.es/>.
- OLDMAN, C. (2003): "Deceiving, theorizing and self-justification: a critic of independent living", *Critical Social Policy*, 23:1.
- PATEMAN, C. (1996): "A Comment on Johnson's Does Capitalism Really Needs Patriarchy?", *Women's Studies International Forum*, vol. 19 nº. 3.
- PATEMAN, C. (1995): *El contrato sexual*. Barcelona, Anthropos.
- RICOEUR, P. (1990): *Amor y justicia*. Madrid, Caparrós, Ed..
- SPELMAN, ELIZABETH V.(): "The Virtue of Feeling and the Feeling of Virtue", en Card, C. (ed.), *Feminist Ethics...*
- SEVENHUIJSEN, S. (1998): *Citizenship and the Ethics of Care. Feminist Considerations on Justice, Morality and Politics*. Londres, Routledge.
- SEVENHUIJSEN, S. (2000): "Caring in the third way: the relation between obligation, responsibility and care in Third Way discourse", *Critical Social Policy*, 20:1.
- SOCCARE PROJECT (2001): Report 1. European Commission, Brussels. <http://www.uta.fi/laitokset/sospol/soccare/reports.htm>
- TRONTO, J. (2002): "The Value of Care A Response to Can Working Families Ever Win?". *Boston Review*, febrero/marzo.
- TRONTO, J. (1987): "Beyond Gender Difference to a Theory of Care", *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, vol. 12, nº 4.
- TRONTO, J. (1994): *Moral Boundaries. A Political Argument for an Ethic of Care*. New York, Routledge.
- WALBY, S. (1986): *Patriarchy at Work, Patriarchal and Capitalist Relations in Employment*. Cambridge: Polity Press.

- WARD, D. (1995): "Escuchando voces. El mito de los juicios de género". *Psicología Política* n° 10.
- WILLIAMS, F. (2001): "In and beyond New Labour: towards a new political ethics of care", *Critical Social Policy*, 21:4.
- YOUNG, IRIS M. (1990): "Imparcialidad y lo cívico público. Algunas implicaciones de las críticas feministas a la teoría moral y política", en Benhabib, Seyla y Cornell, Drucilla, *Teoría feminista y teoría crítica*. Valencia, Ed. Alfons el Magnànim.

# RELACIONES DIALÓGICAS EN LAS ESTRUCTURAS FAMILIARES DEL SIGLO XXI

LÍDIA PUIGVERT  
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

## RESUMEN

EL DIÁLOGO HA IRRUMPIDO EN LAS ESTRUCTURAS FAMILIARES DEL SIGLO XXI Y, AL HACERLO, HA PROVOCADO DOS CAMBIOS IMPORTANTES: 1) LAS ESTRUCTURAS QUE YA EXISTÍAN SE DEMOCRATIZAN Y 2) APARECEN NUEVAS ESTRUCTURAS A PARTIR DE QUE CADA PERSONA ESCOGE, REFORMULA O INVENTA LA SUYA PROPIA. ANALIZAREMOS ESTOS CAMBIOS EN LA REALIDAD SOCIAL ACTUAL PARA CONCLUIR QUE MUCHOS COLECTIVOS Y PERSONAS QUE DURANTE AÑOS HAN ESTADO SILENCIADAS POR NO SEGUIR LAS PAUTAS ESTABLECIDAS, AHORA TIENEN POSIBILIDADES DE VISIBILIZARSE. Y EMPIEZAN A SER VISIBLES A PARTIR DE LA DEFINICIÓN DE ESTRUCTURAS NO OPUESTAS O CONTRARIAS A LAS ESTRUCTURAS ANTERIORES SINO EQUIVALENTES. LIBERTAD E IGUALDAD APARECEN COMO DOS GRANDES RETOS A CONSEGUIR: LIBERTAD PARA PODER ESCOGER E IGUALDAD PARA HACERLO TODAS Y TODOS EN LAS MISMAS CONDICIONES.

### *Introducción*

En este texto trataré de demostrar cómo el diálogo ha irrumpido en las estructuras familiares del siglo XXI y cómo, al hacerlo, ha provocado dos cambios importantes, por un lado que las estructuras que ya existían se democratizen y, en consecuencia, modifiquen su funcionamiento y por otro, que dicho diálogo favorezca la aparición de

nuevas estructuras a partir de que cada persona escoja, reformule o invente la suya propia.

Primero identificaremos qué cambios se han dado en la sociedad actual; qué ha significado el paso de la sociedad industrial a la sociedad de la información y qué repercusiones ha tenido este paso en las estructuras familiares. Segundo veremos —a partir del proyecto de inves-

tigación del Plan Nacional I+D *Teorías y Sociedades Dialógicas*— cómo el diálogo (o el conflicto/violencia por ausencia de él) está impregnando no sólo los análisis de los y las teóricos actuales sino también las prácticas de las y los sujetos sociales y también qué barreras se ponen a su desarrollo (crea, en prensa). Tercero: recordaremos cómo las teorías feministas y el movimiento feminista, en general, ha sido uno de los motores de este cambio y cuáles son los retos que todavía debe alcanzar y, finalmente, señalaremos algunas aportaciones desde las teorías del amor y las relaciones afectivo-sexuales que favorecen el funcionamiento más democrático e igualitario tanto de las estructuras familiares que ya conocíamos como de las nuevas formas de convivencia que vamos creando las personas a partir de nuestra mayor libertad.

#### *De la sociedad industrial a la sociedad de la información*

Aunque podríamos hablar de muchos factores que favorecen el paso de un tipo de sociedad a otra, existe un consenso bastante claro de que el punto de inflexión hay que situarlo en la guerra de petróleo de 1973. Llegar a este punto no ha sido fácil, puesto que durante muchos años reinó el escepticismo sobre esta realidad ahora tan plausible. Hoy podemos afirmar que la sociedad informacional es una realidad económica y cultural y no una abstracción intelectual (Beck 2002a, Castells et al. 1997, Flecha et al. 2001).

De la misma manera, podemos encontrar muchas realidades que ejempli-

fican dicho cambio; el proceso de transformación que ha sufrido la ciudad de Bilbao —desde el Bilbao de 1980 característico por sus Altos Hornos y sus astilleros al de diez años después con su Guggenheim— son un buen ejemplo. No hacen falta más palabras, todas y todos vemos claramente que ha habido un cambio; que esa misma ciudad ya nunca volverá a ser la zona industrial que era ni que sus ciudadanos y ciudadanas vivirán de la misma forma que lo habían hecho durante su álgida época industrial.

A partir de 1973 se produce una revolución tecnológica sin precedentes que favorece la extensión de un nuevo sector “cuaternario o informacional” donde la información y su manejo se convierten en la clave de la economía por encima y en deterioro del resto de sectores (Flecha 1999), tanto del terciario (servicios) como sobre todo del secundario (industria) y del primario (agricultura). No significa que éstos desaparezcan (tampoco lo hicieron en la sociedad industrial) sino que sufren profundas transformaciones en su funcionamiento.

Pero los cambios no se limitan a un sólo aspecto o ámbito, aunque empezaron por el más económico, ha habido ya transformaciones en todos los terrenos políticos, sociales y culturales: *Por globalismo entiendo yo, en cambio, no sólo una globalización económica, sino también una globalización política, social y cultural* (Beck 2002a: 22 - 23).

En el cultural, por ejemplo, se ha hablado y escrito mucho sobre la pér-

dida de libertad que ha supuesto esta transformación y de la crisis de valores que ha provocado. Respecto a la pérdida de libertad, se plantea que ya no decidimos las personas por nosotras mismas sino que lo hacemos según nos marcan los sistemas y sus funciones. Respecto a la crisis de valores, los planteamientos van desde quienes proponen “la vuelta al pasado” a los y las que son partidarias de creer que estos valores se han perdido. Se habla de un pasado nostálgico y se niega un futuro mejor.

El planteamiento desde las teorías sociales contemporáneas, sin embargo, dista de éste. Se plantea el cambio de valores y no su desaparición y este cambio se analiza a partir del paso de una única forma de vivir y pensar a múltiples formas de lo mismo (Giddens 1995, Beck 2002b, Beck-Gernsheim 2003). El análisis se desarrolla a partir de entender que la sociedad se hace más reflexiva y con ella la capacidad de las personas para escoger qué forma de vida quieren entre diversas posibilidades. Alejados de los planteamientos postmodernos hablan de una segunda modernidad y/o de una modernidad reflexiva (Beck et al. 1997) que se caracteriza por el riesgo de tomar una opción entre muchas y la incertidumbre de saber si la que escogimos fue la acertada. En esta nueva realidad, son las personas las que tomamos el protagonismo y nos convertimos en el centro desde el que modificar la realidad. Habermas (1987) lo teoriza de forma excelente cuando plantea el paso del sujeto conocedor

y transformador de objetos al entendimiento entre sujetos capaces de lenguaje y acción.

Aunque, a veces, esos cambios sean frenados o tratemos de no asumirlos, están ahí, demostrándonos que tarde o temprano van a producirse, o si no es así, van a generar contradicciones y problemas que deberemos aprender a enfrentar.

Es cierto que, por ejemplo, en el terreno educativo, parece costar más aceptar las transformaciones que debe suponer para el profesorado, las familias y los centros escolares que “las cosas ya no son como eran”; y lo es porque la mayoría de las escuelas siguen funcionando y trabajando como si nada hubiera cambiado, como si las familias siguieran siendo las mismas que a inicios del siglo pasado, como si los conocimientos no se hubieran desbordado, como si las infraestructuras de los centros no necesitaran modificaciones importantes para adaptarse a las necesidades actuales; sigue habiendo una pizarra, un profesor y un grupo de estudiantes —como hace un siglo.

Hemos aceptado antes, algunas y algunos mejor y/o peor, cambios mucho más estructurales como la legalización de los matrimonios gays, la aprobación de la ley integral contra la violencia de género, la aparición de parejas multi-raciales, la normalización de parejas de hecho, las separaciones conyugales, las familias combinadas y/o reconstituídas... etc.

En este contexto de cambio, hemos situado una comparativa entre las es-

estructuras familiares de la sociedad industrial y las estructuras familiares de la sociedad de la información que nos permiten afirmar cómo las estructuras familiares del siglo XXI ya son en la actualidad diferentes a las que conocíamos hasta ahora, y cómo éstas van a seguir evolucionando a medida que avanza el siglo. Veamos las que consideramos algunas características principales de ambas.

#### 1) Estructura familiar de la sociedad industrial

En la sociedad industrial la estructura familiar impuesta fue nuclear y aunque gracias —entre otras cosas— al movimiento feminista ha ido cambiando y transformándose todavía podríamos caracterizarla partiendo de tres premisas: a) autoridad – disciplina; b) normas verticales y c) división sexual del trabajo. Veamos una a una.

##### a) Autoridad - disciplina

Vendría caracterizada por quienes siendo personas adultas, consideran que las decisiones deben ser tomadas por ellas al margen de la opinión de quien está bajo su cargo. Deben imponer su autoridad para la buena organización familiar, dejando claro qué hace cada quien y cuándo.

En la familia, la autoridad tradicional ha estado unida a la figura del cabeza de familia, figura que ha ido evolucionando a lo largo de los años y que a finales del siglo XX podía cumplir perfectamente cualquier persona adulta que estuviera al cargo de menores en el contexto fa-

miliar. Fuera quien fuera quien ejerciera dicha autoridad, existía la idea y la práctica de que ante la voluntad de “la persona adulta” los y las hijas cumplían sin protestar. Es decir, no se cuestionaba la decisión tomada y menos aún se quebrantaba. Por ejemplo, cuando “el padre” llegaba a casa, tenía claro cuál era su sillón y que el mando a distancia de la televisión era suyo. El decidía qué se veía y quienes lo veían, y ante esta decisión pocos argumentos se permitían; la disciplina por parte de la familia era clara. Una frase muy usada que refleja claramente el sentido que tratamos de explicar sería este otro ejemplo: ante la pregunta de un hijo o hija: ¿y esto por qué? La respuesta tarde o temprano era: “porque lo digo yo”. Cuando hablamos dentro de la familia de autoridad, nos referimos a esta voluntad de relacionar la posición de poder que tiene el padre, la madre (o cualquier otra figura familiar que haya asumido ese rol) ante la de subordinación que se otorga al hijo o hija (o cualquier otra figura que haya asumido el mismo rol).

##### b) Normas verticales

La autoridad conlleva ejecutar normas verticales puesto que no se permitía a los y las hijas intervenir en las decisiones que les implicaban. Durante muchos años, en las familias sólo tomaban decisiones el padre y la madre: dónde debían estudiar, qué debían hacer fuera del horario escolar, qué debían comer, a qué hora se comía, cómo podían vestir, que películas podían mirar, cuándo salir, hasta qué hora... etc. También entre

la pareja se daban este tipo de normas verticales, aunque éstas han evolucionado mucho más rápido y cada vez son menos aceptadas.

Y, aunque podía haber muchos conflictos y peleas, difícilmente se solucionaban a través del diálogo sino a través de la cesión de una de las partes. Las relaciones eran verticales igual que lo eran las normas. Estas se basaban en la autoridad que se reconocía en las personas adultas para marcar las pautas a seguir y en la obligatoriedad de las hijas e hijos a cumplirlas.

#### c) División sexual del trabajo

La división sexual del trabajo, es uno de los temas más discutidos en los foros feministas, pero también de los que —en su práctica— menos hemos avanzado. Parece que ahora con la Ley de Igualdad y el Plan Concilia, empiezan a dar resultados las miles de reivindicaciones que las mujeres hemos hecho a lo largo del siglo XX y que no tuvieron demasiado eco. Sí es cierto que a al paso de los años, las mujeres hemos ido haciendo más tenue la división entre las tareas socialmente asignadas a nosotras y las asignadas a ellos. Es cierto que los medios de comunicación han ayudado también a ello, modificando las pautas de miles de anuncios y que muchos compañeros han reclamado su espacio en el ámbito doméstico como parte también de su masculinidad.

Sin embargo, en la estructura familiar de la sociedad industrial imperó el modelo clásico de división de tareas. Por eso en la actualidad denunciamos

la triple jornada laboral a la que muchas mujeres están obligadas, el derecho de paternidad, lo que supone todavía las bajas de maternidad en según qué trabajos, el eterno debate de la desigualdad salarial, el acoso y/o violencia de género en espacios como la Universidad (Oliver et al. 2004) y ese “techo de cristal” que muchas mujeres viven en su piel cuando tratan de avanzar y encuentran todo tipo de barreras.

#### 2) Estructura familiar de la Sociedad de la Información

Fruto de los movimientos sociales y, específicamente, del feminista, las estructuras familiares de la sociedad de la información siguen también los mismos parámetros de otros ámbitos: su democratización. Así, el diálogo irrumpe en todas las esferas, desde la política a la familiar, exigiéndose como herramienta para superar los conflictos.

Esta democratización nos afecta en muchas dinámicas familiares que hasta hace poco se regían por las características mencionadas en el punto anterior y que provocan avances y también retrocesos en esa transformación. En este caso las premisas serían: a) acuerdos – negociación; b) diálogo en todo el proceso normativo y c) participación.

##### a) Acuerdos – negociación.

*¿qué posibilidad tienen dos seres humanos que quieren ser iguales y libres, de mantener la unión del amor?* (Beck y Beck-Gernsheim 2001:28)

Esta es una de las cuestiones que se plantean los Beck en su libro *El normal*

*caos del amor* y que van respondiendo a partir de la importancia que va adquiriendo el diálogo en las relaciones personales.

Frente a las pocas posibilidades de escoger que teníamos durante la sociedad industrial respecto a la vida futura que queríamos con nuestra pareja ahora se despliega en frente de nosotras y nosotros una gran cantidad de posibilidades. Pasamos de asumir que tras una relación venía la vida en pareja y la creación de una familia (por supuesto nuclear) a tener que decidir y negociar si vamos a ser pareja, qué tipo de pareja, si queremos vivir juntos, cuándo, si tener hijos e hijas,... etc. La estructura familiar que era entendida como “normal” y “legítima” pasa a ser una entre un abanico de posibilidades.

No podemos olvidar que dicha estructura “legitimada” de familia nuclear además de ser defendida por quienes libremente desean esta opción, también lo fue por los discursos oficiales del sistema social y de quienes dominan en ellos. Pero tenemos que recordar que, como dijimos al inicio del capítulo, además de los sistemas sociales existen los sujetos sociales, los movimientos y colectivos que no necesariamente tienen que coincidir con el discurso oficial, sino que habitualmente disienten con él y por eso generan posibilidades que van más allá de las establecidas por los sistemas. Esta es la realidad en nuestra vida actual.

Giddens, por ejemplo, cuando plantea la democratización en las relaciones de pareja lo hace mediante lo que de-

nomina “relación pura” (Giddens 1995), relaciones en las que se crea una obligación mutua basada en la integridad y la comunicación que desborda la idea “normal” de pareja y relación y crear otras y diversas posibilidades.

b) Diálogo en todo el proceso normativo

El consenso y la negociación claves en las relaciones actuales, requieren de un proceso basado en el diálogo y exento de relaciones de poder donde imperan normas verticales y disciplina. Aunque nos cueste o nos disguste, en la vida familiar actual las decisiones ya no pueden ser impuestas, como no lo pueden ser tampoco en otros ámbitos. Hay que argumentar y demostrar por qué es necesaria una norma y más necesario cumplirla. Para ello las decisiones deben ser más horizontales y todos los miembros de la estructura familiar deben tener voz. Así, no se trata de que desaparezcan las normas y las obligaciones, como algunos y algunas quieren hacer creer, sino de que éstas deben ser acordadas y consensuadas. La falta de este diálogo y acuerdo genera que, por ejemplo, ante la obligación de llegar a una hora, se incumpla repetidamente quitando todo sentido a la propia norma y/o obligando a usar el castigo como represalia por no haberla cumplido. Cada vez más, no decide un sólo miembro de la familia sino que entre todas y todos, acuerdan su forma de funcionar. Se da un cuestionamiento absoluto de la figura autoritaria del hombre y/o de la persona adulta puesto que cada vez

más las decisiones son tomadas de forma consensuada y negociada.

En las relaciones de pareja también encontramos la misma realidad y cada vez más se valora el diálogo como característica de una relación deseada. Un ejemplo de ello lo encontramos en el reparto de las tareas domésticas, en decisiones como quién recoge a los niños de la escuela, si tener hijos e hijas, cuando tenerlos... Otro ejemplo significativo, aunque de entrada parezca contradictorio, es ver como cada vez hay más divorcios o separaciones que se realizan por mutuo acuerdo entre las dos personas. En el estado español, los datos sobre divorcios y separaciones ha aumentado desde la aprobación de la Ley del Divorcio del 1981 (de 16.334 en el año 1981 a 126.742 en el 2003 -Consejo General del Poder Judicial). Más significativo todavía: el número de rupturas matrimoniales por consenso entre las dos partes ha aumentado, antes por cada 4 separaciones contenciosas se registraba 1 por mutuo acuerdo, actualmente las que se realizan sobre la base del mutuo acuerdo representan el 65% del total<sup>1</sup>,

### c) Participación

El CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas) realizó con datos del año 1998 la encuesta "Juventud y Calidad de Vida"<sup>2</sup>. Ya entonces destacaban como un 65% de las y los jóvenes de entre 15 y 29 años deseaban "participar ac-

tivamente en alguna decisión familiar". De la misma encuesta se deducía que el hombre estaba cada vez participando más en tareas que tradicionalmente se habían encomendado a las mujeres. Así, en el apartado titulado "Actividades del hogar (Hombre)", un 24% de los hombres encuestados respondieron a la opción: "Participas, normalmente, en casi todas", y un 26% a la opción: "Haces sistemáticamente algunas cosas". Aunque estos datos distan mucho de los que deseáramos, sí es cierto que constatan un cambio importante en el funcionamiento de las relaciones personales, más cercanas a procesos de democratización y participación que a procesos autoritarios. Lo que caracteriza esta democratización en la estructura familiar es que no se da por sentado nada, todo debe ser negociado y debe serlo por todas y todos los miembros de la familia.

En este marco democratizador de las estructuras familiares, una idea toma especial relevancia: la libertad. No sirve rechazar las formas tradicionales de convivencia porque éstas estaban basadas en parámetros obsoletos en la actualidad. Esas mismas formas tradicionales se están reformulando y es posible seguir defendiéndolas desde su propia democratización a la vez que se defienden la diversidad de nuevas opciones que aparecen. La libertad consiste en respetar que toda persona pueda escoger libremente su opción de vida. Por

<sup>1</sup> [www.poderjudicial.es/CGPJ/docuteca/bajarescrito.asp?codigo=3469](http://www.poderjudicial.es/CGPJ/docuteca/bajarescrito.asp?codigo=3469)

<sup>2</sup> [www.cis.es/File/ViewFile.aspx?FileId=1736](http://www.cis.es/File/ViewFile.aspx?FileId=1736)

ejemplo, la conquista del movimiento gay para legalizar su situación y poder casarse ha sido criticada por sectores considerados progresistas por reproducir los modelos tradicionales de familia. Esta crítica reduce las posibilidades de escoger qué opción de vida quiere todo un colectivo, mientras que desde el planteamiento que hacemos nosotros, no sólo no se rechaza sino que se respeta como cualquier otra posibilidad, favoreciendo la libertad de poder escoger.

### *Giro dialógico de las Sociedades*

El paso de una sociedad industrial a una de la información forma parte también del giro dialógico (Gómez, Flecha y Puigvert 2001) que están sufriendo nuestras sociedades; que en la estructura familiar se estén dando cambios como los que hemos explicado tiene su base, como hemos visto, en la democratización de esta institución y en la irrupción del diálogo en su organización.

Esta concepción teórica (CREA, en prensa) la compartimos también con autores y autoras de las ciencias sociales como Beck, Benhabib, Elster, Fraser, Giddens, Habermas, Searle, Sen o Touraine. Todas y todos coincidimos en destacar la creciente importancia del diálogo y del protagonismo de las personas en la vida cotidiana sin obviar por ello los frenos y barreras que encuentran

en su avance. Nuestro planteamiento no es que las sociedades contemporáneas hayan llegado a la total libertad e igualdad social sino que cada vez existen más posibilidades de acercarse a ellas y que somos las personas como sujetos transformadores las que podemos conseguirlo puesto que, como también plantea Chomsky (1997/2001) no somos sólo víctimas de las relaciones de poder que se reproducen en cualquier sociedad.

*Estas teóricas y teóricos ya no se conforman con establecer los requerimientos de la justicia de forma monológica, sino que cada vez más buscan planteamientos dialógicos, los cuales tratan los aspectos importantes de la justicia social como asuntos a decidir colectivamente, para ser determinados por la ciudadanía misma, a través de la deliberación democrática<sup>3</sup> (Fraser 2005: 86-87).*

Actualmente estoy dirigiendo el proyecto de investigación: *Teorías y Sociedades dialógicas* del Plan Nacional de Investigación Científica. Desarrollo e Innovación Tecnológica 2000-2003 Nuevas Transferencias Ciencia - Sociedad en la era del conocimiento. En dicho proyecto planteamos, por un lado, el análisis de la producción teórica existente en el ámbito nacional e internacional que permite mostrarnos como sí es cierto que los procesos basados en el diálogo y el consenso están ad-

<sup>3</sup> No longer content to ascertain the requirements of justice in a monological fashion, these theorists are looking increasingly to dialogical approaches, which treat important aspects of justice as matters for collective decision-making, to be determined by the citizens themselves, through democratic deliberation.

quiriendo cada vez más importancia y, por el otro, identificamos y analizamos experiencias que demuestran como se está produciendo ese giro en diferentes ámbitos: cultural, político, laboral y social de abarque global, dado que el giro dialógico no es un fenómeno referente solamente a las sociedades occidentales ni a los sectores de la población más privilegiados, ni tampoco un concepto definido unilateralmente desde una perspectiva occidental.

El proyecto se basa en el desarrollo teórico de sociedades dialógicas (CREA, en prensa) donde se plantea que las personas, grupos e instituciones encuentran cada vez más formas de diálogo y consenso para regular las relaciones y, cuando no es así, se regulan por formas de violencia, y también que las relaciones humanas se regulan cada vez más por diálogo (y por violencia resultante de su ausencia) y menos por autoridades tradicionales.

Así, es posible entender que aunque las relaciones de poder estén todavía muy presentes en muchos ámbitos y situaciones no significa que el giro dialógico no exista. De hecho, a lo largo de las evidencias que estamos encontrando, comprobamos como cada vez se exige tener en cuenta las voces de las personas implicadas ya sea en organizaciones, entidades y movimientos sociales o de ciudadanía en general. Por ejemplo, la voz del alumnado y sus familiares cada vez tiene más repercusión y más observancia en los centros educativos, así como la opinión de la ciudadanía en las administraciones

y gobiernos o la de los niños y niñas en sus familias. Grupos de mujeres, de gays y lesbianas, de minorías étnicas o de personas sin estudios tienen en este giro social más espacios para participar, actuar y hacer oír sus voces.

Algunos ejemplos que hemos ido recogiendo serían:

- Cómo bajo el antiguo código de familia de Marruecos, los maridos podían divorciarse verbalmente de sus mujeres en cualquier momento, y su decisión tenía vinculación legal. Bajo el nuevo código de familia, o el *Mudawana*, ahora los maridos tendrán que ir al juzgado para que su repudia sea vinculante y las mujeres no estarán más sujetas por ley a ser “obedientes” a sus maridos.

- El 30 de Junio de 1998, el Parlament de Catalunya aprobó la primera *ley de parejas de hecho* en todo el Sur de Europa. Por primera vez en la legislación se define una figura de derecho que se llama “unión estable homosexual” y que se define como “unión estable de pareja formada por personas del mismo sexo que conviven maritalmente” y que manifiestan su deseo de acogerse a la regulación de la Ley. Esta ley proporciona toda una serie de derechos al colectivo de homosexuales que antes no poseía como la tutela de la pareja, herencia o la pensión en caso de separación.

- *Al-Fatiha Foundation*: organización internacional para lesbianas, gays, bisexuales y transexuales musulmanes que promueve las nociones progresivas islamistas de paz, igualdad y justicia.

- La asamblea General de Naciones Unidas proclamó el año 2001 el “*Año de Naciones Unidas para el diálogo entre las civilizaciones*”. Su objetivo era fomentar el concepto de diálogo entre las civilizaciones mediante la organización de conferencias y seminarios, difundiendo la información y el material escolar existente sobre esta cuestión.

En el mismo proyecto, tratamos de identificar lo que hemos denominado las barreras que están frenando dicho giro así como algunas de las vías para poder superarlas (CREA en prensa): por un lado se cuestiona que el presente sea mejor que el pasado y por el otro se confunde lo que ya hemos conseguido con lo que nos proponemos conseguir. En relación al primer cuestionamiento, se suele argumentar que hoy en día hay más violencia en las relaciones de pareja que antiguamente. Es cierto que la violencia de género está creciendo y lo hace en sectores de población cada vez más jóvenes, es tan cierto esto, como que cada vez hay más rechazo social a quienes lo toleran y más búsqueda de vías legales y sociales para erradicarlo. Respecto al segundo, se confunde que cada vez hay más opciones de vida y más posibilidades de escoger cómo queremos vivir con que, elegir una opción alejada de la “normalidad” se viva de forma normalizada. Por desgracia, conocemos muchos casos de homofobia, por ejemplo, que nos demuestran que no todas las opciones de vida son igualmente valoradas ni respetadas.

En las estructuras familiares observamos que las de la sociedad industrial

eran menos dialógicas que las de la sociedad informacional. Esto no significa que sean éstas últimas las relaciones igualitarias que todos y todas deseamos, sino que se acercan más a ellas, siendo conscientes y analizando la subordinación histórica de la que partimos y de la que todavía formamos parte.

*Aportaciones y frenos desde corrientes feministas*

El 12 de febrero de este año, salió publicado un artículo en El País donde varias feministas respondíamos a la pregunta: “Por qué las mujeres son... ¿más listas? No lo son. Pero algunas razones explican por qué sacan mejores notas y llegan más lejos en los estudios”

En ese mismo artículo se decía: *El contexto social ha cambiado. “Ahora las chicas tienen una conciencia de lucha que les ha proporcionado el feminismo. Son más conscientes de la discriminación por sexo. Saben que para tener calidad de vida tienen que estudiar. [Un estudio del sociólogo Domingo Comas y el profesor Octavio Granado revela que ellas dedican el triple de tiempo al estudio]. Ya no se conforman con las tareas a las que siempre les han relegado”, señala Lidia Puigvert, profesora de Sociología de la Universidad de Barcelona e investigadora del Centro Especial de Investigación en Teorías y Prácticas Supradoras de Desigualdades. “Saben que necesitan destacar, que les van a pedir más en iguales condiciones”, asegura la catedrática del departamento de Educación de la Universidad Jaume I, Consol Aguilar (Moran 2006: 38).*

La realidad constatada de que las mujeres y el movimiento feminista ha sido el motor de cambio durante el siglo XX nos lleva a entender, entre otras cosas, por qué las mujeres hemos conseguido tantas cosas y seguimos pidiendo muchas más. De ahí, resultados como los que aparecen en las encuestas escolares y universitarias donde cada vez somos más las que accedemos y tenemos éxito escolar.

*Las mujeres no sólo han querido abolir o atenuar las desigualdades que sufrían y adquirir el derecho a decidir libremente sobre su vida, sino que han mostrado a los ojos de todos unos problemas, un campo de conductas sociales y culturales tan nuevo que el pensamiento no puede definir en la actualidad el mundo contemporáneo sin situar en su centro su reflexión y su acción* (Touraine 1997: 253).

Las corrientes feministas que marcaron las pautas del siglo XX tuvieron, como todo movimiento social, no sólo grandes conquistas sino también errores que generaron conflictos y contradicciones en sus colectivos. Veamos, a grandes pinceladas, las dos corrientes que marcaron el ritmo de la historia feminista con sus conquistas y sus errores.

### 1) Feminismo de la Igualdad

Como su mismo nombre dice, esta primera corriente del feminismo buscaba la igualdad con los hombres. Se centraron en analizar las desigualdades por motivos de género y en luchar para superarlas, exigiendo y defendiendo que las mujeres tenían los mismos derechos

que sus compañeros, y esto en todos los ámbitos. Como movimiento, gracias a esta corriente, se cuestionó el sexismo imperante en la mayoría de estructuras sociales; desde la división sexual del trabajo y la repercusión en la esfera privada hasta el derecho al voto, la educación, el trabajo, etc.

Surgió con la modernidad tradicional y ello generó que cayera en los mismos errores; creo un modelo de feminista que debía ser imitado y seguido por todos los colectivos de mujeres y provocó que muchas se sintieran al margen de sus luchas. Fueron unas pocas, académicas, las que lo lideraron y las que ignoraron las voces de otras mujeres con diferentes formas de vida, pero no por ello menos feministas. Así como por un lado la modernidad tradicional facilitó la salida de la sumisión, provocó la imposición de un modelo homogéneo de mujer. Fue esta homogeneización la que, junto con la irrupción del postmodernismo, generó las críticas más duras y su crisis como corriente.

### 2) Feminismo de la Diferencia

La irrupción del relativismo sacudió también al movimiento feminista, el feminismo de la diferencia rechazaba todo valor universal que entendían como homogeneizador y defendían la diferencia como único objetivo; dejaron de hablar de luchas comunes y retos a conseguir para hablar de feminismos en vez de feminismo y de mujeres en vez de mujer. Desaparecieron los intentos de coordinar acciones y superar leyes patriarcales por la necesidad

de pensar sobre sí mismas y en sí mismas. Su exacerbación de la diferencia imposibilitaba cualquier posibilidad de cambio social al considerar que nada podía ser impuesto ni nada era verdad, toda propuesta debía ser considerada válida. Las teorías basadas en la diferencia les proporcionaron el marco perfecto para defender espacios donde recuperar la pérdida de su identidad y les permitió justificar la superación de lo que denominaban prejuicios morales y sexuales impuestos. El resultado fue una fragmentación que dificultaba acciones conjuntas.

### 3) Feminismo Dialógico, más allá de la modernidad

Se construye a partir de la pluralidad de voces de todas las mujeres que deciden, mediante el diálogo igualitario, qué quieren y cómo lo quieren. Mujeres de diferentes culturas, formación académica, clase social y edad pueden intercambiar experiencias, puntos de vista y aprender mutuamente con el objetivo de superar las diferentes situaciones que constituyen las desigualdades de género. Esta nueva postura incluye las voces de las "otras mujeres" (Puigvert 2001), definiendo el feminismo a partir de la acción de todas para transformar la sociedad.

*El planteamiento central del feminismo dialógico que proponemos está en defender una radicalización de los procesos democráticos para elaborar entre todas una teoría que permita una sola definición de la feminidad, no entendida como homogeneizadora, sino que*

*sea inclusiva, dinámica e igualadora de todas las voces. Es decir, que tenga presentes las diferencias de género en lugar de fomentar su desaparición y que sea sensible al contexto en lugar de indiferente a las situaciones (Beck-Gernsheim, Butler y Puigvert 2001: 52).*

Uno de los conceptos básicos que desarrolla es el de la *igualdad de las diferencias*.

Igualdad de diferencias: lo podríamos resumir diciendo que se trata del igual derecho que tiene toda mujer a vivir de forma diferente: Igualdad por cuanto las "otras mujeres" luchan por sus derechos como iguales ante los hombres pero también ante el resto de mujeres, aunque no se persigue una igualdad homogeneizadora. Lo que se persigue es una igualdad que respete las diferencias entre todas las mujeres independientemente de su clase social, cultura, clase social o edad, sin que ello suponga la discriminación de ninguna persona. También se habla de inclusión de esa pluralidad de voces femeninas en el movimiento feminista para liberarlo del elitismo por el que ha estado guiado.

Las corrientes feministas, sobre todo las de la igualdad y ahora las dialógicas, plantearon desde sus inicios campañas sociales para visualizar las desigualdades de género y rechazarlas. En este sentido, ha habido muchas campañas para evitar limitar a nadie a determinados corsés o situaciones: fomentando que niñas y niños tuvieran igual derecho a jugar con los mismos juguetes, a ejercer las mismas profesiones,

etc. El trabajo realizado hasta ahora ha servido para cuestionar dichos clichés aunque éstos siguen estando presentes y por eso es importante que otros colectivos se unan con los mismos objetivos; los movimientos vinculados a la crisis de la masculinidad hegemónica y la creación de grupos de hombres van en esta línea.

### *Estructuras familiares del siglo XXI*

*... la forma conocida de familia nuclear es confrontada con alguna situación borrosa sin familia o se afirma que otro tipo de familia sustituirá a la familia nuclear. Mucho más probable es, sin embargo, —si el análisis de este libro es correcto— que un tipo de familia no marginará a otro tipo de familia, sino que se darán simultáneamente un gran abanico de formas de convivencia familiares y extrafamiliares (Beck y Beck-Gernsheim 2001: 252-253).*

Lo que caracteriza las estructuras familiares del siglo XXI es su diversidad y desde ésta, la libertad de escoger la forma que consideremos más adecuada para cada una y uno de nosotros. Esta es una de las premisas quizá más importante para los movimientos sociales de éste siglo: defender la libertad de escoger la vida que queramos y rechazar las imposiciones de un modelo determinado, sea el considerado —normalizado— o no. Este respeto por la diversidad de opciones también favorece el respeto por las diferentes realidades con las que cada vez nos veremos más rodeados. Esto no ocurre todavía; actualmente —por ejemplo— cuando en

los centros escolares se pide a los niños y niñas que describan su familia, muchas y muchos se sienten —diferentes— cuando relatan que en la suya hay dos mamás o dos papás, o sólo un papá, o varias personas adultas... Deberíamos conseguir que cualquier persona pudiera explicar su opción de vida sin que por ello se cuestione. No podemos olvidar tampoco que la estructura familiar imperante todavía ahora, la nuclear, fue en su momento una conquista delante de otras estructuras mucho más jerárquicas y autoritarias, donde las personas poco teníamos que decir sino que la decisión de quien debía ser tu compañero o compañera para toda la vida era tomada al margen de la propia voluntad. La familia nuclear rompió con estas jerarquías y dio a las personas implicadas el derecho de escoger.

Igual que hace años, no era bien visto iniciar las relaciones sexuales antes del matrimonio o no lo era irse a vivir juntos sin casarse, o poca gente adoptaba niñas o niños... y poco a poco se ha ido integrando en nuestra cotidianidad; las diferentes formas de vida que van surgiendo de las decisiones que tomamos las personas deben ir siguiendo el mismo proceso.

Las aportaciones científicas sobre las teorías del amor y el análisis de las relaciones afectivo-sexuales que van apareciendo también ayudan a este objetivo y a romper con las opiniones basadas en la superstición que hacen más difícil superar las estructuras familiares imperantes. Durante mucho tiempo —y todavía ahora— se da por descontado

que la duración de la pasión se sitúa entre 18-36 meses o que mantenerla a lo largo de una relación no es posible, así como que la atracción la produce la oxitocina, la dopamina, la feniletilamina, etc. Son este tipo de pseudo teorías las que también desde el ámbito académico debemos superar si queremos plantearnos estructuras familiares basadas en los sentimientos y alejadas de lo que fueron las jerarquías patriarcales como, por ejemplo, el derecho de pernada que imponía el señor feudal.

Jon Elster, por ejemplo, fue conocido por sus aportaciones teóricas sobre la elección racional, sin embargo desde la publicación de *Tuercas y Tornillos* la obra que le hizo más famoso en España hasta la actualidad ha sufrido una evolución intelectual muy interesante, acercándose a las actuales teorías sociológicas contemporáneas con obras sobre las emociones como: *Strong feelings*, *Ulysses unbound* y la que es su principal obra: *Alchemies of the mind* (traducidas ya al castellano). En ella da un paso importante cuando plantea que los individuos, argumentando y pactando, no sólo agregan sus preferencias, sino que también las transforman, puesto que plantea que las normas sociales no pueden ser determinadas individualmente sino a través de la colectividad con sus consensos normativos. Otro aspecto importante es la relación que establece entre emoción y racionalidad; considera que las emociones pueden ser importantes para definir los fines u objetivos del agente al mismo tiempo que las emociones pueden desvirtuar

la eficiencia instrumental para conseguir unos fines.

Jesús Gómez (2004) ha analizado las perspectivas teóricas sobre el amor actual y ha elaborado su propia teoría a partir de dicho análisis y de su confrontación en investigaciones. Nos plantea como hasta ahora la mayoría de las personas se rigen por un modelo tradicional y exclusor de relaciones afectivo-sexuales basadas en las pseudo teorías que indicábamos antes (la importancia de la “química”, instinto, intuición, flechazo, amor “irracional”); un modelo que encarna los valores convencionales que durante siglos se han ido desarrollando. Propone otro modelo alternativo donde todas y todos seamos protagonistas escribiendo y re-escribiendo nuestras vidas a través del diálogo y de la comunicación. Un modelo que muestre los gustos y deseos como algo que podemos elegir y no como algo “inevitable” que nos sale de lo más profundo de nuestro ser; un modelo que busque en los valores progresistas la posibilidad de hacer interminable la pasión y de unir en una misma persona dicha pasión con el cariño.

1) Nuevas formas de convivencia-algunos ejemplos

Aunque como ya hemos dicho la familia nuclear sigue siendo la más conocida, aparecen cada vez más nuevas formas de convivencia que van abriendo infinidad de posibilidades a las opciones de vida que tenemos las personas. Estas nuevas formas de convivencia demuestran que somos los sujetos y no las

estructuras quienes marcamos el ritmo de la historia. Es decir, primero somos nosotros y nosotras las que decidimos cambiar las estructuras familiares proponiendo alternativas a éstas y luego, cuando estas propuestas se integran en el funcionamiento habitual es cuando aparecen teorías que plantean que somos los sujetos quienes nos adaptamos a ellas. La historia y también el presente, nos muestra que no es así, sino que somos las personas las que vamos construyendo nuevas formas de vivir.

Sin embargo, las personas que optamos por una de estas formas de convivencia todavía jugamos en desventaja respecto a las que asumen las estructuras familiares convencionales puesto que la sociedad no sólo no ha aceptado su integración sino que el hacerlo supone aceptar por parte de todo el mundo que existen otras posibilidades y supone también modificar o crear nuevas legislaciones que, por el momento, sitúan en desventaja a quienes estamos ahí. Los sistemas sociales están pensados para unas estructuras familiares determinadas y la aparición de nuevas cuestiona todo el entramado de relaciones y estructuras sociales.

a) Los hogares monoparentales empiezan a ser ya una realidad habitual en nuestra sociedad. Cada vez hay más personas que o bien se encuentran en esta situación o mejor, han optado por ella. Hablamos de hogares monoparentales cuando una persona adulta convive y es responsable en solitario de sus hijos e hijas menores y/o dependientes. Una característica de este tipo de ho-

gares es que muchos están formados por mujeres adultas y no por hombres, aunque también los hay. Dentro de esta misma forma de convivencia, habría que señalar la diversidad que encontramos; desde mujeres u hombres viudos con hijos a madres solteras, siendo quizá esta última la que más debate social está produciendo, también porque es la que más claramente es escogida por quienes la practican.

b) Familias “reconstituidas o combinadas”. Fruto también de la posibilidad de escoger hasta cuándo queremos convivir con alguien y cuando podemos iniciar nuevas relaciones aparecen las familias reconstituidas formadas por personas adultas con hijos e hijas de relaciones anteriores. Cada vez esta forma de vida se hace más común en nuestras sociedades, y aunque muchas veces sólo se plantean los problemas que conlleva la adaptación y el funcionamiento en común de personas que tienen prácticas y dinámicas diferentes, existen muchas ventajas para quienes deciden esta forma de vida. La más importante es la posibilidad, independientemente de la trayectoria vital de cada persona, de reencontrar un núcleo de personas con las que convivir. Ya no sirve la excusa eterna de “sino fuera por mis hijos”. Algo que se dice pocas veces y debe ser considerado es la necesidad de desarrollar en estas formas de vida vías de diálogo y consenso para poder establecer normas de funcionamiento. Aparecen pluralidad de voces y pluralidad de posibilidades y todas tienen que ser tenidas en cuenta para establecer

un funcionamiento. No existen pautas marcadas ni normas a seguir, sino que en cada realidad éstas se establecen de nuevo.

c) *Living Apart Together* (vida de pareja sin convivencia); Esta modalidad surgió de la flexibilidad que cada vez es más necesaria en las parejas actuales. La opción personal de dónde queremos vivir, de si queremos abandonar la forma de vida que nos gusta por compartirla con una pareja... hacen que cada vez haya más personas que se cuestionen la necesidad de abandonar sus propios pisos o su propia vida autónoma para formar un hogar compartido con la pareja. Muchas veces se habla de esta forma de convivencia unida a las necesidades laborales de ambos y a la distancia geográfica que puede existir en algunos países para poder permitirse ir y venir cada día. Esta sería la realidad de algunas personas que han optado por esta opción, pero muchas otras — como en cada una de las formas de vida que estamos ejemplificando— la escogen al margen de ello. Desde las que, aún viviendo en la misma ciudad o en ciudades cercanas, mantienen espacios separados, a las que, simplemente, deciden mantener sus vidas de forma autónoma pero a la vez no renunciar a la vida de pareja, y optan por serlo pero sin convivir, independientemente de la distancia geográfica o de las ofertas laborales.

d) *Just Women* (sólo mujeres). Igual que la opción anterior, permite no renunciar a ninguna decisión por el hecho de tener pareja. Se trata de una opción

fundamentada en el feminismo: son mujeres que deciden vivir con amigas y superar dos barreras, una es romper la dinámica social de abandonar el grupo de amigas cuando se inician las relaciones de pareja —todavía demasiado habitual y la otra, superar la soledad que muchas veces provoca la independencia. Son amigas que optan por compartir un hogar común, independientemente de su vida personal (tengan pareja o no, tengan hijas e hijos...). Es decir, optan por no renunciar a la posibilidad que les ofrece la convivencia con sus amigas: mantener la complicidad entre ellas y establecer redes solidarias, encontrar espacios para hablar entre mujeres, compartir cómo se cuidan y qué quieren, no renunciar a otros espacios ni amistades, evitar la triple jornada y las discusiones sobre el orden y la limpieza, saltarse las “jornadas de fútbol”, gestionar y decidir cómo quieren llevar las relaciones familiares propias y de sus parejas, ...etc., sin que ello signifique tener que renunciar a una relación estable, sino todo lo contrario, crearla desde la libertad y la confianza.

En estas formas de convivencia, así como en las más convencionales, hay que tener en cuenta otras características que pueden ir unidas a ellas o no, son las relaciones multiculturales y las relaciones homosexuales. Ambas, de por si pueden constituir una forma de convivencia o pueden ir unidas a cualquiera de las mencionadas. Todas ellas recorren un abanico de posibilidades que nos hace a las personas más libres para escoger cómo y de qué manera

queremos vivir, nos acercan más a una sociedad plural con diversidad de opciones y nos dejan una tarea importante: conseguir que cada persona pueda decidir desde su libertad cuál prefiere sin que, por ello, sienta que o bien se la recrimina o bien se la premia por escogerla.

### *Conclusión*

El diálogo está irrumpiendo en todas las esferas sociales, culturales, políticas y económicas. Las personas nos sentimos cada vez con la posibilidad —por un lado— y la obligación —por otro— de ir substituyendo cualquier tipo de imposición por la elección ante un abanico amplio de posibilidades. Esto, como hemos visto, genera que las estructuras familiares del siglo XX, básicamente centradas en relaciones autoritarias y verticales vayan transformándose —a medida que avanza el siglo XXI— en relaciones dialógicas.

Pero las y los sujetos no sólo estamos democratizando las estructuras familiares que ya existían, sino que vamos reformulando y creando nuevas formas que permiten ampliar las opciones de vida de cada una y uno. Así, el rechazo y el cuestionamiento que podía suponer no “adaptarse” a las formas de vida establecidas va pasando a ser el derecho que cada persona tiene a escoger cómo y con quien quiere vivir. Colectivos y personas que durante años han estado silenciadas por no seguir las pautas establecidas, ahora empiezan a visibilizarse. Y empiezan a serlo no como opuestas o contrarias a las estructuras anteriores sino como iguales. Libertad e igualdad aparecen como dos grandes retos a conseguir: libertad para poder escoger e igualdad para hacerlo todas y todos en las mismas condiciones, tanto los y las que optamos por las estructuras familiares convencionales como las y los que optamos por las nuevas.

*Bibliografía*

- BECK, U.; GIDDENS A.; LASH, S. (1997): *Modernidad reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid, Alianza editorial. (p.o. en 1994).
- BECK, U. (2002a): *Libertad o capitalismo. Conversaciones con Johannes Willms*. Barcelona, Paidós. (p.o. en 2000).
- BECK, U. (2002b): *La sociedad del riesgo global*. Madrid, Siglo XXI de España Editores. (p.o. en 1999).
- BECK, U.; BECK-GERNSHEIM, E. (2001): *El normal caos del amor*. Barcelona, Paidós. (p.o. en 1990).
- BECK-GERNSHEIM, E. (2003): *La reinención de la familia. En busca de nuevas formas de convivencia*. Barcelona, Paidós.
- BECK-GERNSHEIM, E.; BUTLER, J.; PUIGVERT, L. (2001): *Mujeres y transformaciones sociales*. Barcelona, El Roure.
- BENHABIB, S.; BUTLER, J.; CORNELL, D.; FRASER, N. (1995): *Feminist contentions: a philosophical exchange*. New York, Routledge.
- BENHABIB, S. (1996): *Democracy and difference: contesting the boundaries of the political*. New Jersey, Princeton University Press.
- CASTELLS, M.; FLECHA, R.; FREIRE, P.; GIROUX, H.; MACEDO, D.; WILLIS, P. (1999), *Critical Education in the New Information Age*. Boston / Lanham, MD: Rowman & Littlefield Publishers, Inc. (p.o. en 1994).
- CASTELLS, M. (1997, 1998a, 1998b): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. I: La Sociedad Red*. Madrid, Alianza. (p.o. en 1996). *Vol. II: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza (p.o. en 1997). *Vol. III: El fin del milenio*. Madrid, Alianza (p.o. en 1997).
- CASTELLS, M.; GIDDENS, A.; TOURAINE, A. (2001): *Teorías para una nueva sociedad*. Madrid, Fundación Marcelino Botín.
- CHOMSKY, N. (1997): *Mantener la chusma a raya*. Tafalla, Txalaparta (p.o. en 1994).
- CHOMSKY, N. (2001): *Perspectivas sobre el poder*. Barcelona, El Roure. (p.o. en 1997)
- CREA (En prensa): *Sociedades dialógicas*. Barcelona, El Roure.
- CREA. Plan Nacional I+D+I. Ministerio de Ciencia y Tecnología. (2003-2006): *Teorías y Sociedades Dialógicas. Nuevas transferencias ciencia-sociedad en la era del conocimiento*. Investigadora Principal: Lúcia Puigvert -BSO2003-04116/CPSO.
- DE BOTTON, L., PUIGVERT, L., & SÁNCHEZ A. M. (2005): *The inclusion of other women: Breaking the silence through dialogic learning*. Dordrecht, Netherlands, Springer.
- ELSTER, J. (2001): *La democracia deliberativa*. Barcelona, Gedisa. (p.o. en 1998).
- ELSTER, J. (2000): *Alquimias de la mente. Racionalidad y emociones*. Barcelona, El Roure

- FLECHA, R.; TORTAJADA, I. (1999): "Retos y salidas educativas en la entrada de siglo" en Imbernón, F. (coord.), *La educación en el siglo XXI. Los retos del futuro inmediato*. Barcelona, Graó.
- FLECHA, R.; GÓMEZ, J.; PUIGVERT, L. (2001): *Teoría sociológica contemporánea*. Barcelona, Paidós.
- FRASER, N. (2005): "Reframing justice in a globalizing world", *New Left Review*, 36: 69 - 88.
- GIDDENS, A. (1995): *La transformación de la intimidad*. Madrid, Cátedra. (p.o. en 1992).
- GIDDENS, A. (2000): *Un mundo desbordado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid, Taurus. (p.o. en 2000).
- GÓMEZ, J. (2004): *El amor en la sociedad del riesgo*. Barcelona, El Roure.
- HABERMAS, J. (1987): *Teoría de la Acción Comunicativa. Vol I: Racionalidad de la acción y racionalización social. Vol. II: Crítica de la razón funcionalista*. Madrid, Taurus. (p.o. en 1981).
- HABERMAS, J. (1999): *La inclusión del otro*. Barcelona, Paidós (p.o. en 1996).
- HOOKS, B. (1989): *Talking black. Thinking feminist, thinking black*. Boston, South End Press.
- MORAN, C. (2006): "Por qué las mujeres son ¿más listas?", *El País*, Sociedad, 12 de febrero del 2006: 38.
- PUIGVERT, L. (2001): *Las otras mujeres*. Barcelona, El Roure.
- OLIVER, E. Y VALLS, R. (2004): *Violencia de Género. Investigaciones sobre quiénes, por qué y cómo superarla*. Barcelona, El Roure.
- SEARLE J. Y SOLER M. (2004): *Lenguaje y Ciencias Sociales. Diálogo entre John Searle y CREA*. Barcelona, El Roure.
- SEN, A. (2000): *Desarrollo y libertad*. Barcelona, Planeta (p.o. en 1998)
- TOURAINÉ, A.; WIEVIORKA, M.; FLECHA, R.; COLABORADORES (2004): *Conocimiento e identidad. Voces de grupos culturales en la investigación social*. Barcelona, El Roure.
- TOURAINÉ, A. (1997): *¿Podremos vivir juntos? Iguales y diferentes*. Madrid, PPC. (p.o. en 1997).



# FAMILY AND GENDER ROLES:

HOW ATTITUDES ARE CHANGING

JACQUELINE SCOTT  
UNIVERSITY OF CAMBRIDGE

## ABSTRACT

THIS PAPER ADDRESSES TWO MAIN ISSUES. THE FIRST CONCERNS HOW ATTITUDES TOWARDS MARRIAGE, MOTHERHOOD, AND THE MORALITY OF FAMILY BEHAVIOURS DIFFERS ACROSS NATIONS, BOTH IN EUROPE AND IN THE UNITED STATES. I EXPLORE WHETHER ATTITUDES ARE CONVERGING OVER TIME; AND TO WHAT EXTENT THERE ARE GENERATIONAL DIFFERENCES REGARDING FAMILY VALUES. I ALSO EXPLORE THE POSSIBILITY THAT THERE MAY HAVE BEEN PRONOUNCED VALUE SHIFTS ABOUT SOME ASPECTS OF FAMILY LIFE, WHILE OTHER VALUES SHOW GREATER CONTINUITY. THE SECOND PART OF THE PAPER LOOKS MORE SPECIFICALLY AT CHANGING GENDER ROLES. IN PARTICULAR, I BRIEFLY PRESENT SOME OF THE RESEARCH THAT IS BEING CONDUCTED AS PART OF THE ESRC RESEARCH NETWORK ON GENDER INEQUALITIES IN PRODUCTION AND REPRODUCTION (GeNET) TO EXAMINE WHY GENDER ROLES IN GENERAL AND, MORE SPECIFICALLY, GENDER INEQUALITIES DOMESTIC LABOUR ARE SO HARD TO CHANGE.

### *Individualisation and Family Values*

It has been claimed that the family as an institution has become individualized in contemporary European society (Beck and Beck-Gernsheim 2004). What does this mean? Is it true? And does it matter? The claim is an important one. The argument is that there has been a qualitative shift in terms of the understanding of family. From the 1960s onwards, in the era that some social theorists have termed the 'second modernity', the very notion of a 'normal family' has become redundant. Of course this is

not to say that heterosexual parent-child families with traditional gender roles have vanished. Rather that this particular family type is one among many diverse family types. This leads on to questions about whether family values are becoming increasingly relativized. Are traditional absolutes being overturned? Or is the rhetoric concerning the demise of traditional family values exaggerated? (Scott 1999, Scott and Braun 2006). With my colleague, Michael Braun from ZUMA, I analyse three waves of the European Values Study to look at two sets

of values. The first involves core values concerning marriage and motherhood; and the second relates to beliefs about the rights and wrongs of specific family related or sexual behaviours.

We focus particularly on how cross-national differences have changed over time and how far change is related to inter-generational differences in family values. Two major social changes are of relevance to the generational divide. First, the transformation of women's role – particular in terms of women's increasing participation in the labour market. Second, the increasing secularisation which is likely to have eroded the traditional religious base of many moral absolutes associated with family issues and behaviours, like divorce, adultery, homosexuality and abortion.

The general pattern of change in household and family structures in Western European families has seen marriage rates fall, divorce and cohabitation on the increase and a marked drop in overall fertility, despite the increased numbers of children born out of wedlock. Such trends are used as evidence that the importance of family life is declining, with dire consequences for social integration. The theme of the changing role of women, both in terms of individual autonomy and in terms of female emancipation has been a core part of the conceptualisation of what some demographers call the 'second demographic revolution'. This refers to the changing demographic patterns since the 1960s including high divorce, decreasing fertility, increased cohabita-

tion and delayed marriage (Lesthaeghe 1995). These demographic changes are intertwined with changing ideologies concerning the importance of marriage and motherhood. There have also been important socio-legal changes in the family domain that reflect and encourage new moral stances regarding family related issues and behaviours.

The American sociologist David Popenoe has argued that it is individualism in its modern meaning of 'emphasis on self-fulfilment' and 'pursuit of individual rather than collective interests' that places the values of familism and individualism in opposition. He stresses that "in the current era, individualism has had a remarkable run. Women especially have been able to achieve self-fulfilment apart from the bourgeois family to a degree never before thought possible" (Popenoe 1988:305). Do country differences regarding support for motherhood go hand-in-hand with more traditional family values, as Popenoe's notion of familism vs individualism would suggest?. Our expectation is that support for motherhood will have much more to do with a country's pro-natal policies than with traditional family morality. For example, in France, a country that is not renowned for a puritan sexual morality, there are marked economic incentives to have more than one child.

Our first hypothesis therefore is that traditional ideology supporting marriage and motherhood will be on the decline through Europe and the USA, in part because labour market changes that enhance women's autonomy heighten the

costs of marriage and motherhood. As Schumpeter suggested, more than sixty years ago, as soon as men and women weigh up the individual advantages and disadvantages of any prospective course of action, they cannot fail to see the heavy personal sacrifices involved in family ties, especially parenthood (Schumpeter 1988 [1942]).

The weakening of taboos concerning issues related to family and sexuality has become central to depictions of contemporary 'risk' society, where the individual is faced with a far greater range of acceptable choice. Beck suggests that as modernization proceeds, the decisions and constraints to decide multiply in all fields of social action, but especially with regards to sexuality and the family. He writes:

"With a bit of exaggeration one could say, 'anything goes'... Marriage can be subtracted from sexuality, and that in turn from parenthood; parenthood can be multiplied by divorce, and the whole thing can be divided by living together or apart" (Beck 1992:116).

Our second hypothesis is that there will be a general move towards greater liberalism regarding family behaviour and sexual morality, as modernisation, including greater secularisation proceeds. We consider four attitudinal indicators of family behaviour and sexual morality concerning adultery, divorce, homosexuality and abortion.

There is of course huge variation from country to country in legislation and legislative changes on such issues. For example, abortion remains illegal in

Ireland, in part because of the continuing political influence of the Catholic Church. The Netherlands is perhaps at the other extreme on many family behaviour issues, particularly with its early liberal stance on the acceptability of homosexual partnerships. Our analysis is guided by two basic questions. First, how do attitudes concerning marriage, motherhood and the morality of behaviours differ across Europe and the United States of America and have attitudes converged over time?. Second, are there generational differences regarding family values and, if so, are they equally prevalent across nations?.

#### *Data and Measures*

Our data uses three waves from the European Values Study, 1981, 1990 and 1999/2000. We have selected countries which have information for all three points in time: France, West Germany, Great Britain, the Netherlands, Ireland, Italy, Spain and Sweden. We also include for comparison the United States. The dependent variables were all recoded so that higher values show pro-marriage, pro-motherhood and pro-traditional values. Traditional values refer to viewing as wrong divorce, adultery, homosexuality, and abortion. Our measure for pro-marriage is based on a single item: "Do you agree or disagree with the following statement – Marriage is an outdated institution?". Pro-motherhood is also a single question: "Do you think that a woman has to have children in order to be fulfilled?". Both questions have a score ranging from one to two. Sexual

values were measured as the average of the valid values of four items which ask whether homosexuality, abortion, divorce, and adultery can always be justified, never be justified, or somewhere in between. Respondents were shown a card that illustrates the scale range from 1=never to 10= always. We reverse this scale so that high values mean more traditional attitudes. The overall reliability of the scale is .78.

*Changing Attitudes Across Nations and Time*

As we would expect there are marked differences between the countries regarding people’s views as to whether marriage is an outdated institution (Fig 1), whether women need chil-

dren to be fulfilled (Fig 2) and sexual values (Fig 3).

The data do not support our hypothesis that the ideologies of marriage and motherhood have increasingly come under challenge. The data do however lend support to the hypothesis that the country stance regarding pro-motherhood has more to do with pro-natalist policies than with traditional morality. In Figure 1 we can see that the Americans are most supportive of marriage, and the French the least. However the differences between countries are quite slight, with most values being in the range 1.7- 1.9, where the highest possible score is 2.0. It is clear therefore that most countries still regard marriage as an important institution. It is also ap-

FIG 1  
 Cross-national differences in pro-marriage

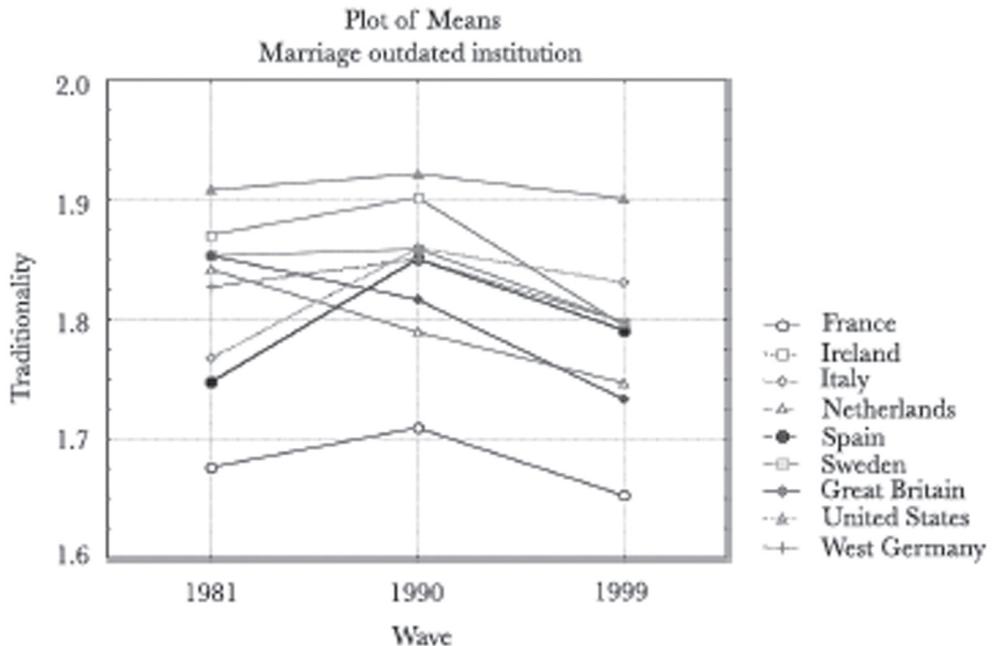


FIG 2.  
 Cross-national differences in pro-motherhood

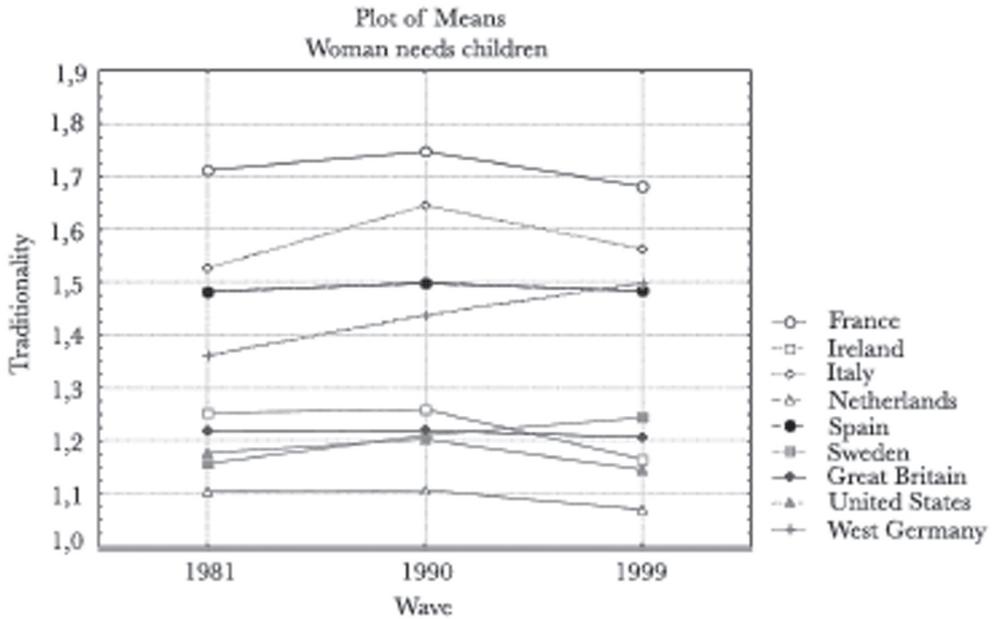
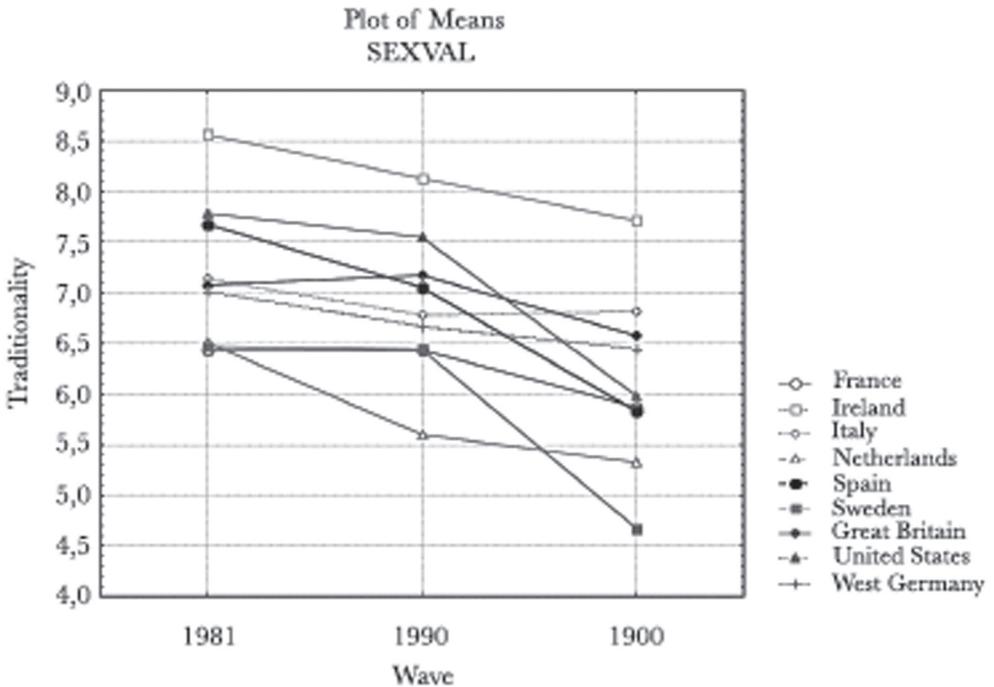


FIG 3  
 Cross-national differences in Sexual Values



parent that in most countries support for marriage rose slightly through the 1980s and then declined somewhat. The only two countries to show a decline across all three waves are Great Britain and the Netherlands.

In Figure 2, it can be seen that countries differ markedly in views about whether women need children to be fulfilled. France is by far the most supportive of motherhood, whereas the Netherlands is the least supportive of the pro-natalist position. What is remarkable about these pro-motherhood responses is how very little change there has been in two decades.

In Figure 3 we can see the trends for the sexual values index which is the average of response means for abortion, adultery, divorce and homosexuality. For all countries attitudes became less traditional from 1981 to 1990, and from 1990 to 1999 attitudinal change in the liberal direction is even more marked. However there are clear country differences in the pattern of change. In 1981, Ireland, the United States, and Spain are the most traditional, whereas France, the Netherlands, and Sweden are the least traditional. In 1990, Ireland and the United States are still the most traditional countries, but Spain has become less traditional taking a position very similar to that of Britain and other countries.

It is also worth noting that when we look at the cross-national trends in the component parts of sexual values, the rank order of countries is fairly consistent in terms of whether the behaviour

can ever be justified (data not shown). Adultery is seen as the least justifiable behaviour across all countries whereas divorce is the most justifiable. The one exception is the Netherlands where homosexuality is seen as more justifiable than divorce.

Adultery is the only aspect of family behaviour to buck the increasingly liberal trend – if anything there has been greater condemnation of adultery, over time. However, the change should not be over-stated as the vast majority of people across two decades in all countries disapprove of adultery (country means fall between 7 and 9 of a 10 point scale). Although country differences are slight, not surprisingly Ireland is the most disapproving and France the least.

It could be expected that younger generations in particular will adopt a less traditional stance towards family values. In our analysis we contrast three generations - the war generation born before 1940, the boom generation born between 1940 and 1959, and the bust generation born in 1960 or more recently. Table 1 summarizes whether a significant difference is found using “one-way anova” to test the post-hoc multiple comparisons of generational mean scores.

We can see from Table 1 that the generational differences for pro-marriage and pro-motherhood are largely positive. For the most part, as expected, the war generation is the most in favour of motherhood and marriage and the bust generation is the least favourable.

**TABLE 1**  
*Summary of significant differences in generational means  
(War, boom and bust generations, using 1999 data)*

	<i>Pro-Marriage</i>	<i>Pro-Motherhood</i>	<i>Traditional Sex Values</i>
France	Yes/war	Yes	Yes/war
W Germany	Yes	Yes	Yes
Great Britain	Yes	Yes/war	Yes
Ireland	Yes/war	Yes/war	Yes
Italy	Yes/war	Yes	Yes
Netherlands	No	Yes/war	Yes/war
Spain	Yes	Yes	Yes
Sweden	No	No	Yes/war
USA	Yes	No	No
Total	Yes	Yes	Yes

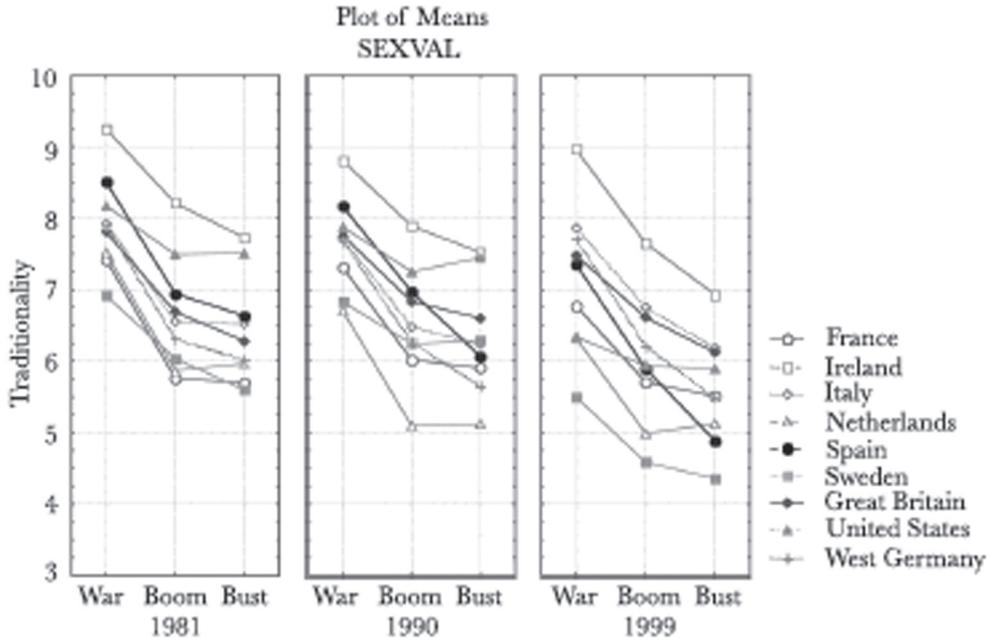
However, in some cases it is only the war generation that is different from the others, with no discernible difference between the boom and bust generations. For example the French lack of support of marriage has bottomed out after the baby boom generation. This implies that, in France, further social change will be slow as there is no cohort difference to drive forward future change. Also, in Sweden, in 1999, the bust generation is, if anything, more pro-motherhood than the boom generation, although the difference is not significant ( $p > .05$ ).

As Figure 4 shows, on sexual values, particularly in the most recent time period, the generational differences are pronounced. The difference is especially marked between the more traditional war generation and more liberal recent generations. Not surprisingly the

generational divide for sexual values in most marked in Spain and Ireland. These two predominantly Catholic countries have both experienced dramatic social change in the last two decades.

We used multivariate regression analysis in order to assess how important generation is as a predictor of family values, when other relevant variables like marital status, religiosity and gender are taken into account (for full details see Scott and Braun 2006). The results suggest that it is not generational change but secularism that provides the strongest challenge to family values. Unless secularism trends are reversed, traditional family values are likely to continue to be challenged. It is important to note, however, that there are powerful secular reasons for resisting liberal trends on sexual behaviours and for boosting marriage and motherhood. For exam-

FIG. 4  
 Generational divide on sexual values



ple, given concerns about increasing longevity, falling fertility, and worsening dependency ratios, there are sound political and economic reasons for boosting pro-natal values. There are equally sound social and economic reasons for promoting fidelity given the huge costs that are incurred through the pan-epidemics of STDs and AIDS.

How different would family morality be if based on secular interest rather than religious constraint? It is quite plausible that the answer is that the difference would not be marked. Even for the most liberal countries it is wrong to assert that old proscriptions and prescriptions about sexual morality have been abandoned. Extra-marital sex is almost universally condemned. Homo-

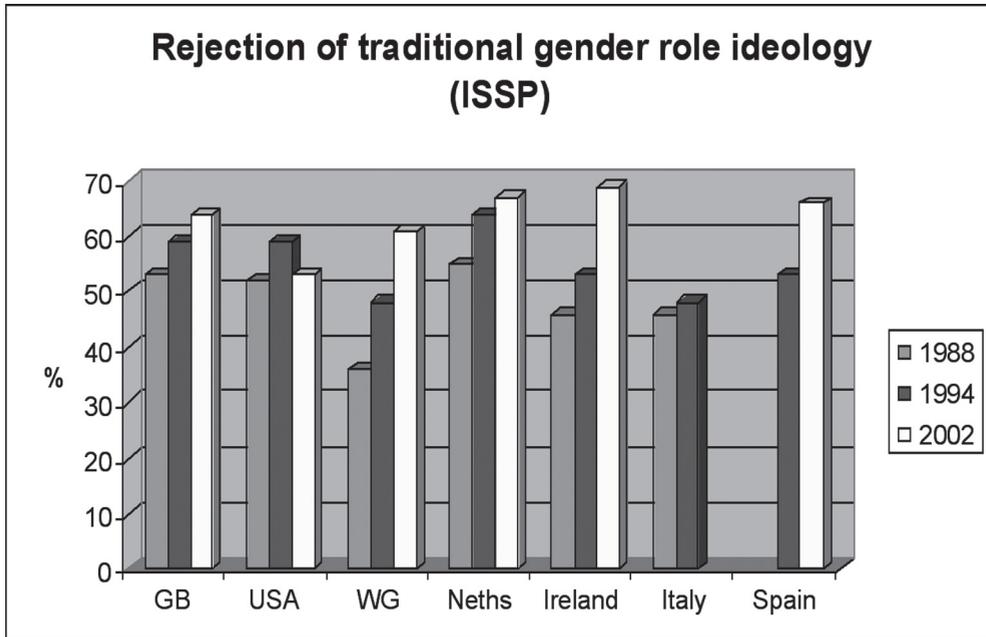
sexual relations are regarded with suspicion by a majority in most nations.

#### *Changing Gender Role Attitudes*

It is quite clear that attitudes on gender roles are changing. One of the best measures of gender role ideology is the item that asks whether people agree or disagree 'that a man's job is to earn money and a woman's job is to look after the home and family'. Figure 5 shows the cross-national time trends from the International Social Survey Programme which fielded questions on gender role attitudes as part of their family and gender role module in 1988, 1994 and 2002.

It seems likely that this trend towards increased rejection of traditional gender

FIGURE 5  
*Rejection of traditional gender role ideology across nations and time*



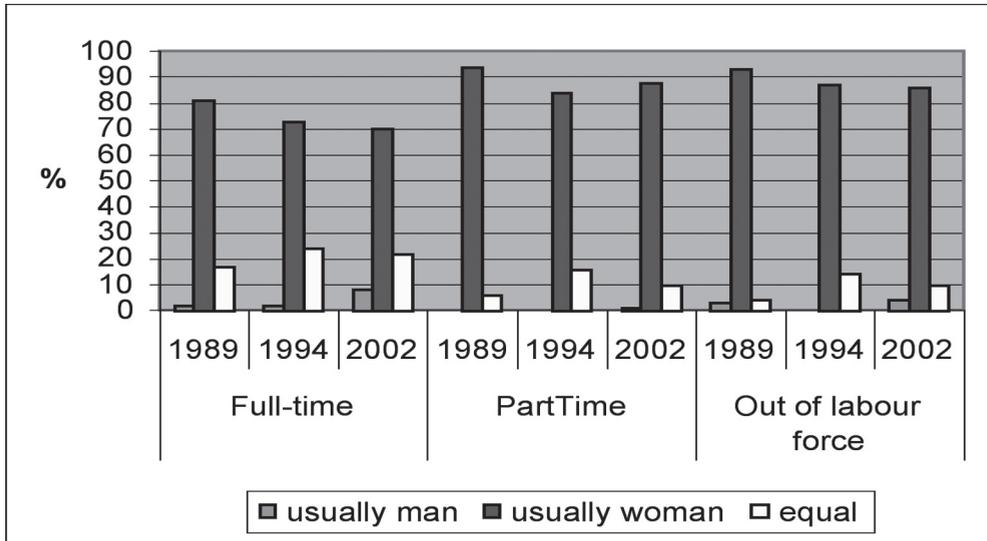
roles will continue. Both secularisation and increased education are working in the same direction to challenge traditional gender role ideology. What is not clear, however, is whether and how shifts in gender role ideology will pan out in terms of a more equitable gender division of labour.

One of the puzzles that the ESRC Research Network on Gender Inequalities in Production and Reproduction was set up to answer is whether the 'paradigm shift' in gender relations that has accompanied the demise of the male breadwinner family will result in more or less equality. New research from the Network shows that while there has been immense shifts in women's lives, in the way family and work respon-

sibilities are combined, the evidence does not support great optimism about the future involvement of men in family chores and care. Here, I briefly refer to research findings from just two of the projects, but full details of all projects can be found on the Network website (<http://www.genet.ac.uk>).

Developments in Spain have been followed with great interest by the British Press, as the new marriage contract law for use in civil ceremonies obliges men to share household chores and family care. The report by Katya Adler for BBC News was not atypical. Under the headline "Housework looms for Spanish Men" there was a picture of a washing machine and illustrative stories about undomesticated Spanish males

FIGURE 6  
 Who does the Laundry in Britain, by women's labour force status (ISSP data)



struggling with their lack of knowledge about how to do household chores and laundry (Adler 2005).

British men are not much better according to data from the International Social Survey Programme which asked couple households who does the laundry. Figure 6 shows the results broken down by women's labour force status (adapted from Crompton, Brockman and Lyonette 2005). The results suggest that not only is there little equity in the way such tasks are gendered, but also, even when women are working full time, there are relatively few 'new men' to be found.

Crompton et al (2005) compare change in gender roles attitudes, women's employment and the domestic division of labour in three countries: Britain, Norway and the Czech Republic. They conclude that there is a worrying possi-

bility that social, economic and employer policies might be pulling in different directions. Increasing individualization in careers and employment relations, together with work intensification, are working against men taking up domestic tasks. If this is the case then policies supportive of women's equality and equal rights and shares in caring and family life for men and women may fall on stony ground, and a 'modified male breadwinner' model of the 'one and a half earner' family will be likely to be perpetuated.

Similar issues are addressed by Gershuny and Bittman (2005), in a fascinating cross-national longitudinal study of how couples adapt to the changing employment patterns of women. Inspired by Hirschman's famous title 'Exit Voice and Loyalty', they discuss three potential responses to the disquiets that might

arise as women suffer the dual burden of increased labour force participation and continuing domestic responsibilities. They can *Exit* by quitting the marriage or quitting the job. They can *Suffer*, or they can *Voice* protest through argument or negotiation. The study highlights the notion of 'lagged adaptation'. The relative share of men's and women's domestic tasks becomes more equal over time. However, women respond to increased labour force participation speedily by reducing their daily hours of home chores, while men's adaptation takes longer and is less reliable.

### *Conclusions*

The story of revolutionary change in sexual and family domains has a momentum of its own and catapults us into believing that there is an almost limitless range of acceptable choices. It is easy to understand why such a representation appeals to intellectuals and academics who want to tell an exciting story. But the data do not support the claim that there has been a revolutionary change in attitudes towards family behaviours and sexual values. This cross-national analysis of attitudinal change suggests that the demise of traditional family values has been exaggerated.

Is the same true of gender role attitudinal change? Some have claimed that, in this age of new individualism, ascribed gender roles are undermined. Others are rightly sceptical about the extent of change (Nolan and Scott 2006). But undoubtedly ideology is changing, and gender patterns of domestic behaviour are also changing, albeit very slowly and with men changing less quickly and to a lesser extent than women. The virtue of cross-national research is that it allows a glimpse of the way normative climates may vary in part because of different traditions and policy regimes. Ingelhart and Norris (2003) have described the rising tide of gender equality. They rightly point out that tides can ebb and flow, with some reversals in the opportunities for men and women to share work and family life more equitably. The Spanish 'housework law', as it is dubbed, might have greater symbolic value than influence on court judgements. Paternity leave in Britain is somewhat similar, with its symbolic importance far greater than its puny entitlements. But such policies do help shift expectations and this in turn may make public opinion more willing to embrace future efforts to reduce gender inequalities.

References

- ADLER, K (2005): *Housework Looms for Spanish Men*, 17 June 2005 <http://news.bbc.co.uk/1/hi/world/europe/4100140.stm>
- BECK, U. (1992): *The Risk Society: Towards a New Modernity*. London, Sage.
- BECK, U. & E. BECK-GERNSHEIM (2004): „Families in a Runaway World” in J. Scott, Treas, J. & Richards, M. (eds.) *Blackwell Companion to Sociology of Families*. Oxford, Blackwell.
- CROMPTON, BROCKMAN AND LYONETTE (2005): “Attitudes, Women’s Employment and the Domestic Division of Labour”, *Work, Employment and Society*, 213-233.
- GERSHUNY, J. AND BITTMAN, M. (2005): “Exit, Voice and Suffering: Do Couples Adapt to Changing Employment Patterns?” *Journal of Marriage and Family*, 67: 656-665.
- INGLEHART, R. AND NORRIS, P. (2003): *Rising Tide: Gender Equality and Cultural Change*. Cambridge, Cambridge University Press.
- LESTHAEGHE, R. (1995): “The Second demographic transition in western countries: an interpretation” in K. Mason & A-M. Jenson (eds.) *Gender and Family Change in Industrialized Countries*. Oxford, Clarendon Press.
- NOLAN, J. AND SCOTT, J. (2006): “Gender and Kinship Networks in Contemporary Britain” in Richards, M. (ed.) *Kinship Relationships and Law in a Changing Society*. London, Hart.
- POPENOE, D. (1988): *Disturbing the Nest: Family Change and Decline in Modern Societies*. New York, Aldine de Gruyter.
- SCHUMPETER, J.A. (1988): “Decomposition”, *Population and Development Review*, 14:499-506. (Originally published 1942 in *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York: Harper Row).
- SCOTT, J. (1999): “Family change: revolution or backlash in attitudes?” in S. McRae (ed) *Changing Britain, Families and Households in the 1990s*. Oxford, OUP.
- SCOTT, J. AND BRAUN, M. (2006): “Individualization of Family Values?” in P. Ester, M. Braun and P. Mohler (eds.) *Globalization, Value Change and Generations*. Leiden, Brill.

## A B S T R A C T S / R E S Ú M E N E S

PERELLÓ TOMÁS, Fátima

*El pluralismo de las formas familiares y la quiebra de las viejas adscripciones de género: interdependencias y límites. Presentación de la compilación de artículos de las Jornadas Internacionales "Estructuras familiares y relaciones de género en el siglo XXI"*

THE PLURALISM OF THE FAMILY FORMS AND THE FAILURE OF THE OLD GENDER ATTACHMENTS: INTERDEPENDENCES AND LIMITS. PRESENTATION OF THE COMPILATION OF ARTICLES DEVELOPED IN THE INTERNATIONAL CONGRESS "FAMILY STRUCTURES AND GENDER RELATIONS IN THE XXIST CENTURY" This text presents a summary of the articles included in this number of the review *Arxius*. The exposition is preceded by an analysis of the importance and intensity of the family changes. The main ideas of the reflection are focussed on the importance of affective links, the process of individualization we are attending and the failure of the social gender adscriptions such as they were impelled by modernity. The descriptions regarding the existing family pluralism have as a main empiric point of reference the Spanish reality in the European context.

ALBERDI ALONSO, Inés

*La transformación de las familias en España. La influencia del feminismo en los cambios familiares*

TRANSFORMATION OF THE FAMILIES IN SPAIN. THE INFLUENCE FEMINIST IN THE RELATIVE'S CHANGE. The author of this article makes a short revision of the feminist theories that have tried to explain the logic of the male domination and their institutional reproduction. From this approach she studies the impact of the feminist movement against - the intent to get the equality between men and women which has transformed the conception and the constitution of the family as the role played by women in the family.

BECK-GERNSHEIM, Elisabeth

*Declining birth rates and gender relations. What happened since the 1960's?*

EL DECLIVE EN LAS TASAS DE NACIMIENTO Y LAS RELACIONES DE GENERO. QUÉ SUCEDE DESDE LOS AÑOS 60?

Las ciencias sociales los años 50 y principios de los 60 son considerados la "edad de oro" del matrimonio y la familia. Se daba por supuesto que, como parte de

una “biografía” normal uno se casaba pronto y tenía niños. Esto se redujo a la fórmula de “amor, boda, niños”. Primero llegaba el romanticismo del amor joven, después la unión sellada en el registro civil y en muchos casos en la iglesia y finalmente, como culminación al amor compartido, los niños. Todavía hay biografías de este tipo hoy en día, pero como todos sabemos estas no pueden ser tomadas por supuestas como entonces. En la mayoría de los países europeos en las tendencias demográficas se observa por un lado, un claro declive en el número de matrimonios y por otro, un rápido aumento en la cohabitación y en el divorcio. Sobre todo hay un masivo declive en las tasas de nacimientos. En Alemania la bajada de nacimientos fue temprana y especialmente aguda. Posteriormente, en el resto de Europa las tasas de nacimiento han caído, especialmente en el sur de Europa y después de la caída del muro de Berlín también en el este.

ESPING-ANDERSEN, Gosta

*Children in the welfare state. A social investment approach*

NIÑOS EN EL ESTADO DE BIENESTAR. UNA APROXIMACIÓN A LA INVERSIÓN SOCIAL

Los niños ocupan el centro del escenario en cualquier nuevo equilibrio de bienestar. El fracaso de mantener las familias puede producir dos escenarios no deseados. Nosotros veremos una sociedad sin niños si las madres son incompatibles con el trabajo. Una nueva política familiar necesita reconocer que los niños son un bien colectivo y que el coste de tenerlos aumenta. El doble reto es eliminar los inconvenientes de tener niños y asegurarnos que los niños que tenemos tengan las oportunidades óptimas para su desarrollo. Analizaremos los retos de la fertilidad y el desarrollo de los niños sobre un interrogante central, ¿qué tipo de políticas combinar para asegurar el nivel social deseado de fertilidad e inversión en nuestros niños?

IMAZ, Elixabete

*La maternidad en el seno de las parejas lesbianas: cambios, continuidades y rupturas respecto a los modelos familiares y maternos*

MOTHERHOOD AMONG LESBIAN COUPLES. CONTINUITIES AND RUPTURES IN RELATION TO FAMILY AND MOTHERHOOD MODELS

Since 1988, the Spanish Law on assisted reproduction allows lesbian couples to become mothers. However, juridical recognition for the non-biologic mothers has been enforced only from 2005 on, when the Law on homosexual marriages was approved. The progressive use of techniques of reproduction to become a mother gives way to interesting issues for the study and understanding of the evolution of the family models and the conception of motherhood. While trying to analyze the debates its progressive extension and social visibility has opened so far, this

paper deals with some of the specific features presented by these new family patterns.

IZQUIERDO, María Jesús

*Familia y ciudadanía democrática*

FAMILY AND DEMOCRATIC CITIZENSHIP

The liberal conception of democracy is based on an imaginary agreement between autonomous individuals, free in their relationships and responsible for provision for family needs. Its main support is sexual division of labour, abandoning social solidarity, and transferring to the family this kind of ties. That is why dependent people –not citizens- as well as women remain excluded of political debate and at the same time become part of the citizen belongings. Consequently, attention to dependent people becomes a private matter. In this article are approached the tensions related to this model as a result of recent social changes: the ageing of population and the vindication by women of citizenship status.

PUIGVERT, Lidia

*Relaciones dialógicas en las estructuras familiares del siglo XXI*

DIALOGICAL RELATIONSHIPS IN THE FAMILIAR ESTRUCTURES IN THE XXI CENTURY

Dialogue has invaded family structures of XXIst century and, on doing that, has caused two major changes: 1) the democratization of the structures that already exist and 2) the emergence of new ones from the capacity of people to choose, change or invent their owns. We analyze these changes within current social reality in order to conclude that many groups or people have been silenced because of their ways of living. Now they have the opportunity to become visible. They start doing it not as opposite to regular family structures but as equivalent to them. Freedom and equality become two big challenges to achieve: freedom for choosing and equality for allowing that everybody can choose in the same conditions.

SCOTT, Jacqueline

*Family and Gender Roles: How attitudes are changing*

FAMILIA Y ROLES DE GENERO: COMO ESTAN CAMBIANDO LAS ACTITUDES

Este artículo analiza dos temas principalmente. El primero tiene que ver con las actitudes hacia el matrimonio, la figura de la madre y la moral de cómo el comportamiento familiar difiere según las naciones, tanto en Europa como en EEUU. Exploro si las actitudes son convergentes a los largo del tiempo y hasta que punto hay diferencias generacionales en cuanto a los valores de la familia. También exploro la posibilidad de que los valores hallan cambiado sobre algunos aspectos de la vida familiar, mientras otros valores tienen una mayor continuidad. La segunda

parte del artículo se dirige hacia los roles de género cambiantes. En particular, presento brevemente algunas investigaciones en curso como parte del *Research Network on Gender Inequalities in production and Reproduction* para examinar porque los roles de género en general y más específicamente, los desequilibrios en el trabajo doméstico son tan difíciles de cambiar.

## NOTES BIOGRÀFIQUES

**INÉS ALBERDI ALONSO** actualment ocupa el càrrec de Diputada en l'Assemblea de Madrid des de les eleccions de maig 2003. És Catedràtica de Sociologia en la Facultat de Ciències Polítiques i Sociologia de la Universitat Complutense de Madrid i ha sigut Catedràtica de la Universitat de Saragoça. També ha sigut professora visitant en la Universitat nord-americana de Georgetown, a Washington. En l'otoño de 1998 recorregué una sèrie de universitats americanes, entre elles les de Berkeley, San Diego, Harvard, Arizona, Columbia i Georgetown, per visitar els Centres d'Investigació de Gènere i Sociologia, gràcies a una beca del programa Eisenhower Exchange Fellowships. Ha sigut Directora del Departament d'Investigació del Centre d'Investigacions Sociològiques, CIS i Asesora del Programa d'Igualtat d'Oportunitats de les Comunitats Europees. També ha sigut Asesora del Programa Dona i Desenvolupament per al Banc Interamericà de Desenvolupament IDB i membre del Consell de Direcció del INSTRAW, Institut de les Nacions Unides per a l'Educació i la Promoció de les Dones. Cal destacar els seus últims llibres publicats *Violència: tolerància zero*, 2005 (en col·laboració amb Luis Rojas Marcos); *La violència domèstica en Espanya*, 2002 (en col·laboració); *Les dones joves en Espanya*, 2000 (en col·laboració); *La nova família espanyola*, 1999.

**ELISABETH BECK-GERNSHEIM** és professora de Sociologia a la Universitat d'Erlangen-Nürnberg (Alemanya). Ha estat membre de diverses institucions acadèmiques i centres investigadors com la Cardiff University (1996), de Wissenschaftskolleg zu Berlin 1997/1998 i de Hamburger Institut für Sozialforschung 2002/2003. Son moltes les seues àrees d'investigació, entre les que destaquen la de família i gènere, tecnologies reproductives, migracions i les relacions ètniques i de raça. Entre les seues publicacions cal destacar el seu llibre més recent en anglès *Reinventing the Family. In Search of New Lifestyles*, 2002; també l'últim publicat en alemany *Wir und die Anderen. Vom Blick der Deutschen auf Migranten und Minderheiten*, 2004.

**GOSTA ESPING-ANDERSEN** ha exercit com a professor en diverses universitats arreu del món: Harvard University, European University i a la Universitat de Tren-

to. Des de l'any 2000 és catedràtic sociologia a la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona. Al 2001 va ser nomenat *doctor honoris causa* per la Roskilde University en Dinamarca. És membre del comitè editorial de nombroses revistes científiques internacionals: *American Sociological Review*, *European Sociological Review*, *Work and Society*, *Journal of European Social Policy*. Així com de comissions científiques com del Instituto Juan March (Madrid), the Danish Social Science Research Institute and the Ecole Normale Supérieure (Paris). Entre les seues publicacions destaquen: *Three Worlds of Welfare Capitalism*, 1990; *Changing Classes*, 1993; *Welfare States in Transition*, 1996; *Social Foundations of Postindustrial Economies*, 1999; *Why De-regulate Labour Markets?*, 2001 (amb Marino Regini); *Why We Need a New Welfare State*, 2002 (amb Duncan Gallie, Anton Hemerijck i John Myles).

**ELIXABETE IMAZ** es Licenciada en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Desde 2005 es profesora en el Departamento de Filosofía de los Valores y Antropología Social /Balioen Filosofia eta Gizarte Antropologia Saila, de la Universidad del País Vasco. Está finalizando su tesis sobre la experiencia de la transición a la maternidad en las mujeres vascas contemporáneas. Sus ámbitos de investigación prioritarios son las relaciones de género y la evolución de las formas familiares. Ha participado en varias investigaciones relacionadas con esta temática como son *Estrategias reproductivas en áreas de baja fecundidad: el caso vasco (2001-03)* y *Pautas sociales y familiares de la fecundidad en Euskadi (1998-01)* ambas dirigida por Begoña Arregi. Sobre esta temática pueden destacarse los artículos *Mujeres gestantes, madres en gestación. Metáforas de un cuerpo fronterizo*, 2000 y *Condicionantes sociales de la fecundidad. Pareja, maternidad y paternidad en el contexto de la sociedad vasca contemporánea*, 2005. Miembro del Equipo Barañi, pionero en el estudio sobre la situación de las mujeres de etnia gitana presas. Participa en la Red de Investigadores *Las Astucias de lo Social* y es miembro del Comité de Redacción de ANKULEGI-Revista de Antropología Social.

**MARIA JESÚS IZQUIERDO** es doctora en Economía y Profesora Titular de Sociología de la Universitat Autònoma de Barcelona. Su ámbito de investigación es la desigualdad social y sociología de las emociones y los sentimientos. Es la Directora del Observatorio para la Igualdad de la Universidad Autónoma de Barcelona. En la actualidad dirige el Grup d'Estudi Sentiments, Emocions i Societat del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma de Barcelona. Destacan las siguientes publicaciones: *El sexismo a la UAB. Propostes d'actuació i dades per a un diagnòstic*, 2004; *Sin vuelta de hoja. Sexismo: poder, placer y trabajo*, 2001; *Cuando los amores matan. Conflicto y cambio en las relaciones de edad*

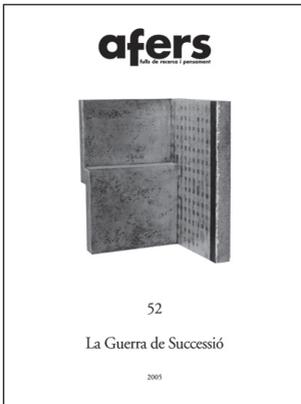
y de género, 2000; *El sexisme a la Universitat*, 1999 (dir.); *El malestar en la desigualdad*, 1998. (dir.); *Aguantando el tipo. Desigualdad social y discriminación salarial*, 1998 (dir.); *La interdependència de les activitats domèstiques i el treball remunerat*, 1993 (dir.); *La desigualdad de las mujeres en el uso del tiempo*, 1988; *Las, los, les, (lis, lus). El sistema sexo/género y la mujer como sujeto de transformación social*, 1983.

**FÁTIMA PERELLÓ TOMÁS** es profesora Titular de Escuela Universitaria del Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universidad de Valencia (1993) compatibiliza desde 1991 su actividad profesional con la dedicación intensiva al trabajo familiar privado no pagado. Preocupada por los procesos de aprendizaje activo en las aulas universitarias, ha colaborado en diferentes proyectos colectivos de investigación – acción en instituciones educativas. Actualmente su docencia está centrada en el campo de la Estructura Social Contemporánea en España y participa en dos *Proyectos de Innovación Educativa* (PIE) vinculados al proceso de Convergencia Europea, uno en la Licenciatura de Sociología y otro en la Licenciatura de Ciencias Políticas de la Universidad de Valencia. Aunque sus primeros trabajos en el campo de la investigación se centran en diversos ámbitos de la estructura social contemporánea, el análisis de las relaciones de género pronto se perfila como su principal línea de investigación. Desde hace algunos años participa también en proyectos vinculados a organizaciones voluntarias. Entre sus últimos artículos publicados encontramos *La mirada de las mujeres. El estatuto de objetividad en la ciencia social desde la perspectiva de género*, 2003. En cuanto a las publicaciones colectivas en las que ha colaborado destacan *Las Mujeres en la Comunidad Valenciana. Informe Sociológico 1986*, 1988; *El proceso de Evaluación en un centro educativo: la Escuela Universitaria de Trabajo Social de Valencia*, 1989; *La Rosa de las Solidaridades. Necesidades sociales y voluntariado en la Comunidad Valenciana*, 1999; *Servicios Sociales e interdisciplinariedad*, 2000. Recientemente ha dirigido la investigación *Género y voluntariado. La participación de las mujeres en las ONG de la Comunidad Valenciana* (2003 – 2004).

**LÍDIA PUIGVERT** es profesora lectora en el departamento de Teoría Sociológica de la Universidad de Barcelona e investigadora del Centro Especial de Investigación en Teorías y Prácticas superadoras de desigualdades (CREA) del Parque Científico de Barcelona, donde coordina el grupo de mujeres de CREA: SAFO. Ha publicado, entre otros, *Women and Social transformations*, 2003 (con Elisabeth Beck-Gernsheim y Judith Butler); *The Inclusion of Other Women: Breaking the Silence through Dialogic Learning*, 2005 (con Lena de Botton y Montse Sánchez-Aroca) y: *Contemporary Sociological Theory* , 2003 (con Flecha, R. y Gómez, J.).

Actualmente es investigadora principal del proyecto: *Teorías y Sociedades Dialógicas. Nuevas transferencias ciencia-sociedad en la era del conocimiento*. Plan Nacional I+D+I y miembro del equipo de investigación: *Educació en valors per a la prevenció de la violència de gènere als instituts d'educació secundària*. ARIE. Agència de gestió d'ajuts universitaris i de Recerca. Generalitat de Catalunya i también de: *Prevenció de la violència de gènere en el context educatiu a partir de noves formes d'organització escolar*. Institut Català de la Dona - Generalitat de Catalunya. (2005).

JAQUELINE SCOTT es profesora de Sociología en la University of Cambridge y miembro del Queens' College. Actualmente ocupa el lugar de directora de la Economic and Social Research Council's Network en Desigualdad de género, producción y reproducción. Es co-editora de la Blackwell Companion de Sociología de las familias que destaca por su línea de investigación sobre el cambio de actitudes y la vida familiar. Entre sus publicaciones más recientes cabe señalar: *Is it a Different World Than When You Were Growing Up? Generational Effects on Social Representations and Child-Rearing Values*, 2000; *Children as Respondents: The Challenge for Quantitative Methods* 2000; *Parent and Adolescent Gender-Role Attitudes in 1990s Great Britain*, 2002 (con Burt K.); *Family Values and Individualisation*, 2006 (con M. Braun) y ha co-editado *Blackwell Companion to Sociology of Families*, 2004 (con J. Treas y M. Richards); *Blackwell Companion to Sociology of Families*, 2004(et al eds.); *Quantitative Social Science*, 2005 (con Yu Xie).



# afers

## fulls de recerca i pensament

*Revista fundada per* Sebastià GARCIA MARTÍNEZ

*Director:* Manuel ARDIT LUCAS

*Cap de redacció:* Vicent S. OLMOS I TAMARIT

*Consell de redacció:* Joan BADA I ELIAS, Evarist CASELLES I MONJO, Agustí COLOMINES I COMPANYYS, Ferran FABREGAT I COSME, Josep FERRER I FERRER, Pere FULLANA I PUIGSERVER, Joan IBORRA I GASTALDO, Antoni QUINTANA I TORRES, Vicent L. SALAVERT I FABIANI, Josep M. TORRAS I RIBÉ, Josep TORRÓ I ABAD, Pau VICIANO I NAVARRO

### XX:52 (2005) La Guerra de Successió

Manuel ARDIT: La Guerra de Successió / Joaquim E. LÓPEZ I CAMPS: La invasió austriacista del Regne de València (1701-1705) / Antoni ESPINO LÓPEZ: L'evolució de les forces auxiliars durant la Guerra de Successió a Catalunya, 1705-1714. Els cas dels miquelets i dels voluntaris / Sebastià FAJAL I MERCADER: El Rosselló i els rossellonesos davant la Guerra de Successió (1700-1715) / Josep JUAN VIDAL: La Guerra de Successió a la Corona d'Espanya. Les Balears / Anna M. COLL: De Guerra de Successió i intendència al Regne de Mallorca / Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ: La postguerra oblidada de Catalunya. La Quàdruple Aliança davant el revisionisme d'Utrecht (1719-1720)

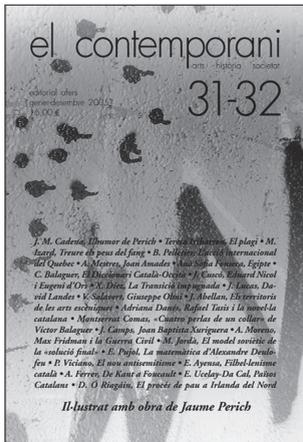
*Miscel·lània:* Vicent TEROL I REIG: L'ombra de la Germania. Dissidència política i contestació popular en una vila valenciana (Ontinyent, segles XVI i XVII) / Montserrat JIMÉNEZ SUREDA: L'evolució de les milícies al llarg del segle XVIII / Romà SEGUÍ I FRANCÈS: La recuperació del patrimoni bibliogràfic valencià al segle XVIII. La *Biblioteca Valentina* de Josep Rodríguez i *Escriptores del Reyno de Valencia* de Vicent Ximeno

*Recensions:* Manuel ARDIT, Jaume AURELL

*Resums / Abstracts • Publicacions rebudes*

editorial  afers

*Informació i subscripcions:* Editorial Afers, s.l. / Apartat de Correus 267  
46470 Catarroja (País Valencià) / tel. 961 26 93 94  
e-mail: [afers@editorialafers.cat](mailto:afers@editorialafers.cat) / <http://www.editorialafers.cat>



Josep M. CADENA: L'humor de Jaume Perich, deu anys després de la seva mort ¶ editorial: Encetem una nova etapa ¶ plaersdemavida: Teresa IRIBARREN i DONADEU: El plagi a l'època de la seva reproducció tècnica / Miquel IZARD: No trobes [Miquel] que ja és hora de treure els peus del fang i espolsar-se el clatell i fer bugada ¶ intervencions: Benoît PELLETIER: L'acció internacional del Quebec des d'una perspectiva federal / Albert MESTRES: Joan Amades: cultura popular, folklore i literatura / Ana Sofia FONSECA BRAGA: Egipte: un oasi del Sàhara / Claudi BALAGUER: El Diccionari Occitan-Catalan/Català-Occità / Joan CUSCÓ i CLARASÓ: Per què filosofia? Reflexió en companyia d'Eduard Nicol i Eugeni d'Ors / Xavier Díez: La Transició impugnada. L'ombra de la Guerra Civil i la catalanofòbia en el debat del nou Estatut ¶ diàlegs: Joseph LUCAS: Occident en

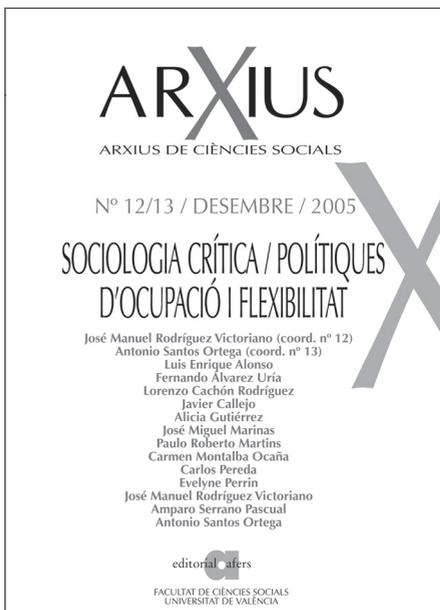
perspectiva. Una conversa amb David Landes / Vicent L. SALAVERT i FABIANI: Art, ciència i història. L'humanisme de Giuseppe Olmi ¶ arts: Joan ABELLAN: Els territoris socials de les arts escèniques / Adriana DANÉS SALA: Rafael Tasis i la novel·la catalana dels primers anys trenta / Montserrat COMAS GÜELL: L'anticipació dels símbols: «Cuatro perlas de un collar» de Víctor Balaguer / Josep CAMPS i ARBÓS: Joan Baptista Xuriguera (1908-1987). Notícia i reivindicació d'un narrador oblidat / Albert MORENO i SAGRERA: Max Fridman i la Guerra Civil espanyola ¶ assaigs & estudis: Martí JORDÀ: Sobre l'adopció del model soviètic de la «solució final» / Enric PUJOL: Gestació, declivi i persistència de les teories cícliques. A propòsit de la «matemàtica de la història» d'Alexandre Deulofeu / Pau VICIANO: Comparar és ofendre? Les altres banalitzacions del passat i la polèmica del nou antisemitisme / Eusebi AYENSA: Antoni Rubió i Lluch i Dimítrios Víkelas. Una pàgina del filhel·lenisme català / Albert FERRER: De Kant a Foucault. Filosofia, educació i poder / Enric UCELAY-DA CAL: Països Catalans: com descriure les fronteres d'enlloc. A propòsit de les tesis d'Arnau González i Vilalta ¶ d'arreu: Dónall Ó RIAGÁIN: Respecte, comprensió i tolerància. Política lingüística i procés de pau a Irlanda del Nord ¶ ressenyes: Vicenç M. ROSSELLÓ i VERGER: L'exhaustivitat de la recerca: el marquesat de Llombai a tall d'exemple / Juli PERETÓ: Un al·legat sobre la ciència / Josep M. ROIG ROSICH: Una història global de Catalunya / Francesc FOGUET i BOREU: Pecat original / Mireia SOPENA i BUIXENS: Editorial Nova Terra, pel progrés social / Andreu MAYAYO i ARTAL: El present en clau històrica / Albert MESTRES: Apel·les Mestres recuperat ¶ la tria: BARDINOVI: Del còmic al cinema: dues perles de negra violència / Marta ROVIRA: La globalització i el nacionalisme / Eusebi ORELLANA: Art i ruïnes: una exposició grata i decebedora / Emili EMILÍO: Ciència i postmodernitat: un intent de conciliació / Ferran ARCHILÉS: Identitat nacional a Itàlia / Ferran ARCHILÉS: l'Onze de Setembre i el nacionalisme nord-americà / Vicent OLMOS: La dissecció del terror de Stalin / Pau VICIANO: El veritable rostre del blaverisme ¶ breus ¶ abstracts

Editorial Afers / Centre d'Estudis Històrics Internacionals (Universitat de Barcelona)

Editorial Afers / Apartat de Correus 267 / 46470 Catarroja (País Valencià) / Telèfon 961 269 394  
e-mail: afers@editorialafers.com • Exemplar solt 8,00 euros / Subscripcions: vegeu Butlleta

<http://www.editorialafers.cat>

# ARXIUS DE CIÈNCIES SOCIALS



SUMARI NÚMERO 12/13 (2005)

## 12. SOCIOLOGÍA CRÍTICA

(José Manuel Rodríguez Victoriano, coord.)

JOSÉ MANUEL RODRÍGUEZ VICTORIANO: Miradas desde la sociología crítica. Presentación de la compilación de artículos del seminario internacional de sociología crítica “Jesús Ibáñez”

FERNANDO ÁLVAREZ URÍA: Sociología y libertad. El debate entre Friedrich Hayek y Karl Mannheim sobre el estatuto del mercado en la sociedad

LUIS ENRIQUE ALONSO: El trabajo desencantado. De la cuestión social a las cuestiones de la sociedad

CARLOS PEREDA: Inmigración y ciudadanía. En torno a la discriminación de los inmigrantes como sujetos políticos

JAVIER CALLEJO: Códigos, usos y nervios: tres momentos en la construcción de un patrimonio común

ALICIA GUTIÉRREZ: Elementos críticos para el análisis de la reproducción social *en y de* la pobreza

JOSÉ MIGUEL MARINAS: 10 temas comunes al psicoanálisis y a la investigación social

PAULO ROBERTO MARTINS: Introducción a la nanotecnología: un análisis sociológico

## 13. POLÍTQUES D'OCUPACIÓ I FLEXIBILITAT

(Antonio Santos Ortega, coord.)

ANTONIO SANTOS ORTEGA: Las políticas de empleo en tiempos de flexibilidad

AMPARO SERRANO PASCUAL: Regulación supranacional de las políticas de empleo y modelo social europeo: ¿una revolución silenciosa?

EVELYNE PERRIN: ¿Hacia una generalización de la precariedad? Resistencias de los parados y precarios

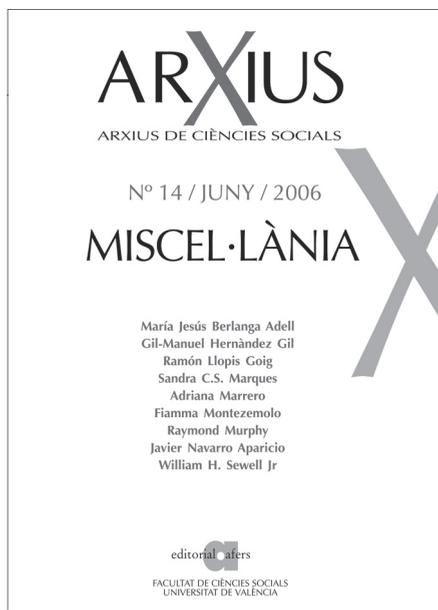
LORENZO CACHÓN RODRÍGUEZ: Exclusión social, políticas de inclusión y políticas antidiscriminatorias

CARMEN MONTALBA OCAÑA: Coordenadas (ideológicas y éticas) que rigen la orientación profesional

---

*Intercanvis:* Departament de Sociologia i Antropologia Social / Universitat de València / Facultat de Ciències Socials / Edifici Oriental / Avinguda dels Tarongers, s/n. / 46022 València / tel.: 96 382 84 54 / fax: 96 382 84 50  
*Subscripcions:* Editorial Afers, s.l. / Av. Dr. Gómez Ferrer, 55-5 / Apartat de Correus 267 / 46470 Catarroja (País Valencià) / tel.: 96 126 93 94 / e-mail: afers@editorialafers.cat / http:// www.editorialafers.cat

# ARXIUS DE CIÈNCIES SOCIALS



## SUMARI NÚMERO 14 (2006)

### MISCEL·LÀNIA

MARÍA JESÚS BERLANGA ADELL: Antropología en Marruecos: el poder y la construcción de un campo científico

GIL-MANUEL HERNÁNDEZ MARTÍ: Els orígens de la sociologia global

RAMÓN LLOPIS GOIG: Actitudes políticas e intención de voto. Una aplicación del análisis discriminante

SANDRA C.S. MARQUES: Usos y representaciones del espacio público en Calcuta, India

ADRIANA MARRERO: La teoría del capital social. Una crítica en perspectiva latinoamericana

FIAMMA MONTEZEMOLO: Tijuana *becoming rather than being*: representando representaciones

RAYMOND MURPHY: Realismo medioambiental: de la apología a la sustancia

JAVIER NAVARRO APARICIO: La incidència de l'Estatut del Treballador autònom en la prevenció de riscos laborals

WILLIAM H. SEWELL JR: Una teoría de estructura: dualidad, agencia y transformación

---

*Intercanvis:* Departament de Sociologia i Antropologia Social / Universitat de València / Facultat de Ciències Socials / Edifici Oriental / Avinguda dels Tarongers, s/n. / 46022 València / tel.: 96 382 84 54 / fax: 96 382 84 50  
*Subscripcions:* Editorial Afers, s.l. / Av. Dr. Gómez Ferrer, 55-5 / Apartat de Correus 267 / 46470 Catarroja (País Valencià) / tel.: 96 126 93 94 / e-mail: afers@editorialafers.cat / [http:// www.editorialafers.cat](http://www.editorialafers.cat)

*Arxius de Sociologia*  
BUTLLETA DE SUBSCRIPCIÓ 2007

Vull subscriure'm a la revista *Arxius de Ciències Socials* (1 número) / El pagament el satisfaré mitjançant: taló a nom d'*Editorial Afers, S.L.* (en rebre la factura), o pagament bancari anual (completeu la butlleta adjunta)

Subscripció: Estat espanyol: particulars, 18 €, institucions, 22 € / Estranger: particulars, 22 €, institucions, 25 € / Exemplar endarrerit: Estat espanyol, 9'50 €, estranger, 11'50 € (en el cas de voler números endarrerits, indiqueu-ne quins).

Nom/*First name*: \_\_\_\_\_ Cognoms/*Name*: \_\_\_\_\_

NIF: \_\_\_\_\_ Edat/*Age*: \_\_\_\_\_ Població/*Town*: \_\_\_\_\_

País/*Country*: \_\_\_\_\_ Domicili/*Address*: \_\_\_\_\_

Codi Postal/*Postal Code*: \_\_\_\_\_ Comarca: \_\_\_\_\_

Telèfon: \_\_\_\_\_ Fax: \_\_\_\_\_ E-mail: \_\_\_\_\_

Firma:

BUTLLETA DE PAGAMENT BANCARI

Banc/Caixa d'Estalvis: \_\_\_\_\_

Sucursal: \_\_\_\_\_

Codi Compte Client											
Entitat bancària	Oficina	D.C.	Núm. de Compte								

Domicili sucursal: \_\_\_\_\_ Població: \_\_\_\_\_

Comarca: \_\_\_\_\_ Codi Postal: \_\_\_\_\_

Titular del compte: \_\_\_\_\_ NIF: \_\_\_\_\_

Senyor director: A partir d'ara heu de carregar en el meu compte els rebuts que al meu nom us siguin presentats per l'*Editorial Afers, S.L.*

Us saluda atentament

Firma

Data: \_\_\_\_\_

En/Na: \_\_\_\_\_

Domicili: \_\_\_\_\_ Població: \_\_\_\_\_

Ompliu la butlleta, comproveu les dades, retalleu-la o fotocopieu-la i envieu-la a:  
*Editorial Afers, S. L.* / Av. Dr. Gómez Ferrer, 55-5 / Apartat de Correus 267 / 46470 Catarroja  
(País Valencià) / tel.: 961 26 93 94 / e-mail: afers@editorialafers.cat / http://www.editorialafers.cat

